BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES. (IDEAS Y HECHOS)

LAC.

EL MARXISMO Y LA CUESTION SOCIAL

NUEVA EDICION

CUADERNO. Nº 4

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES

(IDEAS Y HECHOS)

11 (475-7)

CUADERNO N.° 4

El Marxismo y la Cuestión Social

LAC

(NUEVA EDICION)

IMPRENTA "EL IMPARCIAL"
SAN DIEGO 75
SANTIAGO DE CHILE
1944

INDICE

Advertencia preliminar 6

Cap. I Los cargos al régimen económico moderno 7

Cap. II El valor 69

Cap. III La supervalía 80

Cap. IV Apéndice 92

I La interpretación económica de la historia. — El concepto materialista de la historia 92

II A propósito de K. Marx:

1) Algunas ideas y consideraciones relacionadas con la teoría del **Valor** y de la **Supervalía** 110

2) A El trabajo socialmente necesario.

B El trabajo exclusivo, creador de la riqueza 118

3) Una explicación de la influencia y extensión del marxismo 122

III *Las crisis* 124

1) Definición de las crisis 126

2) Su clasificación.... 126

3) Causas de las crisis 127

4) Las crisis son enfermedades 129

5) Los remedios de las crisis 133

6) El criterio socialista 139

IV Opinión de Heine sobre el ateísmo de las masas 148

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Aunque las estadísticas citadas en este cuaderno lleguen, solamente hasta principios del siglo XX, sobran, sin embargo, para probar las tesis que en él se sostienen. Los socialistas hacen responsable al régimen industrial capitalista de la destrucción de la clase media y de los pequeños industriales, de producir la miseria de los asalariados, de mantener los bajos salarios, etc., etc. Basta para responder a estas inculpaciones con citar los hechos comprobados, acaecidos en un siglo de régimen económico capitalista, más o menos libremente instaurado. Los acontecimientos económicos del segundo decenio de este siglo y los posteriores a la conflagración de 1914 no pueden ni deben ser tomados en consideración. Durante la guerra, todo régimen de libertad fué suprimido y, concluídas las hostilidades militares, han seguido las hostilidades económicas. Un nacionalismo y un intervencionismo exagerados han borrado del campo de las actividades económicas toda libertad y toda seguridad. (1). LA ECONOMIA DIRIGIDA es la voz de orden; y, después del fracaso del gobierno socialista en Inglaterra, en Alemania, en Australia, etc., muchas cabezas dirigentes, muchos políticos y aun algunos sedicientes economistas, contumaces estatólatras, impenetrables a toda experiencia, cambian el traje de fantasía ajado, por otro fresco, pero también de fantasía, y reemplazan la ECONOMIA DIRIGIDA POR LA ECONOMIA ORIENTADA.

---

(1) Delemer (x), dice que, en 1917, en Francia, el Estadismo había llegado a su punto culminante. El Estado, aun después de la guerra, como era natural, tenía que figurar prácticamente en algunos detalles de la vida económica; pero, en lo relativo a los principios, su obra había sido completa. Su derecho a requisicio

SECCION CONTROL
Y

No es, pues, posible ni lógico hablar del fracaso del liberalismo (1) razonando sobre una situación que es la obra de una intervención estatal descarada, excesiva y funesta, como tampoco es honrado hablar del fracaso del capitalismo particular, después del fracaso del capitalismo del Estado en Rusia, país en donde se ha implantado el marxismo integral.

---

nar era absoluto y, también, su derecho a fijar los precios. El campo de acción de estos derechos fué extendido hasta sus límites más extremos. Las exportaciones e importaciones necesitaron su consentimiento para moverse. Los industriales no podían, (ni pueden aún), obtener materias primas sino por intermedio de las autoridades públicas. Las operaciones de cambio seguían controladas. Las únicas libertades que aún subsistían desaparecieron a comienzos de 1918. Y, desde esa fecha, cerrando todas las avenidas abiertas en tiempos de paz a la libre actividad, el Estado, desarrollando sus tendencias a aumentar su dominio, a incrementar su acción interventora, adoptará, fatalmente, el conocido método de tomar por su cuenta una parte de aquellas operaciones que antaño, se concretara a controlar en determinados casos, o, ante las cuales, por ser del resorte de las iniciativas particulares, se había contentado con observar una actitud igual a la de cualquier otro competidor.

Así las cosas, es lógico pensar que los acontecimientos económicos actuales no pueden proporcionar materia para deducciones ordenadas, importantes o concluyentes.

Con razón, Ad. Delemer, dice en la página 263 de su libro: "Al estudiar los nuevos regímenes económicos instituídos después de la guerra, hemos reconocido que se han introducido en numerosos puntos nuevas fórmulas a cuyo respecto, lo menos que cabe decir es que no tienen nada que ver con el liberalismo tradicional. Nos parece evidente que el legislador daba cada vez mayor importancia a una economía nueva, cuya inspiración socialista se descubre a primera vista".

(x) **Le Bilan de l'Etatisme, págs. 39 y 40.**
(1) Ver la nota de la pág. 52.

CAPITULO I

LOS CARGOS AL REGIMEN ECONOMICO MODERNO

Los más importantes cargos que el socialismo marxista hace al actual orden económico y que considera como una consecuencia de la dirección capitalista de la industria y del régimen de la competencia libre, son los siguientes:

I) Que tiende a reducir los salarios al mínimo indispensable para que el trabajador pague su alimento diario e impide que los salarios se eleven sobre ese mínimo.

II) Que ha sometido la vida del trabajador a innumerables vicisitudes; que ha hecho el comercio inseguro, cambiable y oscilatorio, y ha creado una población excesiva.

III) Que ha permitido y, aun, obligado al capitalista a apoderarse del total aumento de valor de las mercaderías, valor creado por el trabajo del obrero y que, por lo tanto, debe pertenecer a éste.

Tales son los tres más importantes cargos que el marxismo hace al régimen económico actual. Examinémoslos con toda detención.

I

El actual régimen industrial tiende a dar al obrero, en forma de salario, el mínimo indispensable para su sustento diario y a impedir que el salario suba de ese mínimo.

Esta afirmación los socialistas pretenden fundarla:

A) En la interpretación que dan a la actual tendencia histórica de los acontecimientos, y B) en las enseñanzas de Ricardo y otros economistas sobre el salario natural.

A) Ahora bien, (en lo que se refiere a los hechos económicos considerados en su aspecto histórico), los marxistas desconocen por completo las consecuencias, que el sistema de gran producción industrial ha operado: a) tanto en la distribución de la riqueza; b) como en las condiciones generales de vida y bienestar de las clases trabajadoras.

a) La distribución de la riqueza bajo el actual régimen industrial de la gran producción, (dicen los marxistas), ha ocasionado la decadencia y producirá la destrucción definitiva de la clase media. Esa decadencia, agregan, se nota, tanto por el número de personas que, en proporción con el monto de la población, gozan de una renta media, como por el total de esa renta media, comparado con el que corresponde a las otras clases económicas.

Los marxistas declaran que, si bien la renta individual es hoy más alta que hace 150 o 200 años, su proporción con las rentas nacionales es menor que lo que lo era antes.

Los pequeños industriales han ido desapareciendo ante el empuje de los grandes capitales invertidos en los modernos establecimientos de gran producción y, si éstos tienen aún necesidad de la cooperación de pequeñas industrias auxiliares, (bien manejadas por patrones independientes), el total de las que la grande industria ha contribuído a crear está muy lejos de compensar la cantidad de las que ha destruído. De esta suerte la condición económica de las clases trabajadoras ha empeorado; las masas proletarias han ido aumentando en número con el ingreso de los pequeños industriales desposeídos por la grande industria y estos pequeños industriales han visto disminuir las oportunidades para invertir en sus pequeños negocios los ahorros que hubieran podido hacer, o no han podido llegar al campo de la competencia a pesar de su habilidad y aptitudes

En una palabra, estos pequeños industriales han sido arrojados a la clase proletaria, han perdido toda esperanza de surgir por el ahorro, porque han sido desposeídos de su industria y porque el ejercicio de sus facultades calificadas apenas les permite llegar a una situación de relativo privilegio dentro de la clase proletaria en la cual han sido sumergidos.

La cooperación que combina las ventajas del pequeño y del gran capital puede remediar, en parte, estas consecuencias; pero, en todo caso, no contribuye a reemplazar la pérdida de la enérgica e independiente iniciativa de los pequeños capitalistas, de los pequeños industriales.

Por muy fundadas que parezcan estas quejas, no responden sin embargo, a la realidad de los hechos. Veamoslo:

La clase media, lejos de tender a desaparecer, víctima de la concentración capitalista, ha aumentado. En Inglaterra, en 1851, había, poco más o menos, 300.000 personas con una renta de £ 150 a £ 1,000. En 1881, ese número había subido a 990,000. Mientras la población del Reino Unido crecía en la proporción de 27 a 35 la clase media progresaba en la de 27 a 90, esto es, 233 %.

El gran incremento de las sociedades por acciones, hecho al cual Marx no quiso, o no supo, darle la importancia que tiene, muestra, por otra parte, la difusión del pequeño capital, de los pequeños haberes. En 1887 Roscher decía: "Tengo la cifra de doce sociedades tomadas al acaso y he comparado su capital y el número de sus accionistas de hace diez años con el de ahora, y he aquí el resultado: el capital de las doce compañías en 1876 era de £ 5.171.609 y en 1886 de £ 6.501.582, esto es, el 25% de aumento. En el mismo período, el número de los accionistas subía de 11,667 a 20,083, esto es, aumentaba en la proporción de 72 o/o. La tesis marxista que sostiene que la concentración de la industria significa la concentración de la propiedad y del capital no tiene, pues, la exactitud que se pretende darle. La ten-

ciencia económica (Simkhovitch) es precisamente la contraria y así lo reconoce Bernstein, uno de los socialistas más ilustrados y legatario intelectual de Marx y de Engels. En Inglaterra, el número de las pequeñas explotaciones que se han refundido en grandes sociedades por acciones, es muy importante. En 1904 había 37,217 sociedades de esa naturaleza inscritas, sociedades que, en su mayor parte, representaban la reunión de numerosas firmas industriales y comerciales, lo que significa una distribución más amplia de la propiedad y de las rentas. Así, por ejemplo, las sociedades **Fine Cotton Spinners, Bradford Coal Dyers, Bradford Coal Merchants, Aberdeen Comb Works, Cooper & Cooper and Johnson**, que representaban 67 firmas, se refundieron sobre una base de 17,661 accionistas.

Por otra parte, el mejoramiento notable en la condición de las clases medias es un hecho que no puede ser negado.

En Prusia, según las observaciones de Adolfo Wagner, desde 1853 a 1902, la renta de la clase media y de la clase superior ha tenido el siguiente movimiento:

Clase Media

	de 2.100 a 3,000	de 3.000 a 6.000	de 6.000 a 9.500
1853	46.900	32.003.000	7.239,000
1902	321,300	291,341.000	77.628,000

Clase Superior

	de 9,000 a 30,000	de 30,000 a 100,000	sobre 100,000
1853	4.463,000	640.000	62.000
1902	64.737,000	13.205,000	2.762.000

Esto manifiesta que no existe la tan cacareada proletarización de la clase media y que la fórmula de Marx: "Un gran capitalista absorbe a los pequeños", no está de acuerdo con la realidad de las cosas.

En Norte América el aumento de los ejércitos de accionistas es muy rápido. En los ferrocarriles, por ejemplo, de 1904 a 1908, en diez compañías los accionistas han pasado de 108,600 a 169,300 y, en cinco años, han subido en todos los ferrocarriles de 350,000 a 500,000. El total de los portadores de títulos en Estados Unidos era estimado, en 1912 en alrededor de 2.000,000.

Con razón, pues, decía el socialista Bernstein: "Reconocidos estos hechos ¿cuál puede ser hoy la tendencia de la renta de la fortuna? Por lo que nos enseñan las estadísticas en todos los países civilizados se nota más bien una extensión que una restricción en el número de las clases poseedoras de la fortuna. El ejército de accionistas constituye hoy, desde todos los puntos de vista, política y socialmente, el baluarte del capital".

Kautsky decía en el Congreso Socialista de Stuttgart (1898): "Si son los capitalistas y no los proletarios los que aumentan en número, entonces el desarrollo económico nos aleja cada vez más de nuestro fin; si es el capitalismo el que se fortifica y no el socialismo, entonces nuestras esperanzas no se materializarán jamás". En Francia, y en general, en todos los países ha pasado lo mismo; las clases medias no han sido absorbidas por los grandes capitalistas, ni los pequeños industriales por las grandes fábricas.

En este siglo, aun cuando la grande industria aumenta en proporción mayor que la pequeña, ésta, sin embargo, ha seguido una constante marcha ascendente. Demos algunas cifras. (1).

---

(1) Consideramos como pequeña industria aquellos establecimientos que ocupan a menos de cinco obreros.

Pequeña Industria

	1896	1904	1906	1909
Francia	520,886		532,640	
Bélgica	211,700		215,400	
Alemania	2.725,000		3.146,000	
Estados Unidos		95,672		164,00

Grande Industria

	1896	1904	1906	1909
Francia	71,742		75,039	
Bélgica	14,589		15,964	
Alemania	268,000		299,000	
Estados Unidos ...		120,290		104,490

En cuanto al número de patrones, la cifra aumenta lo que, como dice Blanchard (1) de quien tomo estos datos, revela todo lo contrario de una tendencia a la concentración industrial. En Francia por ejemplo, el número de jefes de establecimientos industriales, subió de 714,611 en 1896 a 843,599 en 1906. (2).

Si el número de operarios de las grandes fábricas ha aumentado desproporcionalmente, es un fenómeno que tiene su explicación en que la grande industria, por su naturaleza, ocupa grandes masas de operarios; pero este hecho no importa una contradicción del anterior.

---

(1) Cours d'Economie Politique.

(2) Datos más recientes no hay y los que se obtienen no pueden servir para sacar deducciones exactas, a causa o por motivo de las condiciones anormales en que, después de la guerra de 1914, continuó desarrollándose la vida económica. Con todo, voy a reproducir en esta nota algunas cifras anotadas en el Bulletin de la Statistique Générale de la France

Por consiguiente la afirmación de Marx: "Un gran capitalista absorbe a los pequeños", afirmación que es el más robusto de los argumentos de los socialistas científicos, no tiene, pues, base alguna. Su futileza que

En la Agricultura

(1926). A pesar del éxodo de la población campesina hacia las ciudades, éxodo debido a la prosperidad industrial y comercial, la proporción en favor de la pequeña propiedad se mantuvo.

En 1926 la pequeña propiedad, que es aquella que ocupa de 1 a 5 personas, **figuraba con el 94.7%** del total de propietarios. La propiedad mediana, que es aquella que ocupa de 6 a 10 personas, el 3.1%. La gran propiedad que ocupa más de 11 personas sólo alcanzaba al 2.2%.

En la industria

Para poder apreciar la importancia de las cifras conviene tener presente que, en el período de 1906 a 1926, la guerra produjo una **disminución cuantitativa de la pequeña industria** a causa de la fabricación en grande y por serie que requerían los armamentos bélicos. Con todo, la proporción en favor de la pequeña industria se mantuvo alta.

Pequeña industria...	[illegible] %
Grande industria...	[illegible] %

En el Comercio

Pequeño comercio, ocupa de 1 a 10 personas...	72 %
Comercio mediano, ocupa de 11 a 100 personas...	16 %
Gran Comercio, ocupa más de 100 personas...	12 %

El pequeño comercio está, pues, lejos de desaparecer; el monstruo capitalista no consigue tragárselo; los profetas Marx y Engels quedan como unos farsantes. ¿En dónde está, pues, (dice el informante de **Le Réveil Economique**, de quien tomo los datos anteriores), la tan cacareada concentración del gran capitalismo, tema que hace derramar tantas toneladas de saliva en las ediciones de propaganda socialista?

Es posible, por otra parte, distinguir, en la constitución de las grandes empresas, lo que corresponde al capitalismo y al ahorro. En las grandes empresas se encuentran asociados los cuantiosos y los pequeños ahorros. Sólo existe en la imaginación de los traficantes políticos ese **Capital mastodonte** que devora incansable e implacablemente a las clases y fortunas medias y pequeñas de la sociedad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

da, aún, más de manifiesto si se considera que Marx observó la actividad de las industrias inglesas, en cuyos datos fundó los argumentos favorables a su tesis, en una época en que la industria en Inglaterra atravesaba por un período crítico; pero la agudeza de Marx fué pobre, y su afán apasionado y sectario no le permitió conocer el aspecto transitorio de un estado de cosas que no fué sino un episodio de poca duración e importancia en el desarrollo del industrialismo, esto es, uno de esos momentos en que se liquidan situaciones que no se adaptan a las nuevas condiciones económicas y en el que se producen desequilibrios y desgarramientos dolorosos; pero, también, uno de esos momentos en que las fuerzas de ascensión se recogen para emprender un nuevo avance.

La sociedad, bajo el régimen capitalista, que, con más o menos libertad, organizó la industria en el siglo anterior a la guerra mundial, no tendió, pues, a separarse en dos grupos: uno formado por los plutócratas y el otro por la turba de los proletarios.

Si en 1902, esto es, bastantes años después de la profecía marxista se hubieran reunido todos los plutócratas británicos, todos los que tenían ya sea una fortuna no menor de £ 40.000, ya sea una renta profesional e industrial de £ 2.000, se habría sumado un total de 30.000 individuos, y con sus familias de 120.000 personas, más o menos; y este número considerable de plutócratas poseían, apenas, la décima parte de las rentas del Reino Unido.

Las clases medias y las que, abusivamente, se comprenden en lo que se ha dado en llamar el proletariado, se distribuyen las nueve décimas partes de la renta (Leroy-Beaulieu). La afirmación de Marx no tiene, por lo tanto, valor alguno real ni científico.

Por otra parte, no es cosa fácil fijar los límites de las clases económicas. Entre el pobre más miserable de las fábricas inglesas y el más rico banquero de Londres existe una infinidad de escalones ocupados por un número considerable de individuos cuyas rentas aumentan y disminuyen en cifras diversas y aproximadas, se

funden o diluyen en cantidades pequeñas o mayores y, por este motivo, esos individuos no se prestan a ser clasificados en categorías firmes y definidas. La propiedad en sus variadas formas y las rentas sobre valores consolidados o producidas por los servicios intelectuales o manuales, por el ahorro o por el sacrificio, rentas que, como acabamos de decirlo, aumentan o disminuyen, se adaptan a las condiciones personales o sociales o son insuficientes por las mil circunstancias de la vida para satisfacer las más premiosas necesidades, crean situaciones instables y cambiantes que no presentan ninguna base firme que permita establecer clases económicas bien caracterizadas. No puede, pues, cimentarse en las diferencias económicas un concepto de clase que dé seguridades de permanencia y de realidad. La lucha de hoy, la rebelión de las capas inferiores de la sociedad, no es una lucha de clases, y sus causas no son, por lo menos exclusivamente, de carácter económico. (1)

Por lo tanto, con lo hasta aquí expuesto queda desvanecido, lo creemos, el cargo que los marxistas hacen al régimen industrial capitalista de haber arruinado la industria pequeña y de haber proletarizado a la clase media. Durante el siglo en que ese régimen, con más o menos trabas legales, pudo dirigir la producción, las estadísticas dicen todo lo contrario y así ha sido conocido por los más eminentes jefes intelectuales del marxismo.

Pero, más aun: a pesar del caos que reina en el campo económico desde 1914, hay pruebas de que persiste porfiadamente el estado de cosas anterior y de que, contra la nefasta acción perturbadora de la propaganda marxista y de la intervención desatentada de los Gobiernos, la vitalidad asombrosa del régimen capitalista industrial mantiene sus beneficios creando clases industriales pequeñas y fomentando la distribución de las pequeñas rentas.

En un artículo sobre "La fortuna y las rentas fran

---

(1) Ver cuaderno N.o 5: **Majaderías Socialistas**, Cap. III.

cesas desde hace quince años" publicado en **La Revista de Ambos Mundos** del 1o de Febrero de 1928, el vizconde D'Avenel hace notar que, de acuerdo con el capital declarado, "la riqueza se ha repartido, (en esa época), en un mayor número de manos y los capitales se han ampliamente derramado entre las clases populares"; y, más adelante, agrega: "Dando a cada causa su verdadera importancia, el movimiento de las sucesiones indica con toda claridad que existe más bien una difusión que una concentración del capitalismo, un aumento del número de las fortunas medias más bien que de las cifras de las fortunas grandes". En la sesión de la **Sociedad de Economía Política**, de fecha 5 de Junio de 1929 M. D. Serrays, director honorario de los acuerdos comerciales y de la información económica en el **Ministerio de Comercio**, demostró que, en la actualidad, se manifiesta en el mundo, un franco movimiento, no hacia la concentración, sino hacia la desconcentración, y, por vía de ejemplo, recordó que, en los talleres de Ford, en los cuales hace quince años se fabricaban todas las piezas y utensilios de sus automóviles hoy ya no se hace ese trabajo, el que se encarga a otros pequeños industriales especializados. Lejos, pues, de producirse lo que Marx profetizó, el movimiento hacia la especialización y hacia el aumento de las pequeñas industrias ha seguido una marcha progresiva.

b) Veamos, ahora, lo que ha pasado con las condiciones generales de la vida y bienestar de las clases trabajadoras.

Una de las teorías más comprometedoras y fastidiosas que Marx ha legado al socialismo científico, es, sin duda alguna, la del empobrecimiento gradual de la clase proletaria, debido, según él, a las leyes que rigen la capitalización y la población en el régimen capitalista. En pocas partes de su obra la sofística de Marx se muestra más habilidosa. Después de disertar largamente sobre la **ley de acero de los salarios**, sobre la teoría del **fondo de los salarios**, sobre la situación transitoria que

se produjo en los comienzos de la transformación industrial en Inglaterra y que trajo una baja progresiva de los salarios, sobre la utilización del trabajo de las mujeres y de los niños en reemplazo del de los adultos y, en general, sobre todas esas ideas secundarias que, en conjunto, forman el tema inagotable de todos los soñadores y divagadores del socialismo, Marx proclama a todos los vientos su doctrina de la **miseria creciente**. Para comenzar, Marx se encara con la *ley* del **fondo de los salarios,** frase que, empleada ocasionalmente por Smith, no tenía ninguna importancia, ya que es indispensable que existan capitales para pagar a los obreros y ya que el número de obreros que se puede ocupar, depende del monto de los capitales de que puede disponerse. James Mill disertó erradamente sobre la frase de Smith, y no faltaron economistas que le dieron una importancia extravagante y peligrosa. Pero, en todo caso, no hay tal **ley del fondo de los salarios,** ni es esta proposición una teoría de la escuela clásica ni cosa que se le parezca. Sin embargo, Marx que, a pesar de sus ataques a la economía liberal, sufría como Engels la fascinación de las Leyes Económicas, por su índole de batallador apasionado y tendencioso y, por lo tanto, inescrupuloso, tomó al vuelo la susodicha y maltrecha **ley del fondo de los salarios** y aparentó creer en la existencia de una suma fija y determinada de capital circulante que, forzosa y exclusivamente, hasta concurrencia de su total, debía ser invertida en el pago de salarios. El argumento **del fondo de los salarios** puede resumirse así: La cantidad total del Capital es formada y condicionada por los esfuerzos pretéritos de la sociedad, por los ahorros acumulados y sacados de la suma de los beneficios realizados. De esta cantidad, una parte es absorbida por el material y por los gastos generales en la proporción determinada por el carácter técnico de cada industria, y, el resto, constituye el **fondo de los salarios** que, de esta suerte, se encuentra fijado de antemano. (Simkhovitch).

Sigamos a Marx. Ure escribió en 1835, sobre las con

secuencias del maquinismo, lo siguiente: "La consecuencia del progreso del maquinismo fué provocar una fuerte perturbación en la tasa de los salarios, perturbación debida, no solamente a la circunstancia de no ser necesario seguir ocupando la misma calidad de trabajo de adultos que antes con el objeto de producir un resultado dado, sino al hecho de la substitución de una categoría de trabajo humano a otra, del trabajo no calificado al trabajo calificado, del trabajo de los niños al de los adultos y del de las mujeres al de los hombres (1).

De estos hechos Marx dedujo que, en la sociedad industrial, el maquinismo produce un exceso de población con sus lógicas consecuencias: el empobrecimiento de las masas de obreros cesantes y la baja de los salarios. Las máquinas emplean menos brazos y éstos van, lógicamente, a aumentar el ejército de **reserva del trabajo** el cual, a su vez, constituye la salvación de la industria capitalista; en el régimen desorganizado de la producción sometida a la competencia libre, no podría, sin ese ejército de cesantes que arrienda sus brazos a cualquier precio, adaptarse a las fluctuaciones inherentes al régimen. Este **ejército de reserva,** es pues, creado y mantenido por la introducción de nuevas máquinas y por las mejoras de las antiguas lo que permite ocupar a mujeres y niños en vez de adultos y reducir la tasa de los salarios. Por otra parte, los grandes capitales invertidos en esas máquinas, y por lo tanto, inmovilizados, obligan a los industriales a exigir un trabajo más intenso y más prolongado, con el objeto de obtener la necesaria remuneración de dichos capitales y, a estas exigencias de los capitalistas, los obreros no pueden resistir, pues, detrás de ellos existe el numeroso **ejército de reserva del trabajo** dispuesto a aceptar las condiciones que se le ofrezcan. De esta suerte Marx explica, de acuerdo con Ure, el origen del término **ejército de reserva del trabajo** y, de acuerdo con el profesor

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) (Copia de **Las manufacturas**, pág. 34, citado por [illegible] hovich).

Merivale, su indispensable utilidad en el funcionamiento y desarrollo de la producción capitalista. Marx no abrigaba, por consiguiente, ninguna esperanza sobre un posible mejoramiento de las condiciones de vida de las clases obreras lo que, en el fondo de su apasionado pensamiento, no podía dejar de agradarle ya que, esa circunstancia, hacía indispensable la Revolución Social de cuyo advenimiento se creía él, profeta.

Aparentemente, Marx parece rechazar la pseudo **ley del fondo de los salarios** pues, se muestra adversario de la teoría malthusiana de la población y, como se sabe, los apologistas de aquella pseudo ley pedían a los obreros que cooperaran por medio de los procedimientos malthusianos a proporcionar su número con el del monto de los medios de subsistencia que **el fondo de los salarios** les presentaba (H. Martineau). En efecto, Marx no creía en la eficiencia de los siguientes procesos: exceso de población, baja de los salarios —baja de los salarios, disminución de los nacimientos;— disminución de los nacimientos, insuficiencia de la mano de obra, y, por lo tanto, alza de los salarios. Encontraba que este tipo de ritmo mostraba una armonía demasiado bella para que se produjera en el régimen de la producción capitalista, y trataba de probar que ese ritmo seguía un proceso demasiado lento para producir efectos correctivos eficientes sobre el defectuoso estado de cosas originado por el régimen industrial. Sin embargo, aunque inconscientemente, Marx se mostraba partidario de la pseudo **ley del fondo de los salarios.** Su razonamiento puede resumirse así: una disminución de la mano de obra trae, como consecuencia, un alza de los salarios; —para defenderse del alto costo de la mano de obra los industriales invierten capitales en la instalación de maquinarias, lo que disminuye la capitalización y, por lo tanto, el monto del capital destinado al pago de los salarios, (aquí aparece el **fondo de los salarios**)— el menor gasto en salarios aumenta el **ejército de reserva del trabajo**, lo que contribuye a mantener a las clases obreras en una situación de po-

brosa sin esperanzas, condenadas por el destino a un estado de **miseria creciente**. Toda esta filosofía marxista es el producto de un artificio dialéctico que no resiste, no diré al más elemental análisis, sino que está en contradicción, no sólo con los hechos sobre los cuales se ejerció la parcial o poco aguda observación de Marx, sino con toda la serie de acontecimientos económicos producidos por el desarrollo de la industria y por el bienestar creciente de las masas obreras, hechos que son la más contundente refutación del monumento de enredos, sofistiquerías y malsano apasionamiento que constituyen la obra de Marx.

Con estos antecedentes, Marx formula su tesis sobre **la miseria creciente del proletariado** de la siguiente manera: La ley por la cual una cantidad cada vez mayor de los medios de producción, merced a los progresos de la productividad del trabajo social, puede ser aprovechada mediante un gasto cada vez menor de esfuerzo humano, esa ley en la sociedad capitalista en la cual no son los trabajadores los que emplean los medios de producción sino, más bién, esos medios de producción los que ocupan a los trabajadores, tiene por consecuencia producir un aumento de la masa obrera y una disminución de las oportunidades y condiciones para ser ocupada. El capital, en esas condiciones, domina el campo del trabajo, lo explota y, mediante esa explotación, aumenta sus inversiones las que, a su vez, arrojan nuevas masas de obreros a las filas del **ejército de reserva** del proletariado.

"Esa ley provoca, pues, una acumulación de miseria correspondiente a la acumulación del capital. La acumulación de las riquezas en uno de los polos de la sociedad, significa, por consiguiente, al mismo tiempo, la acumulación de la miseria, del penoso trabajo, de la esclavitud, del embrutecimiento, de la ignorancia, del decaimiento moral, en el polo opuesto" (1).

Esta es la teoría marxista de la **pauperización cre**

(1) El Capital I, pág. 600.

ciente; y esta doctrina abarca una teoría de la población y una ley de los salarios, y formula la tendencia según la cual la sociedad marcha inevitable y necesariamente a la revolución y al socialismo. Es sin duda, una doctrina ingeniosa; su crítica del malthusianismo y de la teoría del **fondo de los salarios** no está mal concebida; pero todo eso estaba destinado a sufrir la suerte de las doctrinas económicas anteriores. La vida, al desarrollarse, ha traicionado y dejado atrás a la doctrina de Marx y hoy tiene, apenas, la importancia de una curiosidad histórica. (Simkhovitch).

En realidad, el acuerdo entre los obreros cesantes que forman el **ejército de reserva del trabajo** y los obreros en actividad, acuerdo producido por medio de las **Trade Unions** organizados libremente, sin intervención de la autoridad, con el objeto de defender sus intereses, consiguió mejorar notablemente la situación económica de los obreros. La ley **natural, eterna, sagrada**, de la oferta y el pedido, aplicada al trabajo, dejaba de tener un carácter fatal, como lo entendía el tendencioso Marx. El funcionamiento de esa ley no importaba ya necesariamente la génesis inevitable de la **miseria creciente** de los obreros. Nuevos factores, sin modificar el funcionamiento de la ley de la economía clásica liberal, habían entrado a actuar en el mercado de la oferta de brazos y, naturalmente, las condiciones de ese mercado habían cambiado de aspecto. Marx, en su apasionamiento sectario, creyó ver en este hecho (1) una derrota de la Economía Política, "satélite de la producción capitalista", a la cual supone protestando por esta "violación de la ley eterna y, por decirlo así, sagrada de la oferta y el pedido". No hay tal cosa, sin embargo; (y esto no solamente pone de manifiesto el sectarismo de **Marx** sino que compromete el prestigio de su agudeza y, tal vez, de su buena fe de pensador). La ley de la oferta y el pedido no es herida ni debilitada en su acción necesaria, natural e inevitable,

---

(1) El Capital I, pág. 653.

por la presión que en el mercado del trabajo ejercen las asociaciones libres de obreros agrupados con el propósito de hacer subir el salario, esto es, el valor de los servicios que prestan en la producción de las riquezas sociales. Por el contrario, la Economía Liberal ve en este hecho una prueba palmaria de que, en el libre funcionamiento de una de las más importantes y beneficiosas leyes naturales, que regulan la producción capitalista los males que llegan a producirse en el régimen de la industria y del trabajo pueden ser corregidos modificados o atenuados por el simple juego de los mismos intereses en lucha y sin recurrir a intervenciones del Estado.

Padecen un profundo error los economistas socialistas y los humanitarios, —gente no siempre y del todo desinteresada,— cuando sostienen que, sin la intervención de la autoridad, las masas obreras serían entregadas con los brazos atados y sin defensa posible a las garras despiadadas de un individualismo egoísta, de un capitalismo sin entrañas y que los obreros están condenados, en el régimen de la producción capitalista, a aceptar la ración de hambre que les ofrecen los industriales. Es obra de mistificación proclamar la realidad de la **ley de acero del salario** de Lasalle, la verdad de la doctrina de la **miseria creciente** de Marx, la fatal división de la sociedad en dos clases: la de los capitalistas que gozan, derrochan y explotan, y la de los proletarios condenados a la miseria, la ignorancia, el sufrimiento y a ser explotados sin tregua y sin piedad. Todas esas paparruchas tan utilizadas por la oratoria demagógica de los aspirantes a puestos gubernativos o a la pobre notoriedad de corazones tiernos y fraternales, no son sino sonajeras de hojalatería literaria, vulgares procedimientos a que no debiera recurrirse hoy día, cuando la guerra al capital, al ahorro, a la propiedad, al patrón, toma caracteres de una gravedad inusitada. Las asociaciones obreras poseen la fuerza, y, para defender los intereses del trabajo, no necesitan socavar los fundamentos del orden económico, derribando el prestigio de las instituciones que le sirven

de apoyo, ni sofocar en su fuente las facultades de cuyo ejercicio ha dependido siempre la prosperidad social. ¡Hablar, hoy, del trabajo esclavizado es una ironía!

Pero volvamos á Marx. La teoría de la **miseria creciente** es una doctrina artificial, sin relación alguna con los hechos, ideada exclusivamente para erigir sobre ella el código de la rebelión, del odio y de la envidia. **Esta** doctrina es uno de los gruesos pilares del Marxismo, y sigue siéndolo a pesar de que una fracción importante del partido marxista, encabezada por Schoenlank, Mehring, David y otros, ha tratado de renegar de ella. El mismo Marx, en la comunicación dirigida en Septiembre de 1864 (no olvidar esta fecha) a St Martin's Hall, a propósito de la aprobación por el parlamento inglés de la ley de las 10 horas de trabajo, parece que desea dar a entender que ya no cree en la fatalidad de su doctrina. Sin embargo, el Vol. I de **El Capital** se publicaba en 1867 y, el fondo de este libro lo constituye la doctrina de la **miseria creciente**. (Esto puede dar una idea de la honradez intelectual y de la sinceridad de Marx). Queda, pues de manifiesto que toda la construcción de **El Capital** de Marx se apoya sobre la tesis del **empobrecimiento creciente**. Destruída ella, se desploma toda la teoría marxista de la población, de la ley de los salarios y de la acumulación del capital; y si lo que queda después es todo el marxismo, es el marxismo sin Marx (Sinkhovitch). Por lo pronto, conviene tomar nota de que Engels reconoció que las condiciones de vida de lo que podríamos llamar: la **aristocracia del trabajo**, habían mejorado considerablemente en el régimen capitalista; y es esta selección, el ascenso de los más aptos, la formación de clases obreras calificadas, lo que importa a la Sociedad, al progreso, y esa selección la produce el juego libre de la competencia individual, y la preconiza y defiende la escuela económica liberal, clásica ortodoxa.

Veamos, ahora, los cambios que se han operado en la condición de los asalariados. En Alemania, según los cuadros de Alex von Lengirke, la renta media de una familia

campesina de cinco personas era, en 1848, de 150 talers. En la satisfacción de sus necesidades físicas gastaban el 96% de esa renta. Según la encuesta de von der Golz, en 1875, los salarios habían aumentado en un 100%; los objetos de consumo, al mismo tiempo, habían disminuído de precio, lo que significaba un aumento del poder de compra del salario nominal, esto es, un aumento del salario real, de más de un 100%. Es cosa sabida que el **Manifiesto comunista** fué escrito bajo la impresión inmediata de las rebeliones de los operarios de las hilanderías de Silesia, ocasionadas por el hambre, lo que hizo cantar a Heine su poema: "Im düstrem Augen keine Thräne". Ahora bien, los estudios hechos por Schwedler, en 1865-1874, estudios de una minuciosidad y acuciosidad intachables, muestran que, en 10 años, los precios aumentaron 35 %; pero los salarios, en 60 % para los hombres, 20 % para las mujeres, 50 % para los niños de ambos sexos. La proporción de los gastos destinados a la satisfacción de las necesidades físicas (A) y a las de otro carácter (B) era la siguiente, expresada en marcos:

	1879	1896	1900
A	304.3	322.7	368.3
B	16.1	38.2	81.3

El profesor Ashley atestigua el mejoramiento gradual y constante de la vida de los obreros, a pesar del encarecimiento de algunos artículos de consumo y de la introducción de la jornada de 10 horas. En la fábrica de Krupp, el salario medio subía de 57 % desde 1871 a 1900, y el de los mineros de Westfalia, que era, en 1865, de 600 a 700 marcos, llegaba, en 1899 a 1,300 y 1,500 marcos. Los depósitos en las Cajas de Ahorros, en 1880-1900, pasaban de 114.65 marcos a 222.03, por habitante. El consumo de las mercaderías de alimentación y de uso doméstico aumentaba, a su vez, en notable proporción, lo que revelaba un progreso evidente en las condiciones de vida de las clases trabajadoras. La cifra de la mortalidad disminuía de 29% en 1870 a 20,6% en 1902. El número de suicidios, la emigración, la cantidad de arrendatarios de una sola pieza

etc. etc., acusaban una baja notable. Todo, pues, indicaba el paso enorme que, en el régimen industrial y capitalista, mediante un relativo ejercicio de las prácticas de libertad económica y del moralizante juego de la competencia y de las actividades individuales, habían dado las condiciones del bienestar de los obreros.

En Inglaterra, los cuadros de Giffen, aunque un poco viejos, (1882) como lo dice Simkhovitch, (de quien tomo estos datos) son, sin embargo, interesantes. Fueron además confirmados por Sidney Webb. En todos los oficios se ha producido un alza de los salarios de 50 a 100 %. En 1800 la renta mensual de un buen carpintero en Inverness era de 34 1/2 chelines. En Glasgow en 1833-1837 (según los archivos de la Unión Capitalista) un carpintero debía trabajar bien y duramente para ganar 21 chelines semanales; y, en 1853, los albañiles eran pagados, en Glasgow, también a 5 peniques por hora. Los mecánicos de una pequeña explotación minera de Lothraus, en 1831, eran pagados a 11 chelines semanales. La proporción en que han aumentado estos salarios hasta 1882 puede verse en el cuadro siguiente:

		42 %
Carpinteros	Manchester.	85 %
	Glasgow	50 %
Asentadores	Manchester.	80 %
de ladrillos	Glasgow.	24 %
Albañiles	Manchester.	69 %
	Glasgow.	50 %
		55 %
Mineros	Staffordshire.	
Tejedores	Huddersfield	
		30 %
Desgrasadores		20 %
de lanas		
Hiladores		115 %
Urdidores		58 %
y Cardadores		83 %
Devanadores		150 %
Encanilladores		100 %
Tejedores	Bradford.	160 %
Urdidores	”	
Hiladores (niños)	”	

BIBLIOTECA NACIONAL

Es verdad que los arrendamientos subieron y la carne también; pero otros artículos de consumo bajaron enormemente, (el quintal, cwt., de azúcar, valía en 1839, 8s chelines 8 peniques y, en 1882, sólo 9 peniques). Por otra parte, el gran aumento del salario real, esto es, del poder de compra del salario nominal, queda demostrado como lo hace notar Simkhovitch, por el aumento verdaderamente increíble del consumo por habitante obrero, lo que revela la difusión del bienestar en las masas proletarias. Después de Giffen, el eminente estadístico Bowley nos revela la ascensión continua del salario real en Inglaterra.

	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900
Salario real	45	50	50	55	60	70	84	100

En 1900, pues, el poder de compra del salario del obrero inglés había aumentado en 55 % lo que, según dice Bowley, muestra que su crecimiento desde 1800 a 1900 ha sido mucho mayor que en cualquier otro período precedente de igual duración.

Emilio Levasseur dice, en su obra **El obrero Americano:** "Cuando me referí a los salarios, en mi libro sobre la **Población francesa,** dije que las cifras recogidas por mí y que estimo como muy exactas, me permitían asegurar que los salarios han doblado en Francia durante los sesenta últimos años. Los mejores términos medios, sin embargo, pueden ser objetados; nada más fácil que encontrar casos aislados que parecen contradecirlos. Pero la divergencia de casos extremos no puede oponerse como argumento a las cifras que arrojan los términos medios, siempre que éstos se basen en una gran cantidad de observaciones. Esto que dije refiriéndome a la mayor parte de los Estados de Europa, puedo repetirlo ahora respecto a los Estados Unidos de Norte América".

Los datos estadísticos recogidos por D. Wright, en Massachusetts y por Adams, son los más antiguos que se conocen sobre la condición de los obreros en Norteamérica. En 1633, los carpinteros y albañiles ganaban 33 cen-

tavos diarios. En 1672, un par de zapatos costaba dos días y medio de trabajo a un obrero calificado. A mediados del siglo **XVIII** los salarios comenzaron a subir y en 1860 llegaron a ser 52,3 % más altos de lo que eran en el decenio 1820-1830. El precio de los artículos de alimentación, entretanto, en las mismas fechas, acusaba solamente, un aumento de 9,6 %. De 1860 a 1878, el progreso de los salarios medios semanales era de 24 a 40 % mientras el aumento del costo de la vida era sólo de 14 %, lo que revela un mejoramiento notable en las condiciones de vida de los obreros de **Massachusetts** y esto, como lo declara **Wright**, sin tomar en cuenta la disminución de las horas de trabajo en muchas industrias.

En el siguiente cuadro, extractado del de Summer y Adams, puede verse el movimiento de los salarios nominal y real en Estados Unidos desde 1870 a 1900, fijando el índice de 100 para el año de 1890. Los que deseen datos más completos y minuciosos pueden tenerlos en el informe **Aldrich del Census** (partes III y IV).

Industria:	**1870**	**1875**	**1880**	**1885**	**1890**	**1895**	**1900**
Salario nominal relativo	87,3	88,7	92,6	97,8	100	97,4	103,1
Salario real	68,7	72,5	82,8	98,2	100	102,0	104,5
Trabajo agrícola con alimentación:							
Salario nominal relativo		90,0	83,8	99,1	100	96,5	113,0
Salario real		74,3	82,6	90,5	100	101,0	116,3

En Francia las cosas han pasado del mismo modo. No entraré en detalles; los que quieran conocerlos pueden leer el Cap. VI: **El mejoramiento de la condición de los trabajadores**, y en el libro II: **El trabajo y las cuestiones**

obreras, del **Curso de Economía Política** de C. Colson (Alcan). Publicaremos, como suficiente esclarecimiento, las cifras dadas por Colson de la marcha de los salarios de los obreros industriales y de los agrícolas y del costo de la vida, desde 1810 hasta 1910, esto es, en la época de todo el régimen industrial capitalista, tan vilipendiado por cruel e inhumano y al que se culpa de haber extendido la miseria en las masas proletarias. Una reproducción esquemática de este proceso, impresionante y claro en alto grado, ha sido litografiado en la página 483 del volumen II de la obra de Colson.

	Salarios industriales	Salarios Agrícolas	Costo de la vida
1810	100	100	100
1820	105		108
1830	110		113
1840	117	128	114
1850	125	138	116
1860	146	183	129
1870	174		
1880	200	225	149
1890	224	210	140
1900	244		135
1910	268	268	141

Este cuadro ha sido formado por March, utilizando sus propios datos y las indicaciones dadas por Foville y por Souchon.

Queda, de manifiesto, por consiguiente, después del examen de la marcha del salario y de las condiciones de vida de los obreros en las principales regiones industriales del mundo, la futilidad de la teoría marxista de la **miseria creciente** a que el régimen capitalista habría condenado a la masa proletaria. Los corifeos del partido, los poetas y sentimentales que blasfeman contra el Liberalismo económico ¿se convencerán ante tales evidencias? No es posible esperarlo. Su éxito depende de la porfía y de la habilidad con que saben explotar la ignorancia, la cre-

dalidad, las pasiones y las envidias de la masa proletaria, en cuyo corazón echan hondas raíces todos los descontentamientos. No hay nada más injusto que esa actitud de las clases populares, actitud que no puede explicarse sino por su ignorancia de la propia existencia a través de las edades pasadas. El vizconde D'Avenel, dice: "¿Puede ponerse en duda el nivelamiento que hoy existe entre la satisfacción de las necesidades, entre los placeres de la clase alta y los de las clases populares? Basta para convencerse arrojar una mirada sobre los tiempos antiguos y sobre los actuales, ver cómo una y otra clase se alimentaban, se vestían, cómo sus viviendas estaban amobladas, alumbradas, cómo se alojaban, viajaban, divertían o cuidaban, y comparar esos tiempos con los actuales. Existe menos diferencia entre un hombre que come trufas o uvas que cuestan seis francos la libra y un hombre que come embutidos y una naranja de dos centavos que la que existe entre este último y el que solamente come pan seco; menor aun es la que existe entre éstos dos últimos, que la que separa al hombre que come carne hasta saciarse, de aquél que sufre de hambre.

"Había más diferencia entre el aldeano que alumbraba su cuarto con una vela de resina y el patrón que gastaba velas de cera, que la que hay hoy entre un obrero que gasta petróleo y un burgués que usa electricidad, o, si se quiere, importa poco tener veinte lámparas o una sola; pero sí importa, y mucho, tener una lámpara y no estar a obscuras. Importa poco, también, tener vestidos confeccionados por un gran modisto y cargados con encajes d'Alençon o tener un traje de seda con trama de algodón bordado a máquina y proveniente de una casa de ropa hecha; pero importa mucho tener ropa elegante o no tener con que vestirse.

"El plato de greda o de madera grasienta en la cual comían los pobres del siglo pasado, se parecía más bien al pesebre de los animales domésticos que al plato de estaño o de plata labrada que usaban las clases superiores; pero, hoy, el plato de loza de 15 céntimos que se emplea en las mesas más modestas se diferencia poco, en su as-

pecto y en limpieza, del plato de porcelana más caro. Las murallas empapeladas con papeles de a 80 centavos rollo y adornadas con cromolitografías son menos lujosas que las murallas tapizadas de seda y decoradas con cuadros de grandes maestros; pero no producen una impresión tan triste como una muralla embarrada o embadurnada con cal al lado de otra cubierta con madera tallada.

"Entre el individuo que disponía de mensajeros particulares o que, después de la organización de los correos, pagaba franqueos tan caros como un día de trabajo y el individuo a quien sus medios no le permitían, absolutamente, comunicarse desde lejos con sus parientes, existía un abismo. Hoy, entre la conversación por teléfono que usan los pudientes y la carta que con una estampilla de diez centavos llega solamente con algunas horas de atraso a manos de su destinatario, hay poca diferencia. Del mismo modo, entre el viaje de tercera clase del hombre del pueblo y el del rico en carro dormitorio hay poca diferencia en cuanto a su duración, facilidad o fatiga, en comparación con la que existía entre el viaje en litera, en carricoche o, un poco después, en diligencia, y el viaje a pie o en canasto suspendido entre las ruedas del Cucú.

"En una palabra, desde cualquier punto de vista, desde hace siete siglos o, sencillamente, desde hace cien años, de un lado los privilegiados de la fortuna, del otro los más humildes asalariados, ya se trate de los placeres que pueden proporcionarse, de los libros que quieran leerse, de las medicinas que se necesiten, de todo el conjunto de las necesidades que la civilización permite satisfacer, es cosa evidente que la distancia entre unos y otros ha disminuído singularmente y disminuye, a veces, después de cada nueva invención. La bicicleta, por ejemplo, es mucho más útil al pobre que lo que lo es el automóvil al burgués, y el metropolitano dará luego a cada proletario una comodidad que la novela de 1840 presentaba como un lujo increíble de los montecristos, a saber: un coche pronto y permanente a las órdenes del dueño. (1)

---

(1) D'Avenel: **Découvertes d'histoire sociales**, 1200-1900 página 307.

"En una sala del museo Wallace, en Londres, se ven dos escritorios: uno, que es una copia del de Riesener, del Louvre, es una obra soberbia, ejecutada en 1878; el otro es una mesa Luis XV, bastante ordinaria, pero muy antigua o tenida por muy antigua. Si mañana fueran puestos en venta esos dos escritorios, los aficionados despreciarían el primero y se disputarían el segundo a precio de oro. Este caso concreta la protesta del lujo actual contra el goce democratizado. La codicia exagerada por el objeto **único** es un sentimiento que nuestros antepasados no conocieron porque no eran víctimas, como nosotros lo somos, de la reproducción o de la imitación; pero ¿se podría, acaso, poner en duda, por este motivo, la nivelación social de las satisfacciones y de los goces porque siempre hay veinte o más personas que poseen un yatch, dilatados terrenos para la caza o una galería de cuadros? Para que todos los franceses sean felices ¿es necesario que **todos** tengan el mueble **único** o que ese mueble sea despedazado porque todo el mundo no puede poseerlo?

"La distancia entre los más pobres y los más ricos dicen los **igualófilos**, no ha disminuído al contrario, se ha acrecentado. Importa poco, agregan, que los pobres sean menos pobres si los ricos son más ricos. La situación **absoluta** de la clase obrera no significa nada dicen Lasalle y sus discípulos; lo único que hay que considerar es su situación **relativa** con relación a las otras clases sociales en el tiempo en que se vive. Es evidente que la diferencia entre las clases sociales de los salvajes del centro del Africa o los del Brasil es mucho menor que la que existe entre los franceses o los ingleses. Nadie se atreverá a decir, sin embargo, que aquellos salvajes se encuentran en una situación socialmente superior a la nuestra. Pero, tal vez, hay ilusos empecinados que preferirían que la generalidad de los hombres fuera más miserable con tal de que hubiera menos diferencias entre ellos. Se sostiene que, mientras esta igualdad no se encuentre completamente establecida, los franceses seguirán divididos en **clases** y la lucha continuará siempre entre ellos hasta que todos los ciudadanos puedan meter una cantidad de

carne igual en cada día. Todos están de acuerdo en que pueden, hoy, comer más y mejor que hace cien años; pero, si las rentas de la masa popular han aumentado más del doble de lo que ha subido el precio de la vida, la renta de los burgueses acomodados ha aumentado tres o cuatro veces más y la de un pequeño grupo de ricachos ha aumentado seis u ocho veces más aún" (1).

No es, pues, una razón de **necesidades** no satisfechas, de **miseria creciente** ni de **justicia social** lo que inspira a los profetas marxistas y remueve a cierta categoría de las clases incultas. Es la envidia democrática, la conciencia de su incapacidad o de su inadaptabilidad, la poca confianza que tienen en sus esfuerzos, en su habilidad o en sus aptitudes para treparse a situaciones que les atraen por la cantidad de placeres o por la calidad de los goces de que en ellas se disfruta. En realidad, esa aspiración, ese anhelo de los hombres a subir el **Standard** de su vida es un factor de progreso que interesa enormemente a la civilización y, por este mismo motivo, conviene que existan estados superiores que despierten ambiciones nobles en el corazón del pueblo; pero, ese sentimiento, para que sirva a la civilización, para que tenga un efecto educativo, es necesario que busque su satisfacción en el esfuerzo personal, en el desarrollo y perfeccionamiento de las aptitudes de acuerdo con las capacidades naturales. Es esto lo que interesa a la sociedad; es esta obra de paz, de esfuerzo y de lógica lo que interesa al progreso, y es, precisamente, este proceso el que contrarían los ilusos sentimentales, los poetas metidos a sociólogos, los predicadores del odio y de la envidia entre las clases sociales, los filósofos cortos de vista y los políticos que trafican con el sufragio popular.

No ven, no quieren ver el paso enorme que ha dado la prosperidad general y, especialmente, el bienestar de que hoy disfrutan las clases trabajadoras comparado con el de épocas anteriores, y les duele haber de reconocer que

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) d'Avenel: **Le nivellement des jouissances**, pág. 313.

este relativo bienestar ha sido alcanzado en el régimen industrial capitalista. Ilusionados, maliciosa o candorosamente, con los espejismos de edades de oro irrealizables, con regímenes imposibles de prosperar dada la psicología del hombre y la naturaleza de las cosas, critican sin piedad y sin justicia los defectos inevitables e inherentes a toda obra terrestre, a toda organización humana y pretenden o destruir un orden de cosas social y económico basado en la experimentación y que es el resultado del juego natural de las fuerzas inmanentes del mundo, o modificar ese orden en el sentido de una felicidad absoluta, de una bondad generalizada contra la cual protestan todas las tendencias humanas y todas las realidades de la vida.

¡Soñadores terribles! Para que sus sueños pudieran ser aplicados en el mundo social sería necesario comenzar por modificar al hombre. Y ¿es esto posible? Ahí está la historia sobre la cual no meditan esos reformadores arrastrados por una filantropía atolondrada y peligrosa. Oigamos, una vez más, la voz del buen sentido, leamos lo que nos dice el vizconde D'Avenel.

"¿Cómo se ha conseguido en los tiempos actuales revolucionar la vida, procurando a la masa popular, a la vez, la calidad y la cantidad de nuevos productos? Por una contradicción singular, los artífices de esta revolución bienhechora han sido los especuladores y no los filántropos: esos creadores del bienestar económico de hoy, trabajan, no **para dar**, sino para **adquirir**. Cuando libraban las tierras incultas, plantaban o levantaban fábricas, arriesgaban experimentos, lanzaban grandes barcos o inventaban máquinas, propietarios de inmuebles, comerciantes o industriales, se proponían hacer, no nuestra felicidad, sino su fortuna. Sin embargo, es nuestro pan el que ellos supieron ganar con **el sudor de su frente.** Todo el progreso moderno ha surgido de nuestras impaciencias egoístas y no de un altruísmo desinteresado, y la comprobación de este hecho no envuelve ningún sentimiento pesimista; es solamente, la fría y clara visión de los móviles humanos. Lo que el libre juego de esas preocu-

peciales [illegible]gnistas ha realizado, ni la caridad cristiana, ni el socialismo facultativo de ayer, ni el socialismo, esta caridad obligatoria de hoy, habrían podido ni sabido obtenerlo. Y, como en realidad todo no es aún perfecto ni siquiera bueno en este siglo XX, como, a pesar de nuestra civilización, existen aún seres que sufren, a veces hambre o que lentamente mueren por este motivo, conviene, aprovechando serena y cuerdamente de las enseñanzas de la experiencia, no cegar las fuentes de las cuales pueden surgir, para el provecho del mayor número, los progresos futuros. Estos serán el resultado del libre esfuer**zo individual** y no de la **bondad colectiva**, aun cuando ésta fuera erigida en sistema legal. La bondad sirve enormemente al mejoramiento moral de aquéllos que la ejercen como un deber; pero sirve muy poco para el alivio material de aquéllos que lo reclaman como un derecho. La bondad crea, solamente, la virtud para los unos, pero no crea la riqueza para los otros. desde el punto de vista económico; los „verdaderos benefactores de la humanidad no han sido los organizadores de la bondad sino los entrenadores del trabajo" (1).

En resumen, pues, no puede sostenerse que el régimen capitalista industrial, el liberalismo económico, haya hecho la felicidad total de las clases pobres de la humanidad; esto es una utopía en la que sólo pueden creer los

---

(1) El notable publicista yanqui Carl Snyder hace notar en su obra **Capitalism, the creator,** (x) que el Capitalismo, con su resorte de la actividad individual "ha movido a verdaderos genios de empresas a llevar a cabo realizaciones que exceden la fantasía más espléndida". Y estas realizaciones se han traducido en la elevación del nivel de vida extendido a la inmensa mayoría de los habitantes de los países, y en el progreso cada día creciente de todas las actividades. Dentro de la realidad, el teorizante, repleto muchas veces de nociones que no alcanza a comprender, no aporta nada de efectivo al bienestar humano; "pero, en cambio, los empresarios capitalistas, han proporcionado a las masas trabajadoras una vida incomparablemente más satisfactoria y confortable que la llevada por los obreros hace cien años".

Todos estos adelantos han sido obtenidos, exclusivamente, merced al capital particular, a la iniciativa de los inventores y técnicos apoyados por los capitalistas que han gastado millones

ilusos o sentimentales que, con frases sonoras y tremolantes, nos cuentan las bondades de regímenes antiguos de gobierno, más o menos arreglados a la moderna, o las bellezas de una edad de oro irrealizable en ningún mundo conocido. Los primeros, incorregibles retrógrados y reaccionarios, quieren volver al paternalismo gubernativo, a las corporaciones o gremios medievales, y cortan las alas al espíritu de libertad y de independencia individuales, fuerza tenaz y permanente que empuja a los hombres hacia un estado de mayor dignidad. Los segundos son poetas no del todo sinceros, pero siempre peligrosos. No es mi ánimo sostener que la condición presente de las

---

en el perfeccionamiento del trabajo y en el bienestar de los obreros, y no de los políticos agitadores ni de los sentimentales y compasivos que no han hecho otra cosa que quejarse, y solivianar las malas pasiones, los odios y las envidias.

Dice Snyder: "Se ha requerido el genio y la pericia de miles de célebres ingenieros y físicos que forman una brillante constelación desde Faraday a Edison, a Steinmetz y Langmuer. ¿Quién ha pagado todo ese largo trabajo de experimentación, las decenas de millares de dólares de sueldos de todos esos técnicos? ¿El trabajo? ¡No! ¡No! Fué el ahorro transformado en capital; ha sido sólo éste el creador de esa maravillosa industria y del confort, del agrado y del lujo del mundo moderno".

El progreso de una nación debe buscarse en la elevación del nivel de la vida de cada uno de sus hijos y esto se consigue, únicamente, por medio del sistema capitalista que, sin oponerse a que el hombre más feliz del mundo lo sea porque no tiene camisa, y se deleita con ese **cuento del tío**, se preocupa de que cada individuo trate de ser, mediante el libre ejercicio de su iniciativa y capacidades individuales, cada día más rico, más poderoso, más capaz y más feliz.

"El progreso", dice Snyder, "es la expresión del impulso agresivo del más hondo y vigoroso de los sentimientos humanos: el deseo de vivir, de enriquecerse, de descubrir, de conquistar; y, dondequiera que ese sentimiento comience a debilitarse, cuando una nación cae en manos de doctrinarios, de visionarios, y novicios, en la experimentación social, la decadencia de esa nación ha comenzado ya".

(x) Tomo estos datos de un excelente artículo en que son expuestas y estudiadas las ideas de Snyder. El artículo fué publicado en "**El Mercurio**" y firmado A. V. A. (Abel Valdés Acuña).

clases trabajadoras o la actual distribución de la riqueza es, siquiera, aproximativamente satisfactoria; pero pienso que no hay razón para temer que las condiciones de la vida de esas clases pueda empeorar o para poner en duda que, bajo las condiciones industriales existentes, no pueda mejorar. Debemos abstenernos de condenar atolondradamente un sistema social cuyas posibilidades de responder a las **legítimas** aspiraciones de las clases trabajadoras están muy lejos de encontrarse agotadas ya que, en un siglo, y, a pesar de los entorpecimientos de todo orden que han impedido su integral implantación, ha creado una éra de bienestar y de cultura nunca vistos en la historia.

B) No han sido más felices los marxistas cuando han argumentado sobre la teoría del salario según la enseñanza de los economistas y, especialmente, de Ricardo. Ricardo sostuvo que el precio del trabajo, como el precio de todas las cosas, se regulaba por el costo relativo de su producción, que el costo de la producción del trabajo consistía en el costo de las subsistencias requeridas para mantener al trabajador en todo su vigor y para mantener a su familia en tal forma que pudiera continuar, después de su muerte, produciendo el trabajo social necesario. Sobre estas consideraciones Ricardo fundaba su teoría del **salario necesario**; pero, al mismo tiempo, declaraba que, si el salario no podía bajar de ese mínimo fijado por el costo de su producción, en cambio no permanecía en esa cifra sino con el consentimiento de los mismos trabajadores, quienes podían adoptar el tipo de vida correspondiente a su situación, a la época y al lugar. Además, el salario, por diversas causas, puede permanecer y, en verdad permanece a menudo, en una cifra más alta que la del **salario necesario**. El **salario necesario** no puede bajar del mínimo indispensable para hacer subsistir al obrero y criar su prole, porque en ese caso el número de matrimonios disminuiría y el de defunciones aumentaría y, así, disminuyendo la oferta de brazos, el nivel de los salarios tendería a restablecerse. Por el contrario, si los

salarios suben, los matrimonios aumentan y las defuncio-
nes disminuyen, y, en tal forma, que el viejo nivel volve-
ría a restablecerse. Pero este juego mecánico de la po-
blación y de los salarios, que tanto paño que cortar ha
proporcionado a Marx y a todos los marxistas, es, apenas,
un esquema que se encuentra condicionado por múltiples
e importantísimas complicaciones. En primer lugar, co-
mo lo dice Rae, el número de matrimonios depende de la
voluntad y consentimiento de los obreros y este consen-
timiento se produce o no se produce, según sea el con-
cepto que los obreros tengan sobre la suficiencia o in-
suficiencia del salario para sostener a su familia, y jamás
ellos estimaron esa suficiencia de acuerdo con una can-
tidad invariable fijada por el costo de las subsistencias
indispensables para la satisfacción de sus necesidades fí-
sicas. Los obreros, para fijar el **salario necesario**, tienen
en consideración el género de vida a que están habitua-
dos. Este salario puede aumentar permanente y continua-
mente, ya que las condiciones de vida que los obreros
estiman necesarias para su bienestar cambian continua-
mente por la incorporación gradual y paulatina de nuevas
necesidades que exigen a su vez ser satisfechas, lo que
significa mayores actividades y, por lo tanto, mejores
salarios. De esta suerte, esas condiciones nuevas pa-
san a constituir elementos de su **salario necesario** o
natural en el sentido que Ricardo y los economistas le
dieron. La enseñanza de los economistas no reviste, pues,
el carácter de fatalidad que sus impugnadores, o intér-
pretes de mala fe, le han dado. Por el contrario, la pro-
pia determinación del obrero, su acción individual, su
personalidad libre, es un factor importante en el proceso
que determina el monto del salario. Así como Ford fija
de antemano el precio de la máquina que va a entregar
al mercado y, en seguida, organiza el trabajo de su fa-
bricación en forma de que ese precio sea remunerador,
así, de la enseñanza de los economistas se desprende esta
proclama lanzada a los obreros: "Adoptad un tipo ele-
" vado de vida, mejorad vuestras costumbres, ensanchad
" el campo de vuestras satisfacciones legítimas y vuestras

" salarios buscarán como nivelarse en seguida". Es un
hecho reconocido hoy por todos los grandes economistas
que los salarios altos, convenientes, desarrollan la produc-
tividad del trabajo y reducen el costo de la obra (1).
Ford, prácticamente, paga altos sueldos y realiza gran-
des utilidades. De todo esto se deduce que la ciencia eco-
nómica reconoce que existe una armonía entre las conve-
niencias de los capitalistas y las de los obreros. El régi-
men industrial ha mejorado progresivamente las condi-
ciones de vida de las clases trabajadoras y estas mejoras
se han incorporado en sus costumbres, se han consolida-
do, por decirlo así, y han influído, a su vez, en la eleva-
ción del **sa'ario necesario**.

Los doctrinarios del paternalismo gubernativo, del in-
tervencionismo, verdaderos metafísicos políticos, no pue-
den negar estos hechos económicos; pero intentan, a pe-
sar de ello, dar una errónea interpretación de las opinio-
nes de los economistas ortodoxos con respecto al salario.
Los economistas han pensado que el principal peligro a
que las clases trabajadoras se encuentran expuestas pro-
venía de su propia y demasiado rápida multiplicación;
pero Ricardo, al mismo tiempo, sostenía que, como el ca-
pital era capaz de crecer mucho más rápidamente que
la población, el tipo de los salarios se mantendría en una
cifra superior al mínimo que podría fijar la **ley del sala-
rio necesario,** y que esto ocurría, prácticamente, en toda
progresiva comunidad y por períodos prolongados. El
precio del trabajo, decía Ricardo, se regula siempre en
esos casos por la solicitación de la mano de obra que es
una consecuencia de las nuevas inversiones de capital
producidas por su acumulación, y la única condición del
incremento del capital es, a su vez, el productivo **poder
del trabajo**. En toda comunidad que progresa, observa
Rae, el monto de los salarios, por lo tanto, no puede en
ninguna forma, ser determinado por la **cruel ley de acero**
y no existe, por consiguiente, ningún motivo para soste-

(1) Ver Leroy-Beaulieu. **Traité d'Economie Politique** II. 186
385.

ner que los economistas han enseñado que el actual sistema es la causa de que el monto de los salarios, o sea, la remuneración de los obreros, oscile continua y fatalmente de uno a otro lado, sobre las márgenes que bordean el límite extremo de la indigencia proletaria.

La ley de Lassalle, que tanto han clarineado los agitadores populares, que tantas rebeldías ha promovido, que tantas pasiones ha levantado, no está pues, basada sino en un tejido de errores. Para agitarla al frente de las masas irreflexivas y apasionadas se estimaron, como lo hemos visto más atrás, erradamente los hechos de la historia económica y se interpretó maliciosa y deshonestamente la enseñanza de los economistas liberales. Según éstos, la tasa de los salarios depende del monto de capitales comparado con la población. Ahora bien, el monto de capitales es un elemento de una extremada elasticidad, que se amolda por sí mismo a las condiciones industriales sin omitir las que conciernen a la población; pero es gobernado por el gran factor originario que determina la importancia total del sistema industrial, esto es: la productividad general del trabajo. En todas las naciones la tasa de los salarios guarda siempre una proporción determinada con el monto de la producción **per capita** en la comunidad (Rae).

El proceso puede exponerse así: la tasa de los salarios depende del pedido del trabajo —el pedido de trabajo depende del monto de los capitales— el monto de los capitales depende del total de la producción de mercaderías y de su solicitación en el mercado —el monto de la producción total depende del promedio de la productividad del trabajo. Si en toda sociedad primitiva, en la cual no existe la diferencia de clases, en la cual cada uno fabrica, sin intervención de factores extraños, los artículos de consumo, no existe en realidad el salario tal como hoy se le conoce, el salario se encuentra, sin embargo, incorporado en forma de trabajo en el objeto mismo fabricado. Esta es una verdad de Pero Grullo; pero, aun en esa sociedad primitiva, el valor del trabajo incorporado en el objeto fabricado depende, no solamente de la eficiencia

personal del trabajador, sino también de la mayor o menor fertilidad del suelo y de la eficiencia general del resto de la comunidad trabajadora, ya que, como lo observa Rae, si el trabajador, de acuerdo con su personal eficiencia, llega a ser propietario de una cierta cantidad de artículos fabricados por él, de los cuales, después de satisfacer sus propias necesidades, le queda un sobrante que desee cambiar por otros artículos fabricados por otros miembros de la comunidad, la cantidad que puede obtener en cambio de los que a él le sobran, depende, a su vez, de la eficiencia del trabajo de sus vecinos.

El término medio, pues, de la real remuneración del trabajo en esa sociedad primitiva, guarda una estricta relación con el promedio de la productividad del trabajo de todos los miembros de esa sociedad.

Este mismo principio es el que rige en la organización industrial actual a pesar de que, por su complejidad sea más difícil percibirlo claramente.

Si bien el salario en la sociedad industrial capitalista oscila entre un mínimo determinado por lo que se estima necesario para sostener la vida del obrero y un máximo determinado por lo que se estima suficiente para asegurar un beneficio adecuado al capitalista, sin embargo, entre estos dos límites, el salario se fija en proporción de la productividad general del trabajo de la comunidad, esto es, del trabajo social, como dicen los marxistas, que padecen de la manía de pegar a todas sus frases la palabra social (1).

La productividad general del trabajo influye en la tasa de los salarios porque el trabajo eficiente del obrero produce un mayor beneficio para el empleador y porque una mayor difusión de la riqueza abarata el precio de los artículos, aumenta su pedido, incrementa la inversión de capitales en la industria y acrecienta la solicitación del trabajo con el objeto de atender a la mayor pro-

---

(1) Ver nota (1) en la página 152 del cuaderno número 5 **Majaderías Socialistas**.

ducción. El ejemplo de Mulhall aclara bien este problema. Un trabajador a la pala ganaba en 1800, cuando el pan era doble más caro que lo que lo es hoy, doce libras esterlinas; hoy gana treinta libras esterlinas. ¿Por qué? ¿Su trabajo es mayor, ha cambiado de naturaleza, es más eficiente? Si la mejor alimentación que le asegura un salario más alto puede haber aumentado su robustez, esta circunstancia es más bien una consecuencia de su más alto salario. ¿De qué, pues, ha dependido esta alza? La causa no puede ser otra que la siguiente: el aumento de la productividad general ha permitido destinar más capitales a las inversiones industriales lo que, a su vez, ha aumentado el pedido de mano de obra y, por lo tanto, el alza de su valor, esto es, del salario.

El capital es, pues, el antecedente de toda solicitación de trabajo y, en consecuencia, toda alza en la tasa de los salarios supone el incremento de ese capital que se destina a inversiones industriales y que guarda una estricta relación con la producción general.

De aquí, por lo tanto, la conveniencia de aumentar las expectativas de crecientes beneficios industriales, lo que influye en el desarrollo del espíritu de ahorro entre los ciudadanos acrecentando, de esta suerte, la masa de los capitales y su inversión en remuneradoras empresas industriales lo que, al fomentar la productividad general con su correspondiente baja de los precios aumenta el consumo de las mercaderías, y el pedido de la mano de obra y, por consiguiente, el alza de la tasa de los salarios.

La famosa ley de acero de Lasalle que condena a noventa y seis personas en cada cien a una existencia miserable, mientras permite que las otras cuatro vivan entregadas a la ociosidad y al lujo, es una mistificación verbal sin fundamento alguno en la realidad de las cosas.

Como ya lo hemos dicho, la experiencia de las Trade Unions ha mostrado que los obreros, agrupados por su libre y propia voluntad, pueden influir en mejorar la tasa de los salarios desde el mínimo que consiste en lo que el obrero se ve obligado a aceptar, hasta el máximo de lo que al empleador le es posible pagar; pero, este máximo no puede ser sobrepasado si no aumenta la producti-

vidad que es la llave de todo el proceso. Los obreros deberían estar más interesados que nadie, por consiguiente, en este aumento de la productividad y en no dejarse engañar por los aduladores y por los explotadores de la ignorancia y de las pasiones populares que, con la trapa de la reducción de las horas de trabajo y con la de aumento de las contribuciones que pesan sobre las industrias por el peligroso recurso de leyes sociales populacheras, etc., hacen disminuir los beneficios de los empleadores y ahogan en su fuente la formación, por el ahorro, de los capitales que se destinarían a inversiones industriales productivas. Esa inepta agitación mata el espíritu de empresa, desalienta a los activos y perjudica a los obreros cuyas condiciones de vida había conseguido mejorar notablemente el régimen industrial capitalista durante el tiempo en que ha podido actuar con relativa libertad.

Acabo de referirme a la beneficiosa influencia que los **Trade Union**, como asociaciones libres de trabajadores empeñados en defender sus intereses y en hacer subir en el mercado de la mano de obra, su precio, esto es, la tasa de los salarios, había traído en el mejoramiento de las condiciones de vida de la masa proletaria. Este juego, sin embargo, tiene su límite, como acabamos de verlo: la productividad general; pero, además, envuelve un peligro: puede acarrear un estado de cosas contrario al perseguido y servir mal los intereses de la clase obrera. Conviene, pues, que las masas obreras asociadas procedan con mucha prudencia, con suma habilidad y que sus directores sean inteligentes y posean la cabal conciencia de sus responsabilidades.

Desgraciadamente, estos directores son, por lo general, traficantes políticos que obran errada o maliciosamente, impulsados por el deseo de apoderarse de la fuerza efectiva de las masas electoras a las cuales adulan con todo descaro o, a veces, también, soñadores ignorantes deseosos de ver realizadas sus absurdas ilusiones. Para que esas ilusiones, ya lo hemos dicho, pudieran llegar a ser realidades, se necesitaría hacer al hombre otra cosa de lo que es, y fundar la producción de las riquezas sobre otros principios que aquéllos que hasta hoy se han

siderados adecuados para alcanzar ese objeto. Los obreros deben, en consecuencia, obrar con mucho tino para que su acción no sea, no solamente estéril, sino para que no les acarree perjuicios. Los **Trade Unions**, por ejemplo, lo consiguieron, en sus campañas para alzar la tasa de los salarios hasta el tope máximo (lo que los empleadores pueden dar), con facilidad y prontitud en aquellas industrias que no estaban sujetas a la competencia extranjera; (y esto es de una importancia extrema, pues, toca a la tesis del proteccionismo y del libre cambio que, por otros puntos, interesa enormemente a los obreros). La falta de competencia en algunas industrias, permitió, a las asociaciones obreras, subir la tasa de los salarios a costa de los precios de las mercaderías, las que, a su vez, tuvieron menos venta en el mercado, al encarecerse. Este resultado, aparentemente, sirvió al bienestar de los obreros de esas industrias y esta mejora de su situación económica explica la contradicción enorme que existe en que, a pesar de su internacionalismo, de sus sentimientos de fraternidad y de solidaridad con el proletariado mundial, de que tanto alardean, hayan extendido su acción, hasta mostrarse partidarios de cerrar las puertas a la emigración de operarios extranjeros, y se hayan manifestado contrarios a la reducción de las tarifas aduaneras que permitían la introducción de mercaderías similares a las que ellos fabricaban, lo que significa una hostilidad al trabajo de los operarios de los otros países. Pero estas torpezas trajeron sus consecuencias fatales; el costo de la vida subió con el alza de los salarios artificialmente obtenido y también el precio de la mercadería por ellos fabricada, lo que produjo la restricción de su consumo, y, fatalmente, la paralización de las industrias destinadas a la fabricación de los objetos que a ellos interesaba. Los empleadores hábiles resistieron a fuerza de ingenio, aumentaron sus beneficios, subiendo el precio de la mercadería, lo que, a su vez, redujo su campo de venta, a causa del encarecimiento. Los empleadores menos hábiles o menos bien instalados, no resistieron y liquidaron, pues una inepta dirección es tan perjudicial como lo es el trabajo ineficiente; y, así, el número de desocupados aumentó, las inver-

siones de capitales se restringieron, el consumo disminu-
yó; y a la postre, después de un período más o menos
serio, que desorientó a los ignorantes y sirvió de argu-
mento a los pillos, los obreros, como el quintral, siguie-
ron la suerte del árbol, cuyo jugo habían absorbido torpe
e irreflexivamente.

Corolario de esa política que reduce la competencia
es la inclinación que manifiestan las asociaciones obre-
ras a la restricción de la productividad y su antipatía
por el trabajo a trato. La ignorancia de las masas obre-
ras les hace creer que el aumento inmediato del salario
es lo único que les beneficia, y no ven que lo único que
puede dar firmeza y permanencia a esa alza es la mayor
productividad, aunque no vaya inmediatamente acompa-
ñada de un aumento de los salarios, en la misma industria.

A esta ignorancia de los obreros se agrega la de al-
gunos empleadores, cuyo único objetivo es la reducción
de los salarios. Así se ve, pues, que patrones y operarios
parecen empeñados en reducir la cifra de la productivi-
dad engañados por los inmediatos pero pasajeros bene-
ficios y utilidades que esa política económica trae, y de-
bilitan, de esta suerte, el poder de la causa fundamental
de que proceden las utilidades de la industria y los altos
salarios.

La verdadera manera de ensanchar el campo del tra-
bajo de mañana es hacer hoy todo lo que se pueda, con
el convencimiento de que el producto del trabajo de un
hombre tiene como consecuencia la demanda del pro-
ducto de otro hombre. No hay cosa más difícil que hacer
comprender a las clases obreras cual es su verdadero in-
terés; sus facultades de conocimiento se encuentran per-
turbadas por las pasiones y por las prédicas intenciona-
das de los que las explotan.

La enseñanza de los economistas no está, pues, al fin
de cuentas, de acuerdo con lo que los marxistas afirman
sobre la imposibilidad de los obreros para mejorar la ta-
sa del salario, es decir, sobre la fatalidad de la **ley de
acero**, de Lasalle.

II

No procede, tampoco, contra el actual sistema industrial, el cargo que le hacen los marxistas de aumentar las vicisitudes del comercio y, de esta suerte, de mantener sobre el proletariado la amenaza de una irremediable inseguridad y miseria.

Los marxistas sostienen que: A) las rápidas transformaciones técnicas en las industrias, y B) la frecuencia de las crisis comerciales, ocasionan un permanente exceso de población y, por lo tanto, mantienen muy alta la cifra del hambriento y tenebroso **ejército de reserva** del trabajo formado por la masa de los medio-ocupados o de los totalmente sin ocupación.

A). Las frecuentes transformaciones técnicas en los procedimientos o en las máquinas empleadas en la industria moderna, no ocasionan a las clases trabajadoras los perjuicios denunciados por el marxismo.

El maquinismo ha impulsado siempre a ocupar mayor número de mano de obra que la que, transitoriamente, ha dejado sin trabajo. El aumento y el abaratamiento correlativo de las riquezas producidas es el más seguro incentivo para la demanda de mano de obra y, esto ocurre, no sólo en las otras industrias, sino, también, en aquéllas en las cuales la maquinaria ha sido instalada. Así, por ejemplo, en la industria textil, según el cuadro de Mulhall en el **Diccionario de Estadística** se ve el siguiente movimiento de operarios en Gran Bretaña:

	Homb.	Muj.	Niños	Total
1835	82.000	167.000	104.000	353.000
1850	158.000	329.000	109.000	596.000
1880	232.000	543.000	201.000	976.000

Estos datos, como todos los que contradicen las aseveraciones de los marxistas es su campaña por despresti-

giar y destruir el régimen industrial fundado en la libertad económica, debieran echar por tierra todo el tejido de falsedades, todo ese romanticismo político y social que forma la estructura de la teoría del socialismo científico. Pero a la ignorancia de las masas y a la habilidad de los intelectuales de la secta, se une el enorme factor de las pasiones y apetitos populares y, así, se ha creado el mito y se ha organizado el misticismo combativo contra los que se mellan la lógica y la evidencia de los hechos.

El maquinismo, no merece, tampoco, el cargo de desalojar a los hombres de las fábricas y de reemplazar su trabajo por el de las mujeres.

El cuadro de Mulhall muestra la poca diferencia que existe en la proporción de los nuevos ocupados, hombres y mujeres. Pero el problema debe ser considerado desde otros puntos de vista. Una ocupación mayor de mujeres en la industria no importa una desventaja pública ya que siendo más difícil, como dice Rae, encontrar ocupación para las mujeres que para los hombres, la mitad del problema del pauperismo consiste realmente en encontrar ocupación para aquéllas y, por lo tanto, es siempre una ganancia social, y no una pérdida, si nuevas ocupaciones se presentan para las mujeres.

En todo caso, aunque los beneficios que acarrean las transformaciones industriales no sobrepasaran enormemente sus perjuicios, el hecho de que pueden producirse desocupaciones de carácter temporal o local no es motivo suficiente para oponerse al maquinismo. En primer lugar esos males se han producido y se producirían con cualquier sistema industrial; son consecuencias inevitables e inherentes a todas las cosas terrestres.

(A este respecto es curioso tomar nota de que esta guerra de los socialistas al maquinismo de la industria capitalista, no les impide mirar con simpatía el plan quinquenal de Rusia, que no es más que la implantación del más colosal y loco maquinismo; este plan por otra parte, ha sido organizado y dirigido por técnicos pagados con grandes sueldos y contratados, precisamente, por su experiencia en la producción capitalista).

En segundo lugar, si el sistema industrial moderno fuera destruído, sólo podría ser reemplazado por una tiranía insoportable para la dignidad humana y su consecuencia sería la miseria permanente y generalizada; esto es, un mal mucho mayor que el que se lamenta.

Así, pues, si este espíritu de ataque irreflexivo contra el sistema industrial moderno, llevó a Marx hasta mirar con pena y desconfianza cada conquista de la civilización, ello debe atribuirse, principalmente, a la monomanía enfermiza que le aquejaba y a la pasión política que perturbaba su criterio no siempre claro. Es cosa manifiestamente ociosa imaginarse que la sociedad pueda retroceder a una época en la cual la producción no tenía por objeto obtener una ganancia sino únicamente fabricar lo necesario para los usos privados, a una época en la cual no se conocía ni la subdivisión del trabajo, ni el maquinismo ni el vapor. Estos inventos y adquisiciones, que constituyen los fundamentos de nuestro actual régimen industrial, han hecho posible sostener la vasta población existente (Rae). Contra los males tan abultados por los marxistas, contra esos sobrantes de trabajo, locales o temporales, que las transformaciones técnicas de la industria puedan producir, la sociedad busca y encontrará los remedios. Con todo, esos males son menores que los que se producían en los otros regímenes, cuya nostalgia sufren los socialistas científicos.

Su criterio reaccionario los lleva hasta desear la vuelta del régimen corporativo medioeval, cuyos inconvenientes no conocen o quieren olvidar. Esta aspiración de ver restablecidas las corporaciones o gremios profesionales es debida en gran parte a una especie de fascinación poética ocasionada por la belleza y la bondad que se atribuyen a las cosas viejas, a los acontecimientos antiguos, envueltos, ocultados como lo están por la bruma misteriosa de la distancia que borra sus defectos y decora sus fealdades. No tiene, tampoco, fundamento alguno la esperanza de ver restablecido en esas asociaciones el espíritu cristiano que era, no una consecuencia de ellos, sino el resultado de

la mentalidad general de la época, mentalidad, desgraciadamente, perdida hoy. No es, por cierto, el sentimiento cristiano el que animaría a los sindicatos obreros materializados por la infección marxista.

Hay, pues, que confiar en que la sociedad encontrará cómo remediar esos pequeños males que, al lado de sus grandes beneficios, produce el maquinismo. En todo caso, es seguro que serán más eficientes que los propuestos por los marxistas o socialistas de Estado.

Tratemos de concretar las ideas expuestas en este párrafo.

Todas las reformas con que los socialistas científicos pretenden corregir los males del industrialismo revelan el más franco espíritu reaccionario que pueda imaginarse. Todas esas ideologías no son sino resurrecciones de formas viejas, de procedimientos gastados y que obedecieron a necesidades de otras épocas. Contra la tendencia constante y tenaz de la humanidad a seguir un camino que conduzca a una mayor libertad y a una mayor independencia del individuo, se levanta hoy en el mundo una corriente casi irresistible a implantar regímenes antiguos de intervención económica y de paternalismo gubernativo. Dictaduras y tiranías, de caudillos o del populacho, esclavizan a los países. Se sueña con el restablecimiento de las corporaciones o gremios medioevales, bien o mal modificados, se reglamenta el comercio, se controlan los consumos, se fijan los precios a las mercaderías, se cierran las fronteras para los de afuera y para los de adentro, se coarta la libertad de pensar y de hablar, y, como es natural, el temor, la desconfianza y el odio se extienden en los corazones. Y, lo que es peor, toda esta reacción se hace en nombre del pueblo y para el pueblo, esto es la muchedumbre. Al misticismo político que daba prestigio a las antiguas aristocracias y a las realezas ungidas por la divinidad, ha sucedido otro misticismo incomprensible y peligrosísimo: el del número, el de la plebe.

La brutalidad de las clases gobernantes de hace siglos ensangrentó la historia; la elevación al poder, hoy, de las clases más incultas de la nación, hacen temer que esas abominaciones se repitan. ¡Rusia!

B) Como acabo de decirlo, no ha existido, ni se concibe que pueda existir, un sistema que suprima absolutamente todas las vicisitudes que aparecen en la vida económica del mundo. En lo que se refiere a las crisis, sin embargo, puede decirse que esas vicisitudes dependen muchas veces de causas que el hombre no puede controlar, como son las malas cosechas, las guerras. La benéfica expansión del comercio internacional y el no menos beneficioso imperio de un relativo libre-cambio, han permitido, por ejemplo, que Inglaterra haya gozado de una absoluta inmunidad con respecto a los periódicos azotes del hambre.

El mejor conocimiento que hoy se tiene de los principios que aseguran los éxitos comerciales y financieros como, también, los efectos producidos por las ramificaciones del comercio internacional que, con relativa prontitud igualan los precios y acarrean las mercaderías desde apartadas regiones a otras que carecen de ellas, (lo que produce una nivelación correctiva y beneficiosa), hacen esperar, seguramente, en el futuro, una progresiva mejoría en la vida de las naciones y un bienestar mayor en las clases necesitadas.

Con notable y reprensible ligereza se proclama el desastre del régimen capitalista de producción, culpándosele, atolondradamente, de haber sido el causante de las crisis o de haberse mostrado, por lo menos, incapaz de conjurarlas. El fracaso del laborismo en Inglaterra, el derrumbe financiero de Alemania, gobernada por los socialistas, etc., debieran, con todo, mostrar a los espíritus sanos y a las inteligencias honradas, la triste sinceridad y la falta absoluta de capacidad que poseen los críticos cuyo criterio se encuentra informado por la ideología del Marxismo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Los doctores del socialismo científico se han revelado en la práctica, como simples curanderos y sus remedios, en vez de curar los males que critican, los agravan, cuando no son la causa de ellos. Es interesante, a este respecto, estudiar el fenómeno de la cesantía derivado de la crisis en dos países gobernados diferentemente. En Francia, después del derrumbe del Cartel socializante, y, a pesar del gobierno de **Poincaré**, (respetuoso de todas las actividades económicas), la desocupación se produjo y siguió su curso relativamente moderado. No existe en Francia el seguro contra la cesantía, y los obreros desocupados, por esa misma circunstancia, se pueden, paulatina y constantemente, ir colocando en las fábricas, mediante una atinada readaptación de los salarios a las nuevas condiciones económicas del trabajo. En Inglaterra, por el contrario, el seguro, **dole**, ha entorpecido este trabajo de absorción de los cesantes y todas las medidas de carácter socialista de que echó mano el Gobierno laborista, fracasaron y agravaron el mal. (1). Los curanderos del Mar

(1) Ver conferencia de Rueff en la sesión de la **Societé d'Economie Politique** de fecha 15 de Mayo de 1931 y lo publicado en la **Revue d'Economie Politique** N.o 2, Marzo y Abril de 1932.

Conviene conocer, a este respecto, lo que pasa en Alemania con motivo de los socorros que el Estado presta a los cesantes. El doctor Lick (*) muestra las peligrosas consecuencias sociales que acarrea el socorro a los cesantes, quienes, a cambio de un salario suficiente, son ocupados en trabajos públicos de una utilidad muy discutible y que cuestan 70% más caros. La moralidad del trabajo se ha venido al suelo. Los cesantes prefieren no trabajar y gozar, en la ociosidad, del socorro otorgado. Los obreros de la construcción que no trabajaban sino en el verano, ahorraban antes lo suficiente para vivir durante la estación muerta, el invierno. Hoy hacen timbrar sus cédulas en el Otoño, no ahorran y viven, en el invierno, a costas del Gobierno, esto es, de los contribuyentes. El Estado coopera, pues, en la obra de matar el espíritu de economía, de ahorro, y el sentimiento de la responsabilidad y de la dignidad en las masas obreras. En los astilleros de Dantzig, los operarios no trabajan sino tres o cuatro días en la semana, pues, no llegan buques todos los días; y, como el derecho al socorro de cesantía sólo comienza a regir desde el segundo día consecutivo a la pérdida del trabajo, los operarios no trabajan para no perder las ventajas que les otorga su cédula de cesantía

xismo merecían, por consiguiente, haber perdido todo su prestigio; pero no ha sido así, desgraciadamente! Al pueblo ignorante le gusta el médico que receta siempre, que promete la salud pronta y completa, y contra ese estado mental nada pueden ni el razonamiento honrado ni la evidencia de los hechos.

Veamos (como otro ejemplo), lo que pasa en Alemania. Ahí la intervención de la autoridad pública en los asuntos económicos y de todo orden, se ejerció ampliamente después de la guerra de 1914. La libertad de la in-

---

Un agricultor de la Prusia Oriental pide por teléfono a la oficina respectiva diez obreros que necesita para la cosecha. Pasan los días y no llega ninguno. Vuelve a llamar y se le contesta que se le enviaron los obreros solicitados. Al fin, aparecen dos: uno entra al trabajo, y el otro dice que es comerciante y que no le conviene el trabajo. Al mismo Dr. Lick le pasó lo siguiente: tenía ocupada como lavandera en su clínica a una mujer casada que, por tres o cuatro días de trabajo semanales ganaba 29 gulden. Con este dinero vivían ella y sus dos hijos; el marido se agarraba con sus uñas, sin preocuparse para nada de la familia y gastaba su salario en darse gusto. Durante seis semanas todo pareció marchar a pedir de boca; pero un buen día, se presentó el ínclito marido, completamente ebrio, y declaró al doctor Lick que no quería que su pobre mujercita continuara trabajando y que quería llevársela a su casa. Como el doctor Lick le preguntase el motivo de esta determinación, contestó que tenía su cédula de cesantía, que le daban 24 gulden semanales, que la oficina del trabajo acababa de saber que su mujer trabajaba y que, por lo tanto, le había retirado el socorro concedido. "Me conviene, pues, agregó, que mi mujer no trabaje para que yo pueda cobrar la indemnización". Y los ejemplos siguen y siguen.

Por consiguiente, el socorro otorgado con tanta imprudencia e inspirado por ese incontenible derrame de inconsulto y atolondrado humanitarismo compasivo, o mejor dicho, por esa irrefrenable ternura que hoy agita a los pescadores de votos y de popularidad barata, está desorganizando el trabajo a la vez que extinguiendo el espíritu de ahorro, lo que, como ya lo he dicho, destruye toda dignidad y todo sentimiento de responsabilidad en las clases proletarias. "El valor moralizador del trabajo, agrega el doctor Lick, el orgullo del pueblo alemán, el ardor juvenil por el esfuerzo productor, todo eso ha pasado hoy a ser viejas cantinelas que la nueva generación se complace en ver destrozadas, fuera de uso".

(*) **Les méfaits des assurances sociales en Allemagne et les moyens d'y rémedier. Trad. 1929, Payot.**

dustria se vió combatida y, en su reemplazo, se levanta un sistema de economía organizada, un sistema de trabajo de acuerdo con planes preconcebidos. En la sesión de la *Sociedad de Economía Política* celebrada el 5 de Junio de 1929, M. Maguenne, hablando sobre la democracia económica alemana, dijo: "Lo que me importa es dejar en vosotros la impresión de que los alemanes han exagerado la experiencia y de que, actualmente, viven bajo un régimen que no tiene de capitalista sino el nombre, ya que la parte de libertad económica de que pueden, aún, gozar algunos productores aislados, es ridículamente mínima. La independencia, la libre competencia son cosas liquidadas. Todo lo que los sindicatos, los trusts, los carteles, resolvían antes y que hoy no resuelven, lo resuelve el Estado. Las normas, los precios, etc., etc., son impuestos imperativamente por el Estado. Y, mientras las industrias privadas se ahogan bajo el peso de impuestos realmente aplastantes, las industrias fiscales privilegiadas, como la vieja aristocracia anterior a nuestra revolución, se yerguen y crecen y ensanchan su lugar al sol, seguras de que el porvenir les pertenece". Por eso Alemania se agita desesperada al borde de la ruina a que la ha conducido un gobierno interventor; y, sin embargo, y a pesar de la evidencia, los portavoces de la **economía dirigida, organizada u orientada**, gritan el fracaso del régimen capitalista, achacándole las fatales consecuencias de un régimen estatista, antiliberal y anticapitalista. ¡Qué honradez! (1).

Por otra parte, en lo que se refiere especialmente a los trabajadores, las vicisitudes a que se hallan expuestos

(1) Ver, también, sobre esto, a Max Hermant: **Les paradoxes économiques de l'Allemagne contemporaine** y en **Le Journal des économistes** del 15 de Julio de 1932, "Les théories de l'Economie dirigée". Conferencia de Mr. Carmille.

No es el régimen capitalista el que ha fracasado, sino el Socialismo, ese mismo Socialismo que pretende, en el derrumbe del Liberalismo, envolver también, a la sociedad y a la civilización.

La acción y la vida gubernativa de todos los Socialismos es y ha sido siempre la misma en todas las épocas y en todos los lugares. Mientras duran los recursos acumulados por la previsión, por el ahorro, por el capitalismo, todo prospera y va sobre ruedas, tal

en el actual régimen industrial, (argumento que tanto explotan los críticos marxistas), pueden ser combatidas por el seguro contra la edad y las enfermedades y, aun, contra la cesantía, siempre que sea organizado de manera que alivie necesidades efectivas y no sea un aliciente para la ociosidad. Pero al seguro obligatorio, militarizado, deprimente, debe preferirse, en lo posible, el seguro voluntario, por su índole educativa y por no herir la dignidad del imponente. Lujo Bretano, a pesar de pertenecer al grupo de los socialistas de la cátedra, cuyas tendencias son intervencionistas, era partidario del seguro voluntario, porque mantenía la independencia, la personal libertad y la dignidad del asegurado y porque formaba, desarrollaba y educaba las facultades de previsión, de propia determinación y de sacrificio de los ciudadanos. Las sociedades obreras, por medio de organizaciones mutualistas, harían ese servicio moralizador y, con la acuciosidad e interés que despliegan las actividades libres particulares,

---

como ha pasado en Rusia. Pero la bonanza dura poco tiempo. Los derroches inevitables que constituyen el modo de ser habitual del régimen, después de haber arruinado la economía como en Rusia, de haber comprometido la riqueza y desorganizado las fuentes que la producen, como en Alemania, Inglaterra, Francia, Austria, Australia, etc., lo hacen abandonar el poder. ¡Ahí queda eso! Ya no hay sino huesos que roer.

Un caso muy ilustrativo a este respecto nos lo suministra el Congreso del Partido Socialista francés celebrado en el Gimnasio Huygens, en Marzo de 1932, y sobre cuyas actuaciones Ed. Payen publicó un substancioso artículo en el N.o 15, de Junio de 1932 del **Journal des Economistes**. Los jefes del Congreso declararon que al Partido no le interesaba ir al poder porque las finanzas no eran prósperas. Al Partido no le convenía participar en las responsabilidades del Gobierno, pues, tendrían que tomarse medidas impopulares de economía, etc. ¿No es, acaso, curiosísima y extraña la actitud que hoy, (1943), tal vez en igualdad de condiciones, toma la fracción mayoritaria del socialismo chileno?

Sobre los acuerdos del Congreso francés Payen hace muy atinadas reflexiones. El Socialismo, como no es sino un agente de destrucción de las riquezas, no tiene ningún interés en treparse al Poder, sino en un país cuyas finanzas están en prosperidad. Entonces se instala en el confortable nido que han construído las in-

vigilarían el mecanismo de los seguros mejor de lo que
pueden hacerlo los funcionarios del Estado. Estos fun-
cionarios, por su índole peculiar, resultado de toda es-
ganancia gubernativa, por la relativa indiferencia
e indolencia con que cumplen sus deberes, están, en cier-
to modo, desligados de la vida de los asegurados; no
conocen sus intimidades. Además, no tienen ese interés
directo producido por la cosa propia o por la pasión apo-
stólica. No se podrá, pues, jamás hacer, por medio del
Estado, un servicio tan minucioso, educativo y eficiente
como el que las mutualidades particulares pueden hacer.
Los grandes recursos y facilidades con que cuenta el Es-

---

ciativas particulares durante el régimen de Libertad. En todas
partes donde los socialistas han ocupado el Poder se han produ-
cido los mismos resultados. Los jefes del Partido permanecen some-
tidos a las órdenes de los cuerpos políticos dirigentes. La respon-
sabilidad es anónima. La gran política socialista es la destrucción
del régimen liberal y la distribución de la torta fiscal. Mientras
ésta dura, el Partido no suelta las cucharas; pero apenas comien-
za a concluirse, abandona el poder, como los ratones huyen del
barco que se hunde. Esta es la lección que nos han dado Gran
Bretaña, Australia, Alemania y otros países, y éstas las enseñanzas
deslumbradoras que se desprenden de las mismas declaraciones que
nos han suministrado los más notables jefes del Congreso del Gim-
nasio de la Sala Huygens.

Hasta aquí, poco más o menos, las reflexiones de Ed. Payet.
Ahora, para terminar, otras que encuentro en mis apuntes, y que
no sé de quién son.

"Por la gracia del Socialismo el mundo, desde hace años vive
en la ilusión y en el engaño...

"El Estado, la Francia, la **Cité**, entregados a la demagogia
han duplicado, triplicado, cuadruplicado sus necesidades. En nin-
guna parte se han preocupado de adaptar las necesidades a las rea-
lidades.

"Hé ahí el grande, el trágico error; no tomar en cuenta las
realidades, no considerar los hechos. ¡Prometer la luna... organi-
zar viajes miríficos que nos conduzcan hasta ella! En esto consis-
te todo el programa socialista.

M. Flandin agregaba: "La humanidad paga sus faltas... Por
Dios ¡sí! sus faltas... o, mejor dicho, su falta; la de haber come-
tido el pecado Socialista".

tado podría habilitarlo para establecer servicios que deslumbren por sus instalaciones y pomposos cuerpos de empleados; pero los servicios del Estado carecen comúnmente de alma y de interés, dominan en ellos la rutina y el espíritu burocrático y están continuamente expuestos a todas las contingencias de los cambios y empeños políticos.

La especulación legítima, controlada por la sociedad, sancionada por las leyes y cuya práctica se regulariza por una difusión oportuna y clara de la estadística comercial, presta, igualmente, grandes servicios en la lucha contra las crisis comerciales y financieras. Mucha razón tienen los críticos marxistas al mostrar los perjuicios que causan los especuladores del tipo de los de las bolsas de comercio; pero padecen un grave error al confundir toda especulación con los manipuleos de los especuladores sin conciencia que se aprovechan de la ignorancia de los consumidores para desnaturalizar el juego de los mercados. Mayor aún es el error de los socialistas científicos al sostener que ese género de especulaciones fraudulentas y las de las bolsas de valores son una consecuencia o creación de la sociedad capitalista. La mayor ilustración de los consumidores sobre el juego de los factores económicos, (la que se adquiere con la experiencia y con la libertad y no con la tutela del Estado sobre los individuos ni con una excesiva reglamentación que entorpece, disfraza, oculta y engaña), y una difusión constante y renovada de todos los datos que, sobre la cantidad, existencia y localización de los artículos de consumo puede proporcionar una estadística clara y completa, favorecerá la actividad de la necesaria y beneficiosa especulación y hará imposible la existencia de los especuladores fraudulentos y abusadores que sólo pueden surgir en el secreto y en la ignorancia. El Estado servirá más eficazmente los intereses de la comunidad proporcionando esos datos estadísticos, cooperando, de esta suerte, a la ilustración y a la educación de los consumidores y facilitando e iluminando el campo de la experimentación moralizadora que extendiendo su tutela-

je estéril y que sólo sirve para cubrir los males sin encontrar el remedio radical que ha de corregirlos.

Las consideraciones expuestas en este párrafo tienen, evidentemente, una conexión directa con las crisis comerciales y epidémicas. En todo caso, han sido inspiradas por estos fenómenos económicos aunque aparecen como desligadas de él. Creo, por lo tanto, conveniente y oportuno tratar en un **Apéndice** (1) separada y especialmente algunos puntos relacionados con el origen y naturaleza de las crisis, y rebatir, a la vez, los errores en que el marxismo ha incurrido al culpar de ellas al régimen capitalista, al sostener que desaparecerán una vez que su desarrollo produzca el derrumbe total de ese régimen.

III

El último cargo de importancia hecho por los socialistas al actual orden de cosas, es que los capitalistas se apoderan de todo el exceso de **Valor**, (lo que llamaremos **Supervalía**), que resulta del proceso de la producción.

Esta **Supervalía** es producida, según ellos, exclusivamente por el trabajo de los operarios. Para analizar los fundamentos de este cargo y proceder a su refutación, es necesario, primeramente, exponer y explicar la teoría del **Valor, de Marx**. Ante todo es preciso tener presente que para Marx, la ley del **Valor** no tiene sino una significación histórica, lo que quiere decir que no es aplicable sino a un momento determinado de la vida económica. Contrariamente a lo que pensaban Ricardo y los clásicos, Marx no creía en la existencia de las leyes abstractas y universales de la economía política; Marx sostenía que cada período histórico poseía sus leyes propias, opinión que lo acercaba a los Socialistas de la Cátedra. De acuerdo con estas ideas Marx no pretendía ocuparse sino de la producción capitalista de mercaderías destinadas al mercado de los cambios, esto es, de las leyes económicas que rigen la producción de la época moderna. Marx, pues, no prestaba la menor importancia a los hechos iguales cuya repetición

(1) Ver Apéndice N.o III Las Crisis.

y permanencia en el desarrollo económico histórico, revelan la existencia de necesidades, de tendencias, de relaciones inevitables, producidas por las actividades humanas y sus correspondencias con la naturaleza de las cosas. Para Marx, el hombre y su psicología pueden variar si las condiciones económicas varían en tal o cual momento. La manera de actuar de los individuos sería una forma muerta, sin iniciativa, consecuencia ni permanencia, una actividad que no partiría de necesidades orgánicas, que no sería el resultado ni la manifestación del funcionamiento de centros y de facultades fijas, lógicas, sino un movimiento sometido a todas las influencias del medio económico cambiante. Pero los cambios que se operan en ese medio, ¿qué dirección toman, a qué impulsos obedecen?

Obligado Marx a contestar a esta pregunta y a dar una explicación de su tesis evolucionista que proclamaba la inevitable transformación del Capitalismo y su fatal reemplazo por un régimen colectivista, declaraba que "el cambio del medio económico sería el resultado del desarrollo de las fuerzas económicas actuales, cuyas tendencias trabajan en el sentido de la **expropiación de los expropiadores** de la revolución que implantará un nuevo orden económico y social", todo lo cual no constituye sino una petición de principios: las fuerzas económicas actuales modifican el medio económico, y éste, a su vez, influye en la caracterización de las fuerzas económicas.

Así, el hecho evidente de que los hombres, (siempre que sean lo que han sido hasta ahora y que, según todo parecer, lo serán siempre), se guíen en sus actividades económicas por el interés propio y traten de obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo posible; que, por esas circunstancias fundamentales en la psicología humana, (llámeselas leyes o no), busquen como cambiar con otros hombres lo que a ellos les sobra por lo que necesitan, y, esto, en la mejor forma y con la mayor ventaja que les sea dable obtener; que, con este propósito, los hombres se esfuercen en producir más para tener más que cambiar; que, del libre ejercicio de estas tendencias, que tienen todo el carácter de fuerzas inmanentes de la vida y de la naturaleza, resulte un beneficio para la sociedad, puesto

que, así, cada cual atiende a sus necesidades y desarrolla sus actividades de acuerdo con sus aptitudes, en un ambiente de razonada libertad; que todo esto contribuye a dignificar al hombre, obligándolo a ser previsor y responsable, y sea la causa eficiente del bienestar general de los productores y de los consumidores y, por lo tanto, de la comunidad; todo esto son para el Marxismo, elementos variables de una estructura artificial sobre la cual se ha constituído un régimen económico injusto que conviene cambiar a toda costa y de cualquier modo, aunque para ello haya que recurrir a la rebelión de las capas inferiores de la sociedad. Ahora bien, esa transformación con que sueñan los marxistas, ¿en qué sentido se hará, sobre qué bases se apoyará, ya que no hay leyes ni reglas generales que puedan servir de puntos de orientación? La consecuencia de este desconocimiento de la existencia de relaciones repetidas y permanentes que son el origen de las leyes económicas, conduce a fabricar un ovillo de interminables enredos en que los impulsos pasionales, los sentimientos irreflexivos se mezclan con las divagaciones más extravagantes y con las fantasías más peligrosas de revoluciones o reformas sociales.

Después de esta disgresión preliminar entremos a ocuparnos, especialmente, de los conceptos marxistas sobre el **valor y la supervalía.**

CAPITULO II

EL VALOR (1)

Marx, siguiendo a Adam Smith, (2) reconoce que las cosas tienen dos valores: el **valor de uso** y el valor **de cambio**. El agua, por ejemplo, tiene gran **valor de uso**, pues es indispensable para la vida y se encuentra, generalmente, en tal abundancia que puede conseguirse en su

---

(1) La teoría del valor de Marx es de un orden, podríamos decir: metafísico. Marx se sirvió de ella como "teoría central sobre la cual debía descansar el análisis económico del régimen capitalista". En una palabra, la teoría del valor marxista es el fundamento de su **doctrina económica**, pero no desempeña ningún papel en su **doctrina socialista.**

(2) A. Smith creía que la medida del valor, en las **sociedades primitivas**, era el trabajo.

Ricardo, en la 2.a Edición de los **Principios** modifica su declaración de que el fundamento de todo **valor** es el trabajo, agregando las atenuantes palabras: **almost exclusively**; pero en su carta de fecha 18 de Diciembre de 1819 a Mr. Culloch insiste absolutamente en su primitiva opinión (Id. 127).

Marx tomó la declaración de Ricardo y concretando la idea de trabajo al esfuerzo material, se sirvió de ella para construir su filosofía del proletariado que, en el fondo, puede ser llamada la filosofía del robo.

Pero el error fundamental de todo esto está en la tendencia originaria, en el afán de querer encontrar un patrón fijo, una medida invariable del valor de las cosas. En este sentido desde Smith comienza a dársele al trabajo una importancia fundamental. Ahora bien, no existe tal valor **en sí**. "El **valor** es una relación de satisfacción comparada que nosotros establecemos entre las cosas, el **grado de deseabilidad** (Gide) que ocupan en el espíritu de cada cual.

El valor es, pues, un fenómeno psicológico.

"Para que una cosa tenga valor debe ser:

1.o) Más o menos útil, esto es, más o menos apropiada a satisfacer nuestras necesidades.

2.o) Más o menos rara, esto es, más o menos difícil de obtener.

estado y situación originales sin esfuerzo alguno. Las piedras preciosas, por el contrario, tienen gran **valor de cambio** y poco **valor de uso**. El **valor de uso** es más que **utilidad**; es también el resultado de una comparación del bien que se posee con otros bienes, esto es, el resultado de un juicio de rango, de jerarquía. La apreciación que el poseedor de un **bien** hace sobre la **utilidad** que para él re-

---

(3.o) Más o menos susceptible de ser cambiada, (trocada, intercambiable).

La opinión de la Economía Política, es hoy, puede decirse, la de que el trabajo no es la causa exclusiva del valor.

De uno de los más notables publicistas de la Economía Moderna tomamos el siguiente razonamiento que sigue:

Es con el objeto de llenar los vacíos de la naturaleza y para satisfacer las necesidades del hombre, por lo que se trabaja. El trabajo no tiene, pues, su valor en sí mismo, y no podría tener un valor otro y mayor que el de la satisfacción de nuestras necesidades. El valor, por lo tanto, en cierto modo guarda una exacta proporción con la utilidad de su producto. De lo cual resulta que un trabajo emprendido con el propósito de producir una cosa útil que al fin de cuentas resulta sin ninguna utilidad no ha creado, en realidad, ningún valor...

Es, en verdad, una cosa evidente, que todo trabajo al producir los objetos necesarios a la satisfacción de nuestras necesidades, actúa sobre su **rareza** y, por consiguiente, sobre su **valor**. Pero de lo anterior no puede deducirse que **trabajo** y **valor** son conceptos sinónimos, pues, entonces, resultarían cuatro consecuencias que se encuentran desmentidas por los hechos. Estas consecuencias son según Ch. Gide, las siguientes:

1.o) Dos objetos que han costado el mismo trabajo deberían tener el mismo valor.

2.o) Dos objetos que han costado trabajos desiguales, deberían tener valores desiguales.

3.o) Los objetos que no han costado ningún trabajo, no deberían tener valor alguno.

4.o) Como el trabajo, una vez gastado sobre un objeto cualquiera, no puede cambiar, el valor de ese objeto debería ser invariable.

Básta, me parece, la simple enunciación de esas proposiciones para poner en evidencia el absurdo de que el trabajo es el fundamento exclusivo del valor de los objetos. No. Es el deseo del hombre, la vehemencia con que se manifiestan sus necesidades, lo que hace el **valor** de las cosas.

presenta ese **bien**, es la base del **valor de uso**, el cual, por esta circunstancia, es el **substratum** del **valor de cambio**. El **valor de cambio**, a su vez, está orientado hacia la **adquisición**.

Para Marx el **valor de uso** no es el **valor verdadero**, sino una representación de la **utilidad** de los bienes, y el **valor de cambio** no es, tampoco, **valor** sino, únicamente, la forma bajo la cual el **valor** se manifiesta en el actual estado de nuestra sociedad. Si las cosas son así, ¿en qué consiste, entonces, según Marx, el **valor** de las cosas? En el **trabajo** del obrero incorporado en ellas, en el trabajo, **entidad abstracta, que se materializa en la obra fabricada**. Las cosas se cambian en *razón* de la cantidad de **trabajo** que se ha gastado en producirlas. De esta suerte las consideraciones de **utilidad**, de **rareza** quedan eliminadas de la filosofía de los mercados. (1) La **utilidad** no tiene nada que ver con el **valor**: 1.o) Porque la **utilidad**, esto es, la capacidad de las cosas para satisfacer tales o cuales necesidades, es una consideración que se funda en la **calidad** de las cosas, y el **valor** es una relación entre can-

---

Por otra parte, como lo observa Turgeon, si todo valor no tuviera por única causa sino el trabajo, ¿cuál sería la **causa del valor** del trabajo mismo? Lejos de ser el trabajo el que crea el valor, puede decirse que es, más bien, el valor el que engendra el trabajo, o, mejor dicho, lo provoca. Una vez que las cosas tienen valor, el hombre trabaja para producirlas. Si sube el valor de una mercadería, millares de personas, patrones y obreros, se afanarán para fabricarla.

Toda contradicción o desacuerdo se desvanece, si se reconoce que son las necesidades experimentadas por los hombres, la causa común de nuestro juicio sobre el valor y de nuestra voluntad de trabajo (*). En último análisis, si el trabajo ejerce una acción considerable sobre el **valor**, él sólo, no lo crea.

(*) **J. Rambaud.— Cours d'Econ. Pol.**

(1) Proudhon había dicho: "Todo valor nace del trabajo". (Ricardo) Marx, que saqueó a Proudhon, dijo: "El valor de una mercadería es determinado por el **quantum** de trabajo materializado en ella por el tiempo socialmente necesario para su producción... En cuanto **valores**, todas las mercaderías no son sino trabajo humano *cristalizado*".

tidades; 2.o) porque dos **utilidades** no pueden ser compa-
radas, pues, no tienen una medida común y como el valor
es el resultado de la comparación de dos cosas, no puede
obtenerse si no existe algo común entre ellas; y 3.o) por-
que existen muchas cosas que nó tienen **valor de cambio**
y, sin embargo, son **útiles**, por ejemplo: el aire, el agua,
etc. (Marx, con su eximia tendencia sofística, y con fin-
gida buena fe, agrega también: el **suelo virgen**; es pre-
so no olvidarlo). Se debe, pues, según Marx, no tomar en
consideración la **utilidad** de las cosas cuando se trata de
fijar su valor. Es preciso **buscar**, con **este** objeto, **una** co-
mún medida y ésta no puede ser sino el **trabajo** incorpo-
rado en ellas, pues todas las cosas son producidas por el
trabajo y el **trabajo** puede, en consecuencia, ser la común
medida que permitirá fijar el **valor** correspondiente entre
las diferentes cosas.

El **valor** es, por lo tanto, la cantidad de trabajo abs-
tracto materializado en el objeto que se ha fabricado.
Esta ley concreta del **valor**, circunscrita y limitada por
Marx a la época moderna, no nos es, sin embargo, pro-
bada por observaciones históricas bien definidas, sino por
razonamientos abstractos, construídos **sub specie aeterni-
tate** (Simkhovitch). Es un procedimiento habitual en
Marx, y en todos los socialistas científicos discurrir sobre
afirmaciones improbadas y que se deslizan disfrazadas de
suposiciones tímidas pero que, después de un hábil ma-
nipuleo sofístico, aparecen como postulados que se incrus-
tan, a fuerza de repeticiones, en la conciencia de los be-
bos. Por otra parte, este concepto del **valor**, en la forma
abstracta en que es enunciado por Marx, es un concepto
metafísico. Marx, en su juventud, se reía a mandíbula
batiente de los misterios de la construcción especulativa

Sí, en último término, la **rareza** y la **utilidad** son los elemen-
tos del valor, el tiempo, como dice Labarthe, colabora con el tra-
bajo en dar a las cosas el carácter de **utilidad** o de **rareza**. Así, un
violín, el vino, un árbol, con el tiempo, llegan a ser objetos de rare-
za y, por el tiempo, aumenta el factor de **utilidad** que representan
para la satisfacción de las necesidades del **hombre**.

de Szeliga (1), y Engels, por su lado, acompaña a Marx ridiculizando **las cosas en sí**, de Kant (2). Y bien, en su teoría del **valor-trabajo**, Marx cae en las mismas ridiculeces metafísicas que critica cuando habla de la inmaterialidad de las cosas, de las mercaderías consideradas como una cristalización del **trabajo humano**, verdadera **substancia social** (3) realidad incorpórea común a los objetos diferentes que se cambian en el mercado, abstracción de la misma naturaleza que las imaginadas por la escolástica medieval, disonancia imperdonable e incomprensible en el sistema del autor de la teoría del **materialismo histórico**. El valor, sin embargo, no existe en las cosas como una propiedad que les es inherente. Las cosas no tienen **valor** como tienen un largo o un color. No es el **valor una cosa en sí**, como lo pensó el metafísico Marx, no es una substancia incorporada en los objetos (4).

Pero dejemos para después la crítica de la doctrina de Marx y concretémonos, por ahora, a exponerla.

El **trabajo** consiste en el esfuerzo, en el uso del **poder natural de trabajo** del hombre, y su **cantidad** es medida por la duración de ese esfuerzo (Rae). La **cantidad** de trabajo se reduce, pues al **tiempo de trabajo**, y es medida por horas, días, semanas. Marx, de acuerdo con estas premisas, *definió el* **valor**: una **inmanente relación entre una mercadería y el tiempo de trabajo que se ha ocupado en producirla**, y el secreto de los cambios consiste en que "un día de trabajo de un largo determinado siempre crea un producto del mismo **valor**". El **valor**, así, es algo inherente a las mercaderías, algo que se encuentra incorporado en ellas, antes de que se las lleve al mer-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) **Literarische Nachlass** T. II, pág. 156.

(2) **Socialism utopian and scientific** *ed. Chicago.*— Pág. XVII.

(3) **El Capital**, pág. 14.

(4) El valor es *únicamente*, la *expresión de una relación entre el hombre y la naturaleza de las cosas de las cuales vive*. Es un concepto del espíritu, un juicio que el hombre emite sobre los bienes que le son necesarios (Turgeon). En una palabra, el valor es un fenómeno de orden psicológico.

cado, algo independiente de su **utilidad** y de su **rareza**, algo que no depende de las circunstancias del mercado en donde se va a debatir el precio, esto es, la cantidad de dinero que se pagará por ella. Así, cuando alguien lleva un canasto con panes al mercado para venderlos y con la plata que obtiene, compra un violín, o, lo que es lo mismo, cambia tantos panes por un violín, no tiene por qué preocuparse ni tomar en cuenta la cantidad de panes que lleva al mercado, la cantidad de violines que se venden en él, la necesidad más o menos vehemente que se note por comer pan ni el número de personas que desean tocar el violín; ¡no señor! Ésas son, para Marx, consideraciones enteramente extrañas a la relación que puede existir entre un violín y una cantidad de panes, pues el violín sirve para deleitar nuestro gusto musical y los panes para saciar nuestra hambre, y nadie puede calcular la cantidad de encanto musical que corresponde a la cantidad de panes que se necesita para satisfacer el apetito. Y, como no existe relación entre estas dos **utilidades**, no puede existir tampoco entre el **valor** de un violín y el de los panes, si el **valor** es considerado como una expresión de la **utilidad**. En cambio, el violín representa tantas horas de trabajo y los panes tantas otras, y allí sí que, según Marx, hay una común medida para cambiar el violín por la cantidad de panes que le corresponde. Pero cabe preguntar: ¿es así como pasan las cosas en los mercados? No importa, dirá Marx; así deben pasar. Mas para que pasen así es necesario, en primer lugar, crear una tabla **universal, equivalente y pareja del trabajo** empleado en todas las épocas y en todos los lugares en la fabricación de las mercaderías, ya que se venden objetos antiguos y modernos, y también se fabrican objetos similares en muchas partes del mundo pero en condiciones diferentes que influyen en la **cantidad de trabajo** incorporado en dos mercaderías iguales. En segundo lugar es necesario aclarar bien de qué **trabajo** se habla: si es exclusivamente del trabajo manual, casi no calificado y, si el capital invertido en máquinas, instalaciones,

terias primas, avances de salarios, si de la dirección, etc., es también considerado, y en qué proporción. En tercer lugar, es indispensable modificar las tendencias tradicionales del hombre, su índole propia, hacer abstracción de toda experiencia histórica y vigilar que, en el cambio de las mercaderías, no figuren los falsos factores de **utilidad** y **rareza** de las mercaderías, lo que haría posible cambiar un violín, en el cual se han incorporado cien horas de trabajo, pongamos por caso, por cien panes que se han hecho en una hora, y, esto, solamente porque el que vende el violín no ha almorzado y el que ha hecho los panes no necesita un violín con la misma impaciencia. Más de un lector encontrará ridículas estas cosas; pues, así son, y yo no tengo la culpa de que toda la teoría marxista, y todo el socialismo, por consiguiente, se pueda tomar en broma. Por más que se le agregue al socialismo marxista la palabra **científico**, esto no contribuirá a darle más importancia, así como las patillas de Marx no influyen en hacer más respetable y *lógica* su doctrina. Invoco, pues, un poco de paciencia y sigamos.

Tan pronto como Marx lanzó su invento económico de que un **día de trabajo** de un largo determinado produce siempre una mercadería del mismo **valor**, vuelve sobre sus pasos. En verdad, si todo **valor** se mide por el **tiempo de trabajo** que se emplea en la fabricación, ¿entonces producen la misma cantidad de **valor** un sastre torpe o indolente que en una semana hace, apenas, una chaqueta, y otro que, más hábil, más activo o ayudado por una máquina de coser, concluye dos o tres en el mismo tiempo? Marx, como buen sofista, habilísimo en la urdiembre de los recursos dialécticos que le permitían salir siempre, aparentemente, victorioso de todas las dificultades que a cada paso surgían al frente de sus disparates, fué a pedir prestado a Lasalle otro invento económico. (En general, los socialistas que, como ya lo he dicho, tal vez por ironía se llaman **científicos**, han formado la Economía Socialista a fuerza de **invenciones**). Lo

que constituye el **valor**, había dicho Lasalle (1) es el término medio del tiempo de trabajo **socialmente necesario**, esto es, el tiempo requerido por el **trabajo** de eficiencia término medio, usando los métodos empleados en un momento dado. Esta fórmula enredada y al parecer clara (la profundidad de muchos autores no consiste sino en la obscuridad de su pensamiento; el estilo es el hombre), es expuesta por Marx de la manera siguiente: el **valor** es una relación inmanente entre una mercadería y **el tiempo de trabajo socialmente necesario**, y agrega: "El **valor** de una mercadería cambia directamente en proporción de la cantidad de **trabajo** que se incorpora a ella e, indirectamente, en proporción del poder productivo de ese mismo trabajo". Marx, olvidando, pues, su nea inventada, su fórmula del **tiempo igual de trabajo** como común medida del **valor** de las mercaderías e introduce otro factor, el del **término medio del productivo poder de trabajo**, esto es, la **eficiencia** del trabajo individual empleando los métodos que el adelanto de la industria pone a disposición de los obreros en un momento dado y tomando en cuenta la habilidad individual de esos obreros. Esto es lo que, al fin de cuentas, debe entenderse por el **tiempo de trabajo socialmente necesario**. "En medio de todas las relaciones del cambio entre los productos, relaciones que son fluctuantes y accidentales, **el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción** se afirma forzosamente como una ley indestructible de la naturaleza, del mismo modo que la ley de la pesantez se afirma cuando una casa cae cerca de nosotros" (2). En el tomo III de **El Capital** se vuelven a encontrar la misma idea y la misma comparación con la ley de la gravedad. ¡Hemos sorprendido aquí en flagrante delito de contradicción al que niega a las Leyes económicas todo carácter de generalidad y de permanencia! Y comparar su ley del **valor** con la ley de la gravedad é

---

(1) Lasalle, también, plagió a Ricardo. (Ver Turgeon **La Valeur**. Deux études, pág. 74).

(2) **El Capital II**, pág. 46.

otorgarle la importancia de una ley física, Marx, es evidente, se separa de sus colegas los Socialistas de la Cátedra. Pero no nos detengamos en estas pseudencias contradictorias en el pensamiento de Marx; sería el cuento de nunca acabar.

El valor, pues, según Marx, no se define exclusivamente, como acaba de afirmarlo, por el tiempo que se emplea en la fabricación de las mercaderías; el valor no se fijará ya de acuerdo con la fórmula abstracta del trabajo igual, según la cual tres chaquetas que un sastre hábil termina en un día de trabajo, tienen el mismo valor que una sola chaqueta que, en el mismo tiempo, apenas alcanza a hacer un sastre torpe. Antes de fijar el valor de una mercadería debemos conocer, no solamente la cantidad de trabajo que se ha gastado en fabricarla, el tiempo que ha durado ese trabajo, como en un principio lo aseguró Marx, sino también, y muy principalmente, el tiempo de trabajo socialmente necesario, el poder productivo de ese trabajo. ¿Pero cómo conoceremos ese poder productivo? Sencillamente, indagando cuál es el producto total de todo el trabajo empleado en una industria determinada y, en seguida, fijando el término medio que corresponde a cada operario (Rae). Los diamantes se encuentran rara vez sobre el suelo y, por lo tanto, los que los buscan emplean días y semanas para encontrar uno solo. Los éxitos y los fracasos de los buscadores de diamantes deben, pues, sumarse. Dos buscadores de diamantes, por ejemplo, encuentran seis diamantes en un año; corresponden tres diamantes a cada uno y cuatro meses de trabajo por cada diamante. El poder productivo de los buscadores de diamantes es, por lo tanto, bajo; y el tiempo de trabajo socialmente necesario para obtener diamantes, es elevado; por consiguiente, el valor debe fijarse en correspondencia. En un buen año se obtiene dos veces más cebada que en uno malo; el poder productivo del trabajo social necesario en ese año es grande; con el mismo trabajo que se gastaría en un año malo, se produce el doble. Por lo tanto, el valor

de la cebada es menor y, también, por supuesto, su precio, que es el **valor** representado por la moneda. Tenemos, pues, que el **valor** de las mercaderías es influenciado por su comparativa abundancia, ya sea esta abundancia ocasionada por la naturaleza, y por las maquinarias o por la habilidad personal de los que laboran (Rae). ¿Acaso no significa esta explicación de Marx el reconocimiento de la importancia básica que la **rareza** tiene en la fijación del **valor** de las mercaderías? Sin embargo, esta condición había sido expresamente eliminada de su teoría primitiva del **valor** y, lo que es aun más inconcebible; seguirá siéndolo. La ceguera de Marx es incurable porque es voluntaria, y esa ceguera le impedirá ver que con su definición del **tiempo socialmente necesario de trabajo,** el elemento **rareza**, se instala en el núcleo de su teoría del **valor**. Y a esto viene a parar la famosa aseveración simplista de Marx, que todo **valor** se define por el tiempo de trabajo gastado en la fabricación de los objetos. Por otra parte, si, de acuerdo con dicha aseveración de Marx, el **valor** es, solamente, tiempo de trabajo abstracto, resultaría: 1.o) que no tendría valor alguno lo que no ha necesitado trabajo, y 2.o) que todo aquello que necesita trabajo no puede, jamás, dejar de tener **valor**.

1.o Marx se escapa del primer atolladero con su desplante y sofística habitual, afirmando que entre **valor** y **precio** existe una gran diferencia y que pueden existir cosas que tienen un **precio** sin tener **valor**. Sin embargo, él mismo sostiene. (1), que el **precio** es solamente una forma monetaria del **valor,** que es la forma monetaria del valor, que es el valor expresado en moneda; y, con la agudeza que, a veces emplea con discernimiento y buen sentido, explica que la moneda desempeña esa función de **medida del valor** porque ella misma posee esa cualidad que hace a todos los objetos comensurables; la de ser un producto de trabajo.

Hemos visto más arriba (pág. 62) que Marx comprende entre las cosas que no tienen **valor** en sí mismas al suelo virgen que, por no haber sido, aún, tocado por

(1) **El Capital I, pág. 66.**

el trabajo, no posee la consabida inmanente relación con el tiempo de trabajo socialmente necesario. Sin embargo, los hombres se baten y se matan por poseer ese suelo virgen que no tiene valor. ¡Cosa extraña! ¿Será porque es susceptible de incorporarse el trabajo del hombre y que, así, pueden ser creadas mercaderías de consumo cuyo valor representa, entonces, la totalidad del tiempo de trabajo gastado en producirlas? Pero, siempre queda de manifiesto que ese suelo virgen debe tener un valor antes de que el trabajo del hombre se emplee en producir los artículos que de él se van a extraer. De otro modo ¿por qué se empeñan los hombres en poseerlo? Estamos de acuerdo en reconocer que hoy, después de siglos de intensa y porfiada labor, la tierra representa un precio mayor que el que puede darse por ella en caso de ser expropiada. Lo que se ha gastado para mejorarla, para mantener su fecundidad, para embellecerla, para habitarla, llegaría a una cifra que, en el caso de implantarse un colectivismo honrado, que no robe a los actuales propietarios del suelo lo que, por herencia, adquisición, prescripción o trabajo les pertenece, sería tan alta, que la sociedad que deseara tentar la experiencia comunista honrada a que me refiero, no podría pagarla, o, si llegaba a poderlo hacer, encontraría que ha desembolsado para incautarse del más fundamental de los medios de producción que es la tierra, un capital al cual no podría en ningún caso servir intereses lógicos. Pero esto no tiene nada que ver con el problema de economía pura planteado por Marx: el suelo virgen no tiene valor. Lo que se produce en ese suelo virgen tiene, sin embargo, valor y, ese producto, vale la totalidad del tiempo de trabajo empleado. ¡Curioso trabajo, fuente, origen, causa única de todo valor y, no obstante, incapaz de producir algún valor sin otra cosa que por sí misma no tiene valor alguno; la tierra virgen! Este es uno de los muchos guirigayes que forman lo que ha dado en llamarse: socialismo científico, monumento de principios falsos, deducciones sofísticas y errores peligrosos.

2.o Veamos ahora cómo responde Marx a la otra objeción que se deduce de su ceguera en no querer acep-

tar que la **utilidad** puede conferir **valor** a las cosas, independientemente de todo trabajo. Esta objeción puede enunciarse de la siguiente manera: Si solamente el trabajo crea el **valor**, todo aquello que necesita trabajo debe tener algún **valor**. Marx nos recuerda que existen objetos que tienen **valor de uso**; pero no **valor de cambio**, como, por ejemplo, las cosas fabricadas para ser consumidas por el que las fabrica; y, divagando sobre esta base, agrega: "Aquel que produce mercaderías para su propio consumo, produce **utilidad**, pero no **valores**. Para producir una mercadería que posea, no solamente **valor de uso** sino, también, **valor de cambio**, debe producir algo **que**, además de ser **útil** para él, lo sea igualmente para los demás, esto es, algo **socialmente útil**". Tenemos, pues, que a pesar de Marx mismo, más aun, por su propia declaración, la **utilidad** entra a figurar como factor importante en la constitución del **valor**. Un producto del trabajo, por lo tanto, que no es útil ni al que lo produce ni a nadie, no tiene **valor** de ningún género; un producto del trabajo que es útil solamente al que lo produce y no a los otros, esto es, que no es **socialmente útil**, tampoco tiene **valor de cambio**. Está muy bien; pero, en resumidas cuentas, resulta, entonces, que no es el **trabajo, ni el tiempo de trabajo**, el único factor que entra en la creación del **valor**. La **utilidad**, sea ésta particular o social, que tiene una mercadería, ya sea ésta producida con el solo propósito de ser consumida por el que la fabrica, o ya sea apta para satisfacer necesidades de los otros, es decir, ya posea una **utilidad social**, según la jerga marxista (tan adecuada para embrollar las cosas), es el factor que en último caso viene a determinar el **valor** de esa mercadería, **su valor de uso** o **su valor de cambio**. La **utilidad social** o la **inutilidad social** del **trabajo**, queda, al fin, reducida, como lo hace notar Rae, a un simple corolario de la **utilidad** o **inutilidad social** del producto y, por lo tanto, es la noción de **utilidad** y no la de **trabajo** lo que, en verdad, influencia el **valor**.

Hemos visto que, al adoptar Marx el **invento** de Lasalle, o sea, la fórmula: **el tiempo de trabajo socialmente necesario**, incorporó a su teoría del **valor** el elemento de la

rareza. Ahora, con su nueva fórmula de la **utilidad social**, le incorpora también el elemento de la **utilidad** y, de esta suerte, forzado por la realidad, modifica, (sin notarlo tal vez, y, tal vez accidental y momentáneamente), su teoría del **valor** generada, exclusivamente, por el elemento del **trabajo**, que había tomado de la escuela objetiva inglesa, que no otra cosa significa introducir en ella los elementos de **rareza** y de **utilidad** de la escuela psicológica francesa. Pero, desgraciadamente, esta vislumbre de buen sentido no perdura en la doctrina marxista.

El **valor** no es, por consiguiente, como lo había dicho Marx, una substancia, una incorporación del trabajo en la mercadería fabricada. Esta fórmula metafísica es un producto forzado de la imaginación de Marx sin base alguna en la realidad de las cosas. La noción del **valor** se forma dentro de nosotros mismos. El valor es, en su esencia, la estimación, la opinión social sobre la relativa importancia que tienen las mercaderías para la sociedad que forma esa estimación (Rae). El valor no es una propiedad inmanente de ningún objeto; es únicamente una opinión social manifestada sobre la importancia que puede tener un objeto con relación a la de otros objetos. Esta opinión social es el resultado de un acucioso tacto adquirido en el mercado en el cual se debaten los intereses de los comerciantes, de los consumidores y de los productores, y su pronunciamiento es el de cambiar una cantidad determinada de mercaderías por otra cantidad, también determinada, de mercaderías de otra especie. De todo esto resulta el concepto del valor, concepto que exige, en cada objeto, la existencia de las siguientes características: que ese objeto sea **socialmente útil** y que sea el resultado de un trabajo o esfuerzo humano. Ninguna mercadería tiene valor si no posee esas dos características, y, siempre que las posea, tiene algún valor. Ahora bien, las mercaderías son de dos especies: 1.o) aquéllas que pueden ser producidas en cantidad indefinida por el simple ejercicio del trabajo y que, por lo tanto, quien las necesite puede **obtenerlas en cualquier momento**. En estas mercaderías, la consideración de la **utilidad social** no influye en el valor,

el cual es fijado por el costo de su producción únicamente, y 2.o) aquellas otras mercaderías que no pueden ser indefinidamente multiplicadas por el trabajo, cuya cantidad es estrictamente limitada por causas naturales o de otro orden y que no pueden ser producidas por quienes las necesitan, mediante el solo ejercicio del **trabajo**. El valor de esta clase de mercaderías excede siempre a su relativo costo de producción y, en realidad, es determinado por su relativa **utilidad social**. (Rae).

En resumen, pues: la **utilidad social** de una mercadería consiste en su capacidad para satisfacer las necesidades de otras personas que las de su poseedor. La mercadería que no sirve sino para la satisfacción de las necesidades de su propietario, no posee **valor** económico alguno. Las mercaderías que son **útiles socialmente** lo son por dos razones: porque poseen capacidad para satisfacer necesidades importantes y porque esas necesidades son comunes a gran número de personas, razón por la cual esas mercaderías son solicitadas con mayor o menor vehemencia. La **rareza** de estas mercaderías aumenta su valor. **El error de la teoría del valor de Marx** consiste, por consiguiente, en que confunde las mercaderías que pueden ser producidas indefinidamente y cuyo valor es representado por el simple costo de su producción, con aquellas otras mercaderías cuya producción es limitada, y que, por lo tanto, son vehementemente solicitadas; el **valor** de estas últimas es determinado por los factores de **rareza** y de **utilidad social** de que se hallan revestidas.

Establecido que el **valor** no representa únicamente el **tiempo de trabajo**, sino en aquellas mercaderías que pueden ser producidas en cantidad indefinida y que para las mercaderías de todo orden el valor se fija en razón de su **utilidad social**, cabe preguntar: ¿Por qué un trabajo es mejor pagado que otro trabajo?, ¿por qué el gerente de una compañía ferrocarrilera es mejor pagado que el cargador?, ¿por qué el juez es mejor pagado que el policial? No es, evidentemente, porque el juez o el gerente trabajan más tiempo que el cargador o el guardián;

no es, tampoco, porque hayan necesitado más tiempo para aprender su oficio. La explicación debe buscarse, no en la **cantidad de trabajo**, como lo pensaba **Marx**, sino en la **calidad**. El trabajo de algunos es **mejor**, más excelente, **más indispensable, más socialmente útil**, en una palabra, que el de otros y, por lo tanto, tiene más **valor**. De esta suerte queda de manifiesto la inconsistencia de la teoría del valor de **Marx**, basada como casi todas sus opiniones en meras adivinaciones, apasionadas y tendenciosas, sin relación alguna con la realidad de los acontecimientos. Varias formas de trabajo deben ser y son, indudablemente, mejor remuneradas que otras; **más aún**, hay trabajos que obtienen mayor remuneración, que participan en mayor proporción que el **capital** en los beneficios que se distribuyen, y esa remuneración, esa participación no es regulada, absolutamente, por la **cantidad** de trabajo ni por el **tiempo de trabajo** gastados. Los socialistas, con Marx a la cabeza, contestarán que eso **no debe pasar así**, que, en la sociedad socialista imaginada por ellos, las cosas **no pasarán así** y que, en esta sociedad, el gerente y el cargador de una empresa de ferrocarriles, el juez y el policial serán remunerados exactamente en proporción al **tiempo de trabajo** que dure su esfuerzo. Pero, entonces, la teoría del **valor** de Marx no es una teoría científica basada en los fenómenos de la producción, tales como se originan en la constitución actual de la sociedad, sino una teoría **utópica** basada en un concepto diferente de la **justicia**. El argumento fundamental de tales soñadores podría exponerse así: Cada hombre, **de acuerdo con nuestras ideas de justicia**, debe ser pagado según el **valor** de su obra y, el **valor** de su obra, **según nuestras ideas de justicia**, debe ser medido por el **tiempo socialmente necesario** que se ha ocupado en fabricar esa obra (Rae). Todo converje, pues, alrededor de la idea que tales sujetos se forman de la **justicia**; y no es cosa difícil comprender que esa idea es arbitraria y errada. En realidad, cualquier individuo que tenga sentido común, aunque gaste patillas menos frondosas que Marx, tendrá por una **injusticia** remunerar con el

mismo salario a un gerente que organiza y dirige una empresa y a un cargador que se lleva al hombro una maleta; a un juez y a un policial; y esto, no porque la costumbre, las preocupaciones, la tradición, los **intereses creados** (como se ha dado en nombrar muchas realidades sociales lógicas y necesarias, con el propósito de condenarlas sin examen, azuzando en contra de ellas la irreflexiva y apasionada antipatía de los microcéfalos), perturben la claridad de comprensión, sino porque los servicios del gerente y del juez, son **más importantes y más útiles a la sociedad** que los del cargador y del policial, porque es más **raro** encontrar personas con **las aptitudes** intelectuales y morales que se necesita para ser un buen juez o un buen gerente que encontrar individuos capaces de ser buenos cargadores u honrados policiales, y, es por este motivo y porque además, son más útiles a la sociedad, por lo que los servicios del juez y del gerente se **valorizan** mejor que los del cargador y del policial. Remunérese a cada individuo de acuerdo con el trabajo efectuado, si así se quiere; pero al apreciar este **trabajo**, la verdadera medida de su **valor** no puede ser la **duración**, sino la **utilidad social**, la importancia social del servicio que todo hombre de buen sentido y sin prejuicios ni apasionamientos populacheros, puede calcular que se ha hecho a la sociedad. El criterio de la **utilidad social** y no el del **tiempo de trabajo**, es, pues, el que ha de servirnos para apreciar la **justicia** y el que ha de guiarnos en la remuneración de los servicios y en la repartición de las utilidades que resultan en el régimen de la producción capitalista, lo que, al mismo tiempo, nos permite rechazar el cargo que se hace al capital de obtener una remuneración injusta por su cooperación en el proceso productivo. Desde el punto de vista desde el cual consideramos esta cuestión, el interés del capital es justo porque el capital es **socialmente necesario**, es indispensable; más aún, es, relativamente, mucho más necesario e indispensable, en el proceso de la producción, que lo que lo es el trabajo manual. En las sociedades primitivas, en las tribus salvajes, los hombres vivían preocupados de la obtención de los alimentos. En lucha los unos contra los otros, para arrebatarse la presa, eran felices los que ob-

tenian el animal, el ave, el pescado que había de alimen-
tarles. La caza o pesca, más o menos suficiente, les per-
mitía alimentarse apenas o saciarse y descansar. El pri-
mer hombre que, después de una caza abundante, pudo
disponer de ratos de ocio ó que, por la suerte, por su ha-
bilidad, o por el ejercicio de superiores aptitudes intelec-
tuales, (la originaria desigualdad), pudo fabricar cual-
quier arma, herramienta o utensilio o cualquier pren-
da de vestir que le permitiera resistir a la fatiga, al
frío o a los accidentes de la cacería y, por estas causas,
obtener más fácilmente la presa codiciada y utilizar me-
jor sus productos, fué el primer capitalista, el primer **pri-
vilegiado.** El **capital,** al aumentar la importancia y los
éxitos de ese privilegiado, lo colocó en situación de poder
disponer de tiempo sobrante que, de seguro, dadas la ex-
periencia y las aptitudes especiales que le hacían superior
a los demás, fué empleado en idear, en fabricar, en aumen-
tar su bienestar y su inicial fortuna. El **capital** fué, pues,
al nacer, una fuerza enorme de progreso y de civilización.
Mientras el **trabajo** constituyó la única actividad del hom-
bre, mientras el hombre primitivo careció de toda ayuda
de armas, herramientas, de capital, en una palabra, su ac-
tividad no tuvo otro fin ni otro resultado que proporcio-
narle lo indispensable, lo necesario para vivir.

La época del reinado del **trabajo solo** fué de lucha
de uno contra todos; la satisfacción de las necesidades
materiales, su único objetivo. Con el **capital** nació la pri-
mera desigualdad, o, mejor dicho, fué el **capital** el resul-
tado de la primera desigualdad manifestada por la supe-
rioridad de uno sobre los demás, (mayor inteligencia,
fuerza, agilidad, vista, etc., etc.). Con el **capital** advino
el primer hombre que pudo hacer otra cosa que perseguir
la res, que pudo pensar en cosas diversas de aquéllas a
las cuales viven apegados los hombres primitivos, exclu-
sivamente preocupados de adquirir el alimento. Con el
capital nació la cooperación, se vislumbró el progreso, la
civilización. El **trabajo** es, pues, la forma de la actividad
salvaje primitiva. El **capital** es la forma de la actividad
civilizada. Lejos de mí la idea de deprimir la importancia
social del **trabajo,** su indispensabilidad, su moralidad, su

virtud. Quiero solamente colocar al **capital**, fruto del ahorro, del ejercicio de las más altas facultades, de las más nobles aptitudes intelectuales y morales, objetivo de nuestras más nobles aspiraciones, quiero, lo repito, colocar al **capital** en la situación que le corresponde y señalar su importancia civilizadora. Enaltezcamos, al **Trabajo**, sustrayéndolo a la falsa y peligrosa idolatría que le profesan los aduladores del populacho, hábiles explotadores del sufragio popular; pero enaltezcamos, también, al **capital**, pues sin él estaríamos, aún, en el estado de las sociedades primitivas.

Dejemos, por el momento, esta divagación a través de las épocas primitivas y sigamos disertando sobre la **justicia** que existe en conceder al **capital** una participación determinada ya sea en la forma de intereses, ya en la de participación, más o menos importante, en los beneficios de las empresas. El interés del **capital** es **justo** porque el **capital** es un factor de **utilidad social**, porque su poseedor al aplicarlo a propósitos productivos, rinde un servicio a la sociedad, servicio que debe ser avaluado en proporción de su **utilidad social** (Rae). En todo caso, el servicio que el **capital**, como acabamos de verlo, rindió y rinde aún a la sociedad, aumentando la producción y perfeccionando sus métodos, es por lo menos tan importante como el que rinde el **trabajo**. El **capital** sirve financiando las instalaciones y las maquinarias, y abasteciendo a las fábricas con las materias primas indispensables. Además, (y esto es de suma importancia), adelanta el dinero para el pago de los salarios de los trabajadores, esto es, la participación que pudiera tocarles en las utilidades, participación que se les otorga antes de que sea realizada la venta de las mercaderías, lo que coloca a los obreros en una situación **privilegiada**, al no quedar expuestos a las contingencias del negocio y, en ningún caso, a las pérdidas probables, razones todas por las cuales deben sufrir los descuentos lógicos. Existe, pues, la misma razón de **justicia** para los intereses del **capital** que la que existe para los salarios. Si el **capital** no puede producir sin el **trabajo**, el **trabajo** tampoco puede producir sin el **capital**. Con el **trabajo** solo, acabamos de decirlo, la humanidad viviría al día.

marcaría el paso sin avanzar. Con el **capital** pudo realizar el progreso; con su ayuda, los más aptos pudieron ahorrar tiempo en la tarea cotidiana de buscar el alimento y pudieron emplear ese margen de tiempo en idear, en inventar, en descubrir y crear nuevas fuentes de riqueza, en organizar la cooperación rudimentaria que debía multiplicar la producción, en emprender obras de más aliento y de lejana remuneración, invirtiendo para ello esos mismos **capitales**, frutos del ahorro y del ejercicio de aptitudes calificadas. Pero, aun hoy, en pleno régimen capitalista, a pesar de las complicaciones que a veces ocultan la claridad de los motivos originarios, ¿no es, acaso, una función esencial del **capital** (además de la de costear las instalaciones y de correr los riesgos inherentes a toda empresa), avanzar el dinero para la alimentación de los obreros, quienes no podrían trabajar de otro modo en la fabricación de mercaderías cuya venta futura y problemática utilidad inhabilitaría todo esfuerzo? ¿Cómo vivirían los operarios, si la mercadería que ellos fabrican y que debe pagar su subsistencia, no encuentra venta inmediata remunerativa? Una mercadería que necesita varios días de labor no podría ser fabricada sin la existencia de un **capital** que asegure de antemano la alimentación del obrero.

Tenemos, pues, que la teoría del **valor** de Marx es falsa de toda falsedad. No habría sido necesario dedicarle un análisis y una crítica tan minuciosa ya que, en primer lugar, ningún economista de mediana capacidad e ilustración la sostiene hoy, y, en segundo lugar, ya que el mismo Marx y Engels confesaron que esa teoría no era sino una construcción fútil y procedieron, así, a su entierro definitivo. Probémoslo.

1.o Marx (1) había declarado que las leyes abstractas y universales de la Economía Política no existían y que cada período histórico, tenía, por lo tanto, sus leyes propias. De acuerdo con esta declaración, Marx sostuvo que la ley del **valor trabajo** no era aplicable sino al período moderno de la producción capitalista, esto es, de la

---

(1) El Capital I, pág. XXVIII.

producción de mercaderías fabricadas para el mercado de ventas. 2.o) Pues bien, el mismo Marx (1) sugiere la idea de cambiar la base histórica de su teoría **del valor trabajo**, y Engels (2) de acuerdo con esta evolución de Marx sostiene que la ley marxista del **valor trabajo** tiene una importancia económica general para toda la historia desde sus comienzos hasta el siglo XV, lo que significa lo siguiente: la ley del **valor trabajo** fué ideada con el propósito de aplicarla al régimen capitalista moderno; en seguida, se la declara aplicable no a este régimen sino al que regía antes del siglo XV, esto es, al período de la economía familiar, de la barbarie, de la esclavitud. En una palabra, la ley del valor **trabajo** sirve para todas las épocas menos para aquélla para la cual el mismo Marx había afirmado que presentaba una verdadera significación y tenía una importancia propia (Simkhovitch). Así, pues, el Pontífice Máximo (o Márximo, si se me perdona esta irreverencia) del **socialismo científico** y su acólito Engels andan de Herodes a Pilatos, de Ceca en Meca, sin saber en qué época histórica poder colgar su no patentado invento del **valor trabajo**. La cosa que, al parecer, más les preocupa es no dejar este invento sin ocupación y explotarlo para sus fines sociales. ¡Qué ridícula, qué pobre ciencia! 3.o) Por fin, Marx remata su cambio de frente afirmando con toda claridad (3) que las mercaderías no se cambian en proporción del **trabajo** que representan, lo que significa, sencillamente, el derrumbe de toda su teoría del **valor** y la absoluta inutilidad de todo el primer volumen de su obra (4). Con mucha razón, pues, algunos economistas, al conocer este cambio de opinión de Marx acusaron a todo el Marxismo de no ser sino una vasta mixtificación, y Loria preguntaba si alguna vez se había visto una más completa **reductio ad absurdum**, una bancarrota doctrinaria más radical, un suicidio científico más escandaloso y más solemne. La gran doctrina central del

(1) **El Capital III**, pág. 156.
(2) Últimos escritos en **Neue Zeit**, 1896, I, pág. 38.
(3) **El Capital**, pág. 230/6.
(4) **El Capital**, pág. 230/6.

Marxismo, la ley del **valor trabajo,** quedó, pues, reducida a una vulgar engañifa. Como lo dice Simkhovitch, a falta de críticas extrañas, basta con tomar por guía al mismo Marx para tener que aceptar la destrucción total de la gran tesis central del Marxismo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CAPITULO III

LA SUPERVALIA

Después que Marx, por medio de viciosas argumentaciones, *expuso* su teoría del **valor trabajo**, esto es, el **valor** como *creación* del trabajo personal del obrero, medido, en cada caso, por la duración del esfuerzo, o sea, por su **poder de trabajo**, procedió a establecer que, dado el estado actual de las cosas, el **valor** de ese **poder de trabajo**, es fijado, no por lo que el objeto fabricado por el obrero representa, sino por lo que es necesario para producir *ese* **poder de trabajo** o, a lo menos, para renovarlo. Esto equivale a decir que, así como el **valor** de una mercadería es fijado por la **cantidad de trabajo** del obrero incorporada en ella, así ese trabajo, que se mide por el **tiempo** durante el cual se ha ejercitado, debe ser avaluado por lo que cuesta crear y mantener la **fuerza de trabajo** que lo ha producido, es decir, por lo que cuestan los medios de subsistencia del obrero. Marx sostiene, pues, de acuerdo con lo enseñado por los economistas a quienes sigue, que el monto del salario es determinado por el costo de producción del **poder trabajo** o, lo que es lo mismo, por el costo de los alimentos necesarios para mantener al obrero en todo su **poder de trabajo**. La dialéctica de Marx es apretada; pero sus puntos de apoyo son flojos y arbitrarios. No solamente incurre en un enorme error al sostener que el **trabajo** y, exclusivamente, el **trabajo manual** incorporado en las mercaderías, es el que define el valor de ellas, sino que, como acabamos de verlo, olvida tomar en consideración la impor-

tancia de los elementos reales que actúan en el mercado de ventas y que concurren, en parte principal, a fijar el **valor real** y, por lo tanto, el **valor natural** de los objetos, **valor** que se concreta en el **precio** que sirve de apreciación intermediaria en los recíprocos intercambios. Esos elementos, (la **utilidad** que fija el **valor de uso**, y la rareza, que es la expresión, en un momento dado, de la ley de la oferta y el pedido), son, (con un empaque de ridículo dogmatismo), descártados por Marx del dinte-te de los cambios. Marx no aceptaba la realidad cuando ésta contradecía su materialismo objetivista; su antipatía por cualquier factor de orden psicológico en los fenómenos económicos era, por otra parte, demasiado conocida. Sigámosle en su empresa apasionada, parcial e influída por su mentalidad **judeo-sádica**, empresa dirigida a provocar la rebelión de las bajas capas sociales contra todas las categorías organizadoras y seleccionadas de la civilización, y a cuyo servicio puso todas sus aptitudes dialécticas y todas sus tenaces energías.

En el costo de la mantención de la **fuerza de trabajo** del obrero, (costo que, según él, constituye el **valor** de su **trabajo** incorporado en la obra creada), Marx hace figurar: 1.o) el sustento del obrero y de su familia; 2.o) los gastos del aprendizaje y adiestramiento de sus hijos, nuevos operarios; 3.o) tal vez una anualidad para la vejez; 4.o) lo necesario para que el obrero, según sean las condiciones del país y del clima en que trabaja, pueda mantener el **standard** de vida que habitualmente llevan los **libres obreros**, tomando en consideración la época y el lugar. Hasta aquí la cosa no va mal; estas bases que deben servir para fijar la remuneración del obrero, podrían ser aceptadas por cualquier liberal. Pero hay que desconfiar de Marx, y ponerse en guardia contra su malsana sugestión para no caer en la trampa socialista. Las bases que Marx establece para fijar la remuneración mínima del obrero, (según su criterio), deben absorber por completo el **valor** de la mercadería fabricada. La mercadería no puede tener un **valor** mayor que el que

le da el **trabajo manual** incorporado en ella y ese **valor** debe fijar su **precio natural** en el mercado. Si el **precio real** que ahí se obtiene por la venta de esa mercadería es superior a su costo de producción, ¿a quién correspondería ese aumento? Lo accesorio accede a lo principal, dice el marxista, y, puesto que la totalidad del **valor** de la mercadería es formada, únicamente, por el **trabajo manual** del obrero incorporado en ella, (Marx no reconoce, es preciso repetirlo una y mil veces, la legitimidad del interés del capital ni la del beneficio del empresario), ese aumento pertenece al operario, y, por lo tanto, el capitalista o patrón que se apodera de ese aumento, se adueña de lo que pertenece al **trabajo**, al obrero. De esto se deduce que el obrero es explotado por el capitalista o el patrón, quienes, al pagarle el salario, no le dan más que una fracción del **valor** (precio) que en **justicia** le corresponde, ya que el **trabajo** es el solo creador de la riqueza. El capitalista o el patrón son, por consiguiente, los **explotadores del trabajo del obrero**. ¿Se comprende bien la índole mefistofélica, perversa, criminal de todo ese tejido de falsedades que constituye la teoría del **valor**, según Marx de ese sofisma fundamental: **el trabajo (manual) único factor en la creación de las riquezas**? Había, pues motivos para desconfiar de la fingida inocencia de las bases analizadas.

Pero hay más aún: en la base N.o 4, se establece (aparentemente) un estrecho contacto con el corazón mismo de la doctrina liberal al colocar al individuo en situación de que pueda adquirir el **standard** de vida requerido por su dignidad de hombre, de acuerdo con las condiciones de tiempo y de lugar, sin mutilaciones ni deformaciones que impidan el completo desarrollo de sus facultades de ciudadano libre (1). Desgraciadamente este contacto dura poco, como vamos a verlo. El **valor** de una mercadería, razona Marx, es el **tiempo de trabajo** requerido para entregarla en **buen estado** normal, y, para conservar las **potencias de trabajo en buen estado normal**

(1) Ver cuaderno N.o 1: **El Liberalismo y la Cuestión Social**

se necesita una definida cantidad de **alimentos y comodidades**, de acuerdo con el tiempo, con la región y con las costumbres. ¡Alimentos y comodidades! Es decir que al hombre hay que darle alimentos y comodidades como se le echa aceite a una máquina para que se mantenga en movimiento eficiente. En el fondo del Marxismo, en el espíritu que inspira su campaña de rebelión contra la sociedad no hay una chispa de humanidad, de dignidad, de espiritualidad, (1) y, por eso, no podrá jamás haber acuerdo entre el criterio socialista y el criterio liberal. La ideología liberal considera al factor **hombre** total, integralmente, como lo constituye su esencia espiritual que lo diferencia de todo el resto del reino animal, (Grasset, en **La Science et la Philosophie**, sostiene elocuente e incontrovertiblemente, que hay una biología humana especial que, aunque basada en la biología general, ocupa, sin embargo, un tramo superior) (2). La ideología socialista considera al hombre como un factor económico, sujeto a las leyes normativas de la producción, esto es, sometido a las leyes que rigen la producción de las mercaderías, que no otra cosa significa medir el **trabajo** por lo que cuestan las subsistencias para producirlo y mantener su eficiencia. La interpretación materialista de la historia ha sumergido al hombre, enteramente, en la animalidad. Por este motivo la propaganda socialista tiene tanta influencia en

---

(1) La filosofía del marxismo es, fundamentalmente, de carácter materialista. Trata de arrancar de la conciencia de las masas, toda creencia de orden espiritual. De ahí su odio por la religión. Marx dijo: "La religión es opio para el pueblo" y Lenin: "La religión es aguardiente malo" (sivuchka). Las juventudes bolcheviques alardean de su incredulidad y ateísmo, esto es, de su materialismo. Para formarse una idea de la gravedad de esta enorme estupidez, pueden leerse los documentos citados en las páginas 226 y siguientes en el libro de Gurián: **El Bolchevismo**. Ya puede imaginarse uno cuáles serían los resultados que tales ideas deben producir en el cacumen de las masas incultas. (Leer, a este respecto, en el Apéndice, N.o IV, la opinión de Heine).

(2) Leer la entrevista de Mussolini con el Sr. Screiber, de L'Illustration Française en el Cuaderno N.o 1.— **El Liberalismo y la Cuestión Social** (nueva edición), pág. 401.

las masas populares, permanentemente afectadas y, por lo tanto, preocupadas, casi únicamente, de las necesidades materiales de la existencia. El veneno obra, así, en un terreno preparado y allí extiende su mortal acción sin antídoto alguno. Las adhesiones populares se inclinan hacia los que prometen satisfacciones de orden material, inmediatas, amplias y, en lo posible, obtenidas con la menor iniciativa y sacrificio propios. De esta suerte, las aspiraciones y actividades populares quedan enteramente desvinculadas de toda noción de mérito y dignidad y, por lo tanto, pierden toda su influencia educativa; y, sobre la importancia fundamental de estas condiciones, el Liberalismo no puede transigir.

Pero sigamos a Marx por el enmarañado campo de la dialéctica en el cual, este maestro del enredo, este hábil prestidigitador de la palabra va a hacer surgir en la imaginación de sus discípulos, como sus colegas de las ferias sacan un conejo de una chistera vacía, el famoso fantasma económico de la **supervalía**, origen de las alucinaciones diabólicas que han engendrado el grito de batalla del socialismo: "**el obrero explotado, el capitalista explotador**".

Por lo pronto, y a modo de preparación del acto, cuatro definiciones:

1.a **Necesario tiempo de trabajo** es la parte del día de trabajo que se necesita para producir la cantidad de alimentos y de comodidades que se usan en un día, esto es, el tiempo durante el cual el obrero produce lo que es necesario para sostener su **poder de trabajo**.

2.a **Valor necesario** es el **valor** creado en el **necesario tiempo de trabajo**.

3.a Ahora bien, como la resistencia física del obrero puede durar más que el **necesario tiempo** para crear el **valor necesario**, ese resto de su día de trabajo es llamado **sobrante tiempo de trabajo** o **sobre trabajo**; y

4.a **Supervalía** el **valor** creado en ese **sobrante tiempo de trabajo**.

Todo esto tiene un tono de sinceridad científica, im-

fensiva; parecen disertaciones analíticas de una inocencia medieval. Pero ¡atención! los pases del prestidigitador van a empezar.

La **supervalía** puede obtenerse de dos maneras: A) absolutamente, alargando el término del **sobrante de tiempo de trabajo**, prolongando la duración del trabajo diario. B) **relativamente**, acortando el término del **sobrante de tiempo de trabajo**; pero reduciendo o abaratando el costo de la subsistencia del obrero.

Esto, sin embargo, no puede suceder sino dentro de ciertos límites; al obrero no le es posible trabajar más de lo que le permite su resistencia física ni su salario puede disminuir en forma que no alcance a proporcionar lo que, indispensablemente, necesita el obrero para vivir un día.

Pero el secreto de la **supervalía** consiste, según Marx, en dar al obrero un salario lo más reducido posible y en hacerlo trabajar lo más que se pueda, siempre dentro de los límites arriba indicados. Marx, continúa: Un obrero no puede trabajar más de 12 horas diarias y gana 3 chelines (1.a suposición) que es lo que necesita para vivir un día (2.a suposición). Ahora bien, en 6 horas de trabajo, el obrero crea 3 chelines de **valor** (3.a suposición); por lo tanto, trabaja de balde otras 6 horas para el capitalista o patrón que le paga el salario (afirmación). La prestidigitación ha terminado: "Et voilà pourquoi votre fille est muette" (Molière). Y esta maravilla de simplicidad y de tontería hace exclamar al acólito Engels, compadre del prestidigitador. "He aquí el secreto... el misterio de la producción capitalista, debelado". ¿Acaso todo esto no es olímpicamente cómico?

La perentoria afirmación de Marx, zurcida sobre tres suposiciones, no vale, pues, absolutamente nada, carece de toda importancia lógica. Además, y esto es lo principal y lo que importa, todo ese razonamiento lleva en la sangre el virus originario del Marxismo, está informado por la falsa teoría del **valor trabajo**, que sostiene que el único factor del **valor** es el **trabajo**, que todo objeto fabrica-

do representa, únicamente, la **fuerza de trabajo** que el obrero ha incorporado en él y que, por fin, al ser ese objeto cambiado en el mercado, debe devolverse al obrero la totalidad de su **valor** materializado en el precio, lo que permitirá al obrero reconstituir el **poder de trabajo** gastado y satisfacer, a lo menos, las otras cuatro exigencias de que ya se ha hablado en la página 81. No puede darse nada más sencillo; pero esta prestidigitación verbal es, también, de una asombrosa candidez. Como lo hemos repetido hasta el cansancio, todo este andamiaje descansa sobre el error básico de que el **valor** de las mercaderías es creado, exclusivamente, por el **trabajo** (manual) y que en el caso de ser cambiada esa mercadería en el mercado de ventas, todo el **precio** corresponde al obrero que ha creado con su **trabajo** el **valor total** de esa mercadería.

Hemos disertado extensamente en páginas anteriores para probar lo que, por otra parte, está a la vista de todo el mundo: la **legitimidad** de los intereses de un **capital** (trabajo ahorrado) que, en gastos fijos, (instalaciones, maquinarias, materia prima) o en circulante, (adelantos para salarios y otros desembolsos que es indispensable hacer antes de que las mercaderías puedan ser enajenadas), coopera, enorme e importantemente, en la producción y corre, además, los riesgos inherentes a toda empresa. Hemos probado, asimismo, la **legitimidad** de los beneficios que corresponden a la dirección técnica que prevé, ordena y dirige la producción y la venta. La importancia de la dirección en las empresas comerciales no puede ser negada, hoy menos que nunca, en vista de lo que está pasando en Rusia. En este país, el afán destructor e igualitario del comunismo comenzó por desorganizar todas las categorías directivas y profesionales, para, en seguida, contratarlas a precios excepcionales en los países extranjeros. Conviene, también, tomar nota de que, para despertar el interés económico de los operarios hábiles y bien dotados, se ha procedido a calificarlos y a remunerarlos en proporción con la importancia de sus capacidades y actividades, lo que significa la aceptación de uno de los

más conocidos principios del régimen de la producción capitalista (1).

Cabe, con este motivo, preguntar: ¿en qué queda el principio socialista: "de cada uno según sus aptitudes, a cada uno según sus necesidades?". Después de 15 años de entrenamiento socializante se ha tenido que volver a la práctica de los principios del régimen capitalista, se han reconocido las desigualdades individuales, se ha aceptado la diferenciación de los salarios y se ha concedido a los empresarios, directores técnicos y organizadores, la participación que les corresponde en los beneficios de las empresas.

Aun el comunismo ha tenido, pues, que reconocer que, en la producción de la riqueza, cooperan actividades de una categoría superior a aquélla a que pertenece el **trabajo manual** del obrero, y que esas actividades se encuentran, también, incorporadas en la obra creada. El valor de ésta no está, por consiguiente, totalmente constituído por el **trabajo** del obrero.

Sobrada razón tuvieron, por consiguiente, Loria y otros economistas al decir que la tesis central del Marxismo era una mixtificación; y no otra cosa es, también, la idea de la **supervalía** y el criminal postulado de agitación social: **la explotación del obrero por el capitalismo explotador.**

Y esto es tan evidente, que se necesita tener la pesadez de sangre judía o una masa cerebral muy espesa para no comprender la contradicción que existe entre la teoría del **valor-trabajo** y el hecho de que el mercado está lleno de objetos, unos que han costado enorme **trabajo** y que por tales o cuales razones, nadie quiere, y otros que, con poco **trabajo** incorporado, son solicitados y pagados a precios altamente remuneradores.

Denunciado el error de la teoría del **valor-trabajo**, por consiguiente, el de la **supervalía** y su consecuencia: la **explotación del hombre por el hombre** en el **régimen**

---

(1) Declaración de Stalin, en Junio de 1931.

de producción capitalista, llega el momento de preguntar: ¿en qué forma pasarían las cosas en el régimen de producción socialista? En Rusia se ha establecido el Marxismo integral y las promesas se han realizado en la forma siguiente: En vez de numerosos capitalistas que se hacían competencia en la solicitación de la mano de obra y cuyas actividades podían ser vigiladas, controladas y reglamentadas por la ley, un solo capitalista, voraz y contra el cual no hay quejas, ni reclamos, ni huelgas posibles; en vez de miles de patrones, uno solo; en vez de miles de proletarios, todos proletarios; el salario inferior al de los países capitalistas; el hambre, o, por lo menos, la alimentación insuficiente, establecidos a firme; los ciudadanos convertidos en animales domésticos, explotados por el trabajo obligatorio y racionados y albergados a la voluntad y el capricho de los amos; los hombres, transformados en autómatas que producen y engendran, no tienen para qué ni por qué ejercitar esas nobles facultades de previsión y responsabilidad que los califican y dignifican su acción; la inteligencia combatida como germen de autonomía y de personalidad (1). En resumen, una masa gregaria gobernada por los instintos y preocupada, casi únicamente

---

(1) Un caso entre muchos: En Junio de 1932, un profesor universitario de una gran ciudad rusa, escribió al doctor Osty pidiéndole datos sobre las investigaciones metapsíquicas realizadas en el Instituto, pues quería imponerse, después de largos años de alejamiento, del estado de las experiencias. Osty envió al profesor ruso los ejemplares de la **Revista de Metapsiquia**, en los cuales se narraban las experiencias hechas con Rudi Schneider. Los ejemplares de la **Revista** volvieron al Instituto el 11 de Julio, abiertas y con todas las indicaciones de haber sido muy leídos; sobre la carátula había escrito lo siguiente: "Devueltos, por haber sido prohibida su entrada a Rusia, por la administración de las obras impresas". Un funcionario, pues, se había constituído en juez de lo que debe leer un eminente profesor universitario. Este hecho trae a la memoria aquellas épocas lejanas en que dominaban tiránicas creencias y, por lo tanto, hace apreciar mejor la libertad de que aún, podemos gozar. Rusia realiza un comunismo de hormiguero de termitero; retrotrae al hombre a las disciplinas de insectos y los regímenes gregarios. ¡Hermoso progreso, por cierto! (Ver **Revue Métapsychique** N.o 4, Julio y Agosto de 1932, pág. 293).

por las materialidades de la vida, y, por única idealidad, la loca esperanza, tardía, de llegar a ser los gloriosos promotores mesiánicos de una edad de oro que no se vislumbra o, en todo caso, de un alboroto universal que, por lo menos, les proporcionará la satisfacción de ver a todo el mundo en la misma desastrosa situación en que ellos se encuentran. **¿Y la supervalía?** Pues, ahí, en Rusia, sí que la hay: el obrero, según el bolchevismo puro, ya se le pague en salario o en bonos, no puede tener derecho sino a la alimentación y al alojamiento y al vestido; todo sobrante de dinero puede ser origen de desigualdades económicas. La **supervalía**, por lo tanto, en Rusia, va toda a las garras del Estado, que la derrocha en propagandas y en fantásticos planes **quinquenales** ¿Qué han ganado con eso las clases populares?

La teoría del **valor trabajo**, de cualquiera manera que se la examine, de cualquier punto de vista que se la estudie, es un error sin base en la realidad ni defensa por el razonamiento. **La supervalía** es una superchería imaginativa. Hoy ningún cerebro claro cree en tales paparruchas. Las **suposiciones** sobre las cuales razona Marx son eso, nada más: puras **suposiciones**. El obrero, según sea su habilidad, puede fabricar en **6 horas**, mercadería por mayor **valor** de tres chelines, o, en **doce horas**, mercadería que no valga tres chelines. Su jornal puede ser, o no ser, superior al costo de su vida; eso depende de múltiples causas, entre las cuales no es hoy, por cierto, la determinante, el capricho del empleador.

Lo que es irredargüible es que el **valor** de la mercadería no depende exclusivamente del trabajo incorporado en ella, que el capital y el empresario concurren importantemente en el proceso de la creación de la riqueza, y que el **precio**, (el **valor** en moneda) se fija en el mercado principalmente, por razones de orden psicológico, (la **utilidad**, la **rareza**) y no solamente por el **trabajo** del operario empleado en la fabricación de los bienes. Lo que es de toda evidencia es que el salario depende del monto de la producción y de la colocación de ésta en el mercado, de la

abundancia de capitales y de sus inversiones; que su fi-
jación, controlada hoy por las organizaciones obreras, tie-
ne que regularse por aquellos factores económicos y que,
de todas maneras, es una participación en el **valor** de la
mercadería que se le anticipa al obrero, y que, por lo tanto,
no corre riesgo alguno, ni se halla expuesto a las contin-
gencias del negocio, ¡situación de evidente privilegio para
el obrero que lo percibe! Por fin, lo que no admite duda,
es que la **supervalía** fué extraída por la dialéctica de Marx
de sus propias definiciones y suposiciones, como el conejo
de marras de un **colero** cualquiera. ¿Cómo pudo salir este
conejo... quiero decir, esta idea, de la cabeza de Marx?
Será tal vez una coincidencia, pero, en todo caso, puede ser
una explicación: H. de Tourville (1) nos habla de la trans-
formación que se operó en Francia con la implantación
del régimen de las grandes propiedades y de los grandes
cultivos, y dice que, en vez del sistema establecido por los
Francos, se adoptó otro que consistía en exigir de los la-
briegos que trabajaban en el **manso**, (porción de tierra
que se concedía y que se estimaba suficiente para el sos-
tenimiento de un hombre y de su familia), tres días de
trabajo por semana, quedándole al labriego los otros tres
días para él. La extraña similitud formal de ese régimen
de siglos pasados con el sistema que Marx **supone** que
existe en el régimen capitalista actual y sobre el cual basa
su **tesis hipotética** de la **supervalía**, me sorprendió. El
labrador antiguo pagaba la concesión gratuita de la tie-
rra por un trabajo de tres días por semana en favor del
propietario. Era un siervo adherido al suelo. ¿Por qué
no se ha de poder decir, (pensó, tal vez, Marx), que el
obrero de hoy trabaja al día seis horas que se le pagan,
y seis horas que no se le pagan y, de aquí, deducir una
teoría de poder pasional que sirva de germen de agita-
ciones sociales? Ella se podría enunciar en esta forma:
"al obrero actual se le roba la mitad de su trabajo dia-
rio y con la otra mitad que se le paga se le da un sala-
rio que apenas le alcanza para no morirse de hambre".

---

(1) **Histoire de la formation particulariste**, pág. 162.

Es cierto que entre la institución del **manso** y la suposición de Marx hay la diferencia de que, en el primer caso, el labriego pagaba con tres días de trabajo el beneficio de la concesión gratuita de un pedazo de tierra, mientras que en la **suposición** de Marx, el capitalista le roba lisa y llanamente seis horas de trabajo al obrero; pero a Marx debía de importarle poco esta diferencia, y, dada su mentalidad judaica, no es cosa imposible que, sugestionado por la institución de la Francia antigua, haya utilizado esa imagen para construir a **priori** su fantástica teoría de la **supervalía, digamos**: del superdisparate.

Apena meditar que sobre un enredo tan enorme de disparates y de errores se apoye la tesis político-social del **pueblo explotado y de los capitalistas explotadores**, tesis que, a pesar de haber sido rebatida y deshecha por la crítica, de haber destruído un país y de haber empapado de sangre la tierra, continúa sirviendo de plataforma a nubadas de atolondrados traficantes políticos. Es cosa para hacer desconfiar de que alguna vez lleguen a predominar entre los hombres, la conciencia de la realidad, la lógica y el buen sentido.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CAPITULO IV

APENDICE

Después de las páginas anteriores parecerá superfluo dedicar aún, como lo hago en este **Apéndice**, otras páginas al estudio de algunas de las tesis de la doctrina marxista. Lo haré, sin embargo: lo que abunda no daña.

Ante todo, creo que conviene insistir en el hecho de que, hoy por hoy, no queda nada, absolutamente nada, (fuera de su índole y poder de agitación política), del dolorosamente célebre socialismo científico.

La evidencia del derrumbe total del marxismo como doctrina económica y científica, es la conclusión a que llega uno de los más distinguidos escritores de la escuela socialista, Michael Tugan Baranowsky, el cual, en su obra reciente (1905): **Theoretische Grundlagen des Marxismus** califica de fatal error **la tesis de la lucha de clases**; y de futilidades la **teoría del valor**, las doctrinas del **empobrecimiento progresivo**, de la **plus valía y de la catástrofe final** (1).

I.— LA INTERPRETACION ECONOMICA DE LA HISTORIA.— EL CONCEPTO DEL MATERIALISMO HISTORICO

Creo que es don Mariano **José de Larra** (Fígaro), quien cuenta de una señora en Madrid que leía el Diario a que estaba suscrita, desde la primera hasta la última letra, con una atención y minuciosidad implaca-

(1) Citaciones de Seligman.

les. Esto pasaba en los tiempos de las guerras napoleónicas. Cuando los franceses entraron en Madrid, la impresión que sufrió la señora fué tal que perdió el sentido y quedó en estado de semi-demencia. La mejoría fué lenta; entre tanto, alguna persona cariñosa de la familia fué guardándole los ejemplares del Diario. Apenas la señora recuperó sus sentidos, empezó de nuevo a leer, por orden cronológico, los Diarios que le habían sido acopiados durante su enfermedad. Un buen día sus familiares la encontraron llorando a mares; el motivo era que acababa de imponerse de la muerte heroica de Daoís y de Velarde, ocurrida hacía más de un año.

Así pasa hoy con algunos políticos socialistas, (por lo común, doctores en medicina), siempre muy atrasados de noticias, con cierta ilustración fiambre, y que, en discursos llenos de cursilerías y pedanterías, nos administran conferencias sobre las bondades y éxitos del socialismo científico.

Este cuaderno N.o 4 ha sido escrito precisamente con el objeto de mostrar que los postulados del sediciente socialismo científico son hoy un montón de escombros y que, de todo eso, sólo queda la agitación pasional y revolucionaria para servicio de los traficantes políticos que explotan las torpezas e ignorancias de la plebe.

En este Apéndice me ocuparé de exponer y analizar la importancia del postulado fundamental del marxismo: la interpretación económica de la historia, que también es designado con el nombre de materialismo histórico. Primeramente unas pocas palabras sobre la importancia del concepto materialista de la historia, o sea, el materialismo histórico.

La concepción materialista de la historia es la más curiosa manifestación del orgullo científico del marxismo que, no solamente pretendió explicar la historia pasada, sino, interpretar la ley de los destinos de la humanidad, sino también preparar el presente, dando un envión a los acontecimientos y adelantando así la hora de los tiempos que han de venir (Turgeon).

La concepción materialista de la historia puede concretarse en esta idea simple: la historia de la humani-

dad es dominada por la historia de la economía, esto es, toda la evolución social deriva de causas económicas.

Ahora bien, ¿cómo concibe el marxismo esas causas económicas? De una manera muy divertida. Veámoslo.

El marxismo proclama el principio de la unidad histórica. Marx se burlaba y tachaba de artificial el concepto de las categorías históricas. "Todas las causas de orden ideológico: condiciones físicas, agrupaciones étnicas, instituciones políticas, iniciativas individuales, ideas jurídicas, morales y religiosas o estéticas, todas son absorbidas por la gran causa económica", único factor histórico, verdaderamente actuante, que abraza y absorbe todos los otros factores y que resume en sí todos los intereses humanos. (Labriola).

La representación más exacta... y más cómica de la teoría **materialista** de Marx sería un sistema cuyo centro es el ombligo, a cuyo alrededor giran, (atraídos por él), todos los impulsos humanos; allí convergirían y de ese centro recibirían el calor y la vida, en él concluirían por caer y confundirse. Toda la vida histórica de la humanidad sería explicada, pues, por las actividades de las tripas.

El espíritu del **materialismo histórico** está informado por el **monismo**, por el **determinismo**, por el **fatalismo**. Por el **monismo** puesto que no acepta más que **una** vida, **una** historia y que esa vida y esa historia proceden, en definitiva, de **un** solo y mismo orden, de causas económicas; por el **determinismo** puesto que a los hombres, aunque forman parte de la vida y de la historia, no se les concede ninguna influencia sobre la una y la otra ya que su voluntad e inteligencia nada pueden contra el **devenir hegeliano;** por el **fatalismo**, puesto que el espíritu del **materialismo histórico** no concibe a los hombres sino movidos por el curso de las cosas y dirigidos por la necesidad económica, incapaces de substraerse a esas acciones aunque tengan conciencia y voluntad de ello.

Tal es la manera como el **materialismo histórico** concibe la importancia de las fuerzas que mueven la vida y la historia de la humanidad.

En una palabra, la tesis **marxista** es doble: a) el

concepto **materialista** de la historia, a la cual corresponde cuanto he dicho en los párrafos anteriores, y b) el de la **interpretación económica de la historia** que supone, como lo veremos en seguida, otras interpretaciones paralelas: interpretación político-jurídica, interpretación religiosa o moral con lo que se destruye la unidad que sirve de base a la concepción **materialista**. Seligman, (1) expone la tesis de Marx en la forma siguiente: (exposición que yo divido y enumero para facilitar los comentarios que en seguida le dedicaré).

1.o) "La existencia del hombre depende de su aptitud para subvenir a sus necesidades.

2.o) "La vida económica es, por consiguiente, la condición fundamental de toda vida.

3.o) "Como la vida humana es la vida del hombre en sociedad...

4.o) "La existencia individual se mueve en el marco de la estructura social, que es modificado por el hombre".

5 o) Así como el sostenimiento del individuo se encuentra condicionado por las relaciones existentes entre la producción y el consumo, del mismo modo se encuentra condicionada la vida social.

6.o) "Las transformaciones en la estructura de la sociedad, (transformaciones que condicionan a su vez las relaciones entre las clases sociales y las variadas manifestaciones de la vida social), deben pues, ser, en definitiva, atribuídas a causas económicas".

Yo observo:

1.o) "La existencia del hombre depende de sus aptitudes para subvenir a sus necesidades". ¡Muy bien! No hay nada que objetar. Se trata, por supuesto, de su existencia **material**, de sus necesidades, por decirlo así, animales. ¿La definición comprenderá también, por acaso, las necesidades de orden espiritual, esto es, intelectuales, morales, estéticas? Porque no solamente de pan vive el hombre, y eso, en todo caso, conviene tenerlo presente.

(1) L'interprétation économique de l'histoire.

2.o) "La vida económica es, por consiguiente, la condición fundamental de toda vida", agrega Seligman. Así queda aclarada la duda. Se trata, pues, exclusivamente de **necesidades materiales**. La palabra **económica** no puede, lo supongo, aplicarse a las necesidades de carácter espiritual.

Comprendidas así las cosas, tampoco hay observación que hacer. Lo primero es vivir. Sin vida material se acaba, en la tierra, toda Vida. Y, como la economía es la que provee a los medios de vivir, la que crea los bienes, "la vida económica" es "condición fundamental de toda vida".

3.o) Sigue Seligman: "La vida humana es la vida del hombre en sociedad". Yo creo que sería mejor decir: "La vida del hombre en sociedad es una consecuencia de la naturaleza humana". En un principio fué el hombre; lo primero es que el hombre sea y viva. Sin la vida individual no puede haber vida del hombre en sociedad. Por el contrario puede haber vida humana individual sin que haya vida humana social. En dos palabras, para que haya sociedad es necesario que haya hombres, pues la sociedad es formada por los hombres relacionados unos con otros.

4.o y 5.o) De que la vida del hombre no se comprende sino como vida social se deduce que la existencia de los individuos "se mueve en el marco de la estructura social, la que es modificada por el hombre". Ahora bien, esa estructura social que puede ser modificada por el hombre existe, fundamentalmente, por **motivos económicos** ya que, así como las condiciones económicas son las que hacen posible la existencia de los individuos, son también, esas mismas condiciones, esto es, la relación entre la producción y el consumo, lo que hace posible la existencia de la colectividad. Todo esto, sin embargo, no está muy claro. Es indudable que la fundamental y exclusiva condición para que exista un individuo es que tenga que comer, para lo cual es indispensable que existan, a la vez, ciertas condiciones de orden económico adecuadas. Sin estas condiciones elementales no puede concebirse la vida de ningún ser humano, y, consecuen-

cialmente, la de toda sociedad o institución que requiere como base la existencia del individuo se hace de todo punto imposible. Pero de que el individuo, por tener boca, no puede vivir sin comer, no se deduce que la sociedad, ficción, entidad inmaterial, sin existencia propia real, tenga necesidad de comer para existir. No es cosa incontrovertible, por lo tanto, que la existencia de la sociedad depende directamente de las condiciones económicas establecidas por la producción y el consumo en sus mutuas relaciones. Estas relaciones pueden ser tomadas en consideración, y las condiciones por ellas establecidas pueden ser indispensables para la existencia de los individuos; pero una vez ésta asegurada, pueden las funciones esenciales de la sociedad ejercitarse y desenvolverse sin que su preocupación fundamental e indispensable la constituyan las relaciones entre la producción y el consumo. La sociedad puede ser concebida con fundamento y directivas que no sean exclusivamente de carácter económico (1).

6.o) Naturalmente, si se da por aceptado que las relaciones entre la producción y el consumo son el indispensable fundamento de la sociedad, debe, también, aceptarse que las transformaciones que a la estructura social aportan los hombres, dependen de causas económicas. Pues bien, nó. El hombre vive y se preocupa de eso, principalmente, se adiestra y se esfuerza para proveer primera y principalmente a las necesidades de orden económico; pero una vez asegurado este fin, divaga, explaya su espíritu en otras actividades sin que, en ellas, tengan nada que ver las preocupaciones de carácter económico, y es en este campo en el que actúan las fuerzas sociales.

Pero dejemos a Seligman y empezemos con Marx.

---

(1) Se puede, naturalmente, suponer que el origen y la existencia de la ley moral fueron precedidos por el concepto de utilidad social formado a su vez por las necesidades económicas. Que en los lejanos comienzos del mundo las necesidades económicas de orden animal fueron las únicas e indispensables, y que la sola preocupación de los primeros habitantes fué alimentarse, vivir, es una opinión que puede ser aceptada sin ninguna dificultad. A falta

"El socialismo marxista, o científico, como Marx l llamaba, se diferencia esencialmente de los diversos t pos de socialismo que lo habían precedido".

Marx ridiculizaba la idea de una organización de la sociedad imaginada en forma de una **cité** perfecta. La tesis fundamental sobre la cual se apoyaba el marxismo era su interpretación económica de la historia (1). "Es ta concepción enseñaba que la organización política y jurídica de la sociedad dependía, absolutamente, de su estructura económica y que nuestro porvenir dependía enteramente de las **tendencias** económicas actuales; que la revolución social no podría por sí sola, ni socializar las industrias dispersas y descentralizadas ni expropiar a las legiones de pequeños propietarios; pero que, e revancha, ningún poder humano podría impedir el advenimiento del socialismo, esto es, la expropiación de los medios de producción por la sociedad tomada como ne

---

de documentos en que apoyarse, podemos servirnos, para el uso de nuestro razonamiento y de los ejemplos que nos proporcionan las razas salvajes que, aun hoy, viven en ciertas regiones del planeta. Pero la tesis de Marx no se contenta con esto. Es una tesis con pretensiones a la universalidad y a la permanencia en el tiempo y en el espacio. Todas las sabias e interesantísimas disertaciones que en el Cap. III de su libro dedica Seligman a la prueba de que el concepto de **pecado** y de **inmoralidad** vino después y como una consecuencia de la **utilidad social**, que a su vez, lo fué de la **necesidad económica**, por la necesidad de vivir y de subsistir, están de más, huelgan en el debate suscitado por la tesis de Marx.

(1) Conviene, ante todo, considerar que la tesis de la interpretación económica de la historia difiere absolutamente de la doctrina social de Marx, esto es, de su **socialismo científico**. La tesis y la doctrina no tienen de común sino el ser de un mismo autor.

"El **socialismo científico** nos enseña que la propiedad privada del capital es una institución cuyo destino es desaparecer; la in**terpretación económica de la historia** trata de mostrarnos la influencia que el capital privado ha ejercido sobre el progreso. El socialismo de Marx, es, como dice Seligman, una doctrina que nos predice lo que va a suceder; el materialismo histórico es una teoría que nos habla sobre lo que ha sucedido.

Se puede, por consiguiente, ser liberal y, al mismo tiempo, aceptar la tesis de la **interpretación** económica de la historia. El socialismo marxista, basado en la teoría de la **plus valía** y el materialismo histórico son, en el fondo "dos conceptos enteramente independientes".

sa, si las tendencias económicas fueran lo que Marx suponía que debían ser en el momento en que elaboraba su doctrina". Según Marx, esas tendencias eran inherentes al capitalismo, arraigaban, por decirlo así, en el corazón mismo del régimen y era inevitable que le condujeran a su propia destrucción.

Esas tendencias son:

1.o) La concentración de la riqueza en manos de un grupo cada vez más reducido de magnates del Capital.

2.o) La rápida concentración de la producción industrial y agrícola, consecuencia de la concentración capitalista de los medios de producción y del maquinismo, lo que ha ocasionado una serie de fenómenos peculiares y ha intensificado los conflictos sociales.

3.o) La desaparición de las clases medias, que es, también, una consecuencia de la concentración capitalista de los medios de producción.

4.o) Derivadas de lo anterior, la proletarización general de las masas y la inevitable y creciente pauperización de esas masas proletarias.

5.o) Como natural colorario de lo antedicho, la lucha de clases que, si en épocas anteriores, no existía o se mantenía en estado incipiente, nació, o creció con la separación de las clases en capitalistas poseedores de todos los medios de producción y en proletarios que solamente poseen la fuerza del trabajo. Con el aditamento de que esa lucha, de local o nacional, ha pasado a tener un carácter internacional.

6.o) La teoría de las crisis comerciales de sobreproducción de una amplitud incesantemente más considerable. El marxismo atribuye el origen de esas crisis y busca su explicación en el régimen de la producción capitalista.

7.o) Por último, la catástrofe final profetizada, el derrumbe inevitable del régimen de producción capitalista ocasionado por la acción simultánea o gradual, entrelazada o separada de todas esas tendencias que, fatalmente, tenía que conducir a la revolución social y a la dictadura del proletariado bajo la cual los instrumen-

tos de producción serían expropiados y la comunidad socialista inaugurada e instaurada.

Hay, con todo, que insistir en que Marx no preconizaba el socialismo porque le atribuyera una superioridad sobre los otros regímenes; el socialismo, en su pensamiento debía ser, (iba a ser), un acontecimiento fatal, inevitable, sólo una consecuencia de las tendencias económicas que, como él lo sostenía, eran inherentes al régimen capitalista. Si esas tendencias no existieran, el socialismo permanecería en la región de los sueños utópicos y vanos, pues le faltaría toda su base económica evolutiva y, de consiguiente, su realización sería una cosa imposible.

Tal es la idea dominante del marxismo: Si no, no como lo expresaba claramente el mismo Marx.

Ahora bien, (lo repito): en este Cuaderno N.o 4 he tratado de mostrar cómo todas esas tendencias en cuya actividad Marx tenía una confianza absoluta, le traicionaron, y cómo, por lo tanto, su tesis de la **interpretación económica de la historia** no obtuvo la consagración de los hechos que él esperaba. La revolución inevitable ha quedado ,por lo tanto, (y de acuerdo con sus propias palabras), reducida a un ensoñamiento utópico.

Y, esto, porque, si fué una cosa evidente que, antes de que el actual régimen económico y jurídico se hubiera más o menos adaptado por sí mismo a las nuevas condiciones y circunstancias originadas por la introducción del maquinismo, aquellas diversas tendencias realmente existían, Marx, cuando formuló su doctrina, no vió (o no quiso ver, u olvidó, enteramente), que, también, existían otras tendencias antagónicas y, principalmente, que la sociedad poseía aptitudes especiales para adaptarse con toda espontaneidad a cualesquiera nuevas condiciones sin recurrir a ningún procédimiento revolucionario.

Creemos que basta con lo dicho y que podemos terminar con el análisis de la importancia que podía prestársele a la intención profética de la tesis de Marx.

Vamos, ahora, a ver cuál es su valor por decirlo así **substancial**. Para ello volveremos a dar una definición de

la famosa tesis marxista y, esta vez, tomada del opúsculo
conocido con el nombre de **Manifiesto comunista**.

"La proposición fundamental del **Manifiesto comu-
nista**, (la biblia del socialismo científico esto es, del Marxis-
mo), es la siguiente: En toda época de la historia el mo-
do dominante de producción económica y de cambio, y la
organización social, que depende, necesariamente, de ese
modo, constituye la base sobre la cual está establecida y
por la cual, solamente, puede explicarse la historia polí-
tica e intelectual de esa época" (1). "Y, no es, únicamente,
para la explicación del pasado para lo que nosotros de-
bemos considerar el modo de producción y de cambio...
Nuestro destino depende y descansa sobre el proceso de
esos modos de producción y de cambio; ellos han decidido
nuestro pasado y ordenarán nuestro porvenir... Esos
procesos determinan, pues, en la actualidad, y continua-
rán determinando en el futuro, todas las complejas rela-
ciones de nuestro estado social, todos nuestros conceptos
ideales" (2).

A esta tesis fundamental acompañan, según Marx (o
pueden deducirse de ella), varios corolarios que forman,
por decirlo así, todo el andamiaje de la doctrina. Ya he-
mos visto en las fojas anteriores de este N.o 1 del Apén-
dice, (y en todas las páginas de este cuaderno N.o 4),
para qué ha servido ese **proceso** como **determinante de los**
acontecimientos económicos pasados, actuales y futuros, y
lo que valen los **corolarios** que, en el análisis que acabamos
de hacer, eran designados por Marx con el nombre de
tendencias del régimen capitalista.

Recordemos, también, que lo que interesaba a Marx
no era, precisamente, una tesis científica que explicara la
historia sino un arma o una excusa dialéctica para la re-
volución política. "**La** interpretación económica de la his-
toria no fué el resultado de investigaciones impasibles";
lo que, en el fondo, y en verdad, interesaba a Marx no
era el pasado sino el futuro, era el porvenir y la re-

(1) Prefacio de Engels al **Manifiesto Comunista**.
(2) Simkohvitch: **Marxismo** contra Socialismo, Pág. 33.

volución social. Marx llamaba a su tesis: "**Una interpretación económica de la historia**, porque, para él, (formado en la escuela de Hegel), pasado, presente y porvenir no formaban sino un sólo y único proceso histórico".

Por fin, conviene advertir que "**la interpretación económica de la historia** sólo puede señalar los cambios que se producen en los hechos y no los hechos mismos. Puede explicar, por ejemplo, una transformación del dogma religioso, pero no la fe, la fe en sí misma" (1).

Hechas las anteriores incidentales observaciones, sigamos ocupándonos de la tesis principal.

Marx sostenía, en un comienzo, que las transformaciones sociales seguían a los cambios económicos en los cuales, según él, todas las **superestructuras de naturaleza jurídica y política**, todas las **fórmulas ideológicas** de la conciencia colectiva eran empujadas, o arrastradas, por las **fuerzas materiales** de la producción. "En esta doctrina el sistema jurídico correspondiente a un cierto modo de producción, no solamente deja de existir, sino que se convierte en algo incomprensible y caduco desde el momento en que el modo de producción cambia".

Pero, y por consiguiente, "no imagina, (Marx), que una nueva organización de la sociedad pueda ser instaurada por la fuerza antes de que la sociedad esté preparada para recibirla". Marx profesa categóricamente que "ningún orden social puede jamás desaparecer antes de que todas las fuerzas productivas que ese orden contiene dentro de sí mismo, se hayan plenamente desarrollado y que ningún sistema más perfecto de las relaciones de la producción puede aparecer antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan madurado en el mismo seno de la vieja sociedad" (2).

Ahora bien, "para la previsión del porvenir, la doctrina de **la interpretación económica de la historia** no es buena sino en el caso en que el factor económico sea el único

---

(1) Las frases entre comillas exponen ideas tomadas de Simkhovitch, **Marxisme contre Socialisme**.

(2) **Contribución a la crítica de la Econ. Pol.**, p. 12.

que debe ser considerado ya que los otros factores de la vida social no cuentan sino como débiles reflejos de las fuerzas productoras (de la **naturaleza naturada**, como diría Spinoza), y completamente incapaces de ejercer una influencia independiente. Entonces, evidentemente, el organismo social se simplifica y la ciencia social puede quedar reducida a una simple mecánica social''.

En este estado las cosas, advino Engels, quien enmendó y transformó la tesis de Marx introduciendo en ella, además del factor económico, factores de carácter geográfico y declarando que, aun la raza era una causa económica y que ''todos los procesos políticos, jurídicos, religiosos, filosóficos, literarios, artísticos, reposan sobre la vida económica''... y que ''todos esos fenómenos reaccionan entre sí, sobre la base misma económica'' (1).

''Las correcciones a la fórmula primitiva de la tesis de la **interpretación económica de la historia** son tan amplias que le hicieron perder todo su carácter primitivo de receta de cocina para rehacer la historia. Su nombre mismo pasó a ser un error pues la influencia de las creencias, etc... fué considerada como una influencia que modificaba la base económica''.

Se formó, en consecuencia, (aun en tiempo de Marx y por la acción de su mismo legatario intelectual), un verdadero baturrillo de la tesis fundamental del socialismo científico. Los propios creadores de la tesis se encargaron de hacer dudar de que el nuevo método por ellos preconizado pudiera ''convertir a la historia en ciencia exacta'' (2). (Es lo mismo que sucedió con el último volumen del **Capital**, de Marx, que hizo fuego contra el primer volumen).

---

(1) Carta reproducida por Seligman.

(2) A este propósito es oportuno citar las siguientes importantes frases de Engels: ''Ni Marx ni yo hemos afirmado jamás que el factor decisivo en la historia es la producción y la reproducción de la vida material''... ''Decir que el factor económico es el elemento único, es convertir la proposición en una frase desprovista de sentido, abstracta, absurda''... Y, concluye: ''La condición económica es la base, pero los elementos variados de la

La tesis de la interpretación económica de la historia perdió su carácter de tesis del orden económico, pues se reconocía "la influencia y el poder independiente de nuestras tradiciones, de nuestras convicciones políticas, religiosas y de nuestras diversas ideologías", a pesar de que aun no ha sido descubierto ningún medio, para apreciar **cuantitativamente** las fuerzas de esos poderes ideales, ya sea de una manera absoluta, ya sea en sus relaciones con el factor económico (2). En tales condiciones y dada la necesidad de tomar en consideración la complejidad de esas *fuerzas*, toda previsión científica de nuestro porvenir permanece como una imposibilidad total. Podemos, evidentemente, de una manera general, discutir las consecuencias probables, desde el punto de vista político y social, de las tendencias económicas actuales" y, así "hacer profecías, pero no existe ninguna garantía de que ellas lleguen a realizarse".

Por la demostración que Marx intenta, por los ejemplos que escoge, por lo que declara y, aun, por lo que supone, aparece con toda claridad que la **estructura económica** por él instituída en factor decisivo de la historia consiste, sobre todo, en los **procedimientos del trabajo de producción**.

El maquinismo es presentado con insistencia, en toda la obra de Marx como fuerza creadora de las sociedades **modernas**.

---

superestructura, las formas políticas, las luchas de clases y sus resultados, las constituciones, las formas jurídicas y, además, todos los reflejos de esas luchas reales en los espíritus de los que en ellas participan, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las opiniones religiosas, todas esas cosas ejercen una influencia sobre el desarrollo de las luchas históricas y, en muchos casos, determinan sus formas'' (x).

Es el sistema de todos estos agitadores: lanzan el disparate y cuando ven las consecuencias cantan la palinodia, lo mismo pasa con la teoría del valor como lo he indicado en páginas anteriores de este cuaderno.

(x) **Der Socialistiche Academiker**. Oct. 15|1895, p. 351 (citado por Seligman).

(2) En resumen y en definitiva, y a pesar de las modificaciones aportadas por Engels, tenemos, pues, que la tesis de la in-

"Las relaciones sociales se encuentran íntimamente ligadas a las fuerzas productoras", decía Marx en una de sus críticas a Proudhon. "Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su manera de producción y, al cambiar la manera de producción, la manera de ganarse la vida, cambian también todas sus relaciones sociales. El molino a mano dará la sociedad con la soberanía; el molino a vapor la sociedad con el capitalismo industrial. Y los mismos hombres que establecen las relaciones sociales en conformidad con su producción material, producen, al mismo tiempo, los principios, las ideas, las categorías, en conformidad con sus relaciones sociales" (1).

Por otra parte, las relaciones de la producción consisten en las que se establecen entre el trabajo y el capital (2) y la propiedad. "El conjunto de estas relaciones es

---

terpretación económica de la historia atribuye toda la vida del pasado, del presente y del porvenir a una sola causa finalmente decisiva de la evolución social, causa que, en última instancia, es irreductible a los intereses materiales, a las condiciones económicas y, a menudo, aun a la técnica de la producción y de los cambios. Esos intereses, esas condiciones, esa técnica, que son corrientemente designadas por el nombre de fuerzas productivas que hacen, deshacen y rehacen las sociedades, ¿cuáles son, en realidad? ¿Son:

"las fuerzas mecánicas de las herramientas?

"o las fuerzas intelectuales y morales del hombre, su saber, su experiencia, su energía, sus virtudes?

"o las fuerzas del capital y del maquinismo a cada momento más potente?

"o la fuerza de la tierra y de sus reservas cada vez más y mejor aprovechadas?

"o las fuerzas de la población y de su densidad siempre más estrechamente aglomeradas?" (Turgeon).

Ni Marx ni Engels definen nada a este respecto ni les importa hacerlo; su único propósito es la agitación. ¡Salud y agitación! La verdad, la idealidad les importan un pito.

(1) Marx, **Miseria de la filosofía**.

(2) Marx se esforzó siempre en cavar un abismo entre el capital y el trabajo. La revolución (la "locomotiva de la historia", como la llama en su estilo cursi), debe "desplomar todo el orden establecido. Marx aspira a la bancarrota, (la desea, la empuja), a la guerra, a la subversión de todos los Estados, se vanagloria de transformar la Europa, de incendiar el mundo" (Turgeon). Es, pues, un energúmeno sádico que ha engendrado sádicos energúmenos.

lo que constituye la **estructura económica** de la sociedad, es- to es, la base real sobre la cual se eleva una **estructura política y jurídica** a la cual responden las fórmulas so- ciales y determinadas de la conciencia"; son las propias palabras de Marx.

Las cosas así expuestas, es el momento de volver a Engels y mostrarlo en su tarea de alteración de las fór- mulas de Marx. Para Engels, la producción sólo no cons- tituía "el **substratum** económico que sostiene el mundo social".

El 25 de Enero de 1894 escribía desde Londres, que a los medios de **producción**, (la base establecida por Marx) había que agregar el aparato de la **circulación**, al herra- mental mecánico de las fábricas los medios de transporte y de cambio. Una vez en este camino, Engels agrega a los medios de la **circulación** las influencias de la **base geo- gráfica** del **suelo** y del **clima**, y, en seguida, las de la **raza**. Así, pues, el factor económico **único**, **necesario**, **fatal**, de Marx se encuentra completado, rebasado, diversificado con elementos naturales como las situaciones geográficas y fisiológicas, como las influencias de carácter étnico, y todo esto, con la circunstancia agravante de que estos nue- vos elementos son **anteriores a los factores** de carácter económico.

Por fin Engels ensancha más aun la estrecha fórmu- la marxista con la introducción de las influencias (1) del medio científico, de las sobrevivencias tradicionales y aun con las del Poder público.

---

(1) A propósito de la influencia del medio sobre el desarrollo del hombre y de las sociedades, es muy interesante hacer notar las incomprensibles actitudes del inventor del socialismo científico.

La consecuencia, (casi podría decirse la incongruencia), de Marx, queda de manifiesto en el caso siguiente: Marx, a pesar de ser uno de los jóvenes hegelianos influenciados por Feuerbach, no aceptó la tesis materialista de este autor que sostenía que los hombres eran el resultado del medio físico, lo que, según Marx era un error ya que el hombre puede cambiar el medio (x). Sin embargo, Marx defiende a brazo partido la tesis de que el hombre es el producto de las relaciones sociales, esto es, del medio social.

''Así, pues..., temeroso Engels de las compresiones de las estrecheces que amenazaban el concepto materialista de la historia, **distiende** los hechos y ensancha la trama hasta dejar pasar a través del tejido, (demasiado apretado por Marx y algunos de sus fanáticos discípulos), a la **tierra** y a la **raza**, al **medio físico y social**, a las potencias de la **tradición**, de la **ciencia** y del **Estado**; y de tal modo que, estiradas y amplificadas en todos sentidos, las **condiciones económicas** concluyen por englobar a **todas** las fuerzas humanas que comprenden **todos los factores** de la vida y, por lo tanto, tienen, y deben explicar todas las variaciones de la historia (1).

Con los manipuleos de Engels la tesis de la interpre**tación económica de la historia**, (y, por supuesto, el concepto extremista **del materialismo histórico**), queda destrozada y reconstituída en una forma antitética. Ya no significa, absolutamente, que toda la historia debe ser explicada sólo en términos económicos, sino que entre las principales consideraciones sociales, el factor importante en el cambio social es el factor económico. **La interpretación económica de la historia** significa, pues, no que las relaciones económicas ejercen una acción exclusiva, sino, apenas, una influencia importante, a la par que otras, en

---

que, también, puede ser cambiado por el hombre. Además, en otro pasaje (xx), sostiene que los hombres hacen su propia historia, pero que no la hacen a su **voluntad** o siguiendo las condiciones escogidas por ellos mismos, sino de acuerdo con las condiciones aceptadas y transmitidas. ''La tradición de todas las generaciones pasadas pesa como una montaña sobre el pensamiento de los vivos'' (xxx). Entonces, no es el hombre el que cambia al medio sino que éste **pesa como una montaña** sobre él. Y este medio es formado por la tradición, y dentro de él, el hombre aparece como un elemento dirigido.

(x) Apéndice al libro de Engels: **Ludwig Feuerbach und der Ausgang der Klassichen deutschen Philosophie**, pág. 80.

(xx) Ob. cit., pág. 26.

(xxx) Seligman, Ob. cit. pág. 43-44.

(1) A mayor abundamiento, ver los ejemplos citados y las consideraciones aducidas por Rocker en el primer Capítulo: **La insuficiencia del materialismo económico**, de su libro: ''**Nacionalismo y Cultura**.

el progreso y estabilidad sociales. En resumidas cuentas, una perogrullada. A todo andar puede concederse que la tesis marxista no ha querido decirnos otra cosa sino lo mismo que, desde hace siglos, nos dijo el aforismo latino: *Primus vivere deinde philosophare*.

Y, antes de terminar, unas pocas palabras sobre la literatura y sentido histórico de Karl Marx.

Para Marx, (en su manía materialista de achicarlo todo a la medida animal de las necesidades digestivas), los grandes hombres de la historia fueron simples productos sociales de las condiciones económicas del momento, esto es, la expresión, únicamente, de una necesidad económica (1).

Por otra parte, Marx, en su afán de encajar a los grandes hombres dentro de su tesis del materialismo histórico, se ve inclinado, casi forzado, a achicarlos y, para ello, a denigrarlos, como un primer tratamiento de disminución de méritos.

La forma, por ejemplo, en que describe la acción y explica la personalidad de Carlomagno, de Bonaparte, de Changarnier es de lo más ridículo que pueda imaginarse: los trata de "personajes mediocres y grotescos".

El criterio y el estilo de Marx han hecho escuela entre los herederos del espíritu de su doctrina; estamos acostumbrados, (o más bien dicho: cansados), de oír a los corifeos y satélites socialistas en los chociones y asambleas de las militancias rojas y, aun, en las cámaras; y, también, de leer las cursilerías ofensivas y arrogantes que derraman en los diarios y revistas del Partido. Los insultos soeces, la denigración sistemática de los adversarios, el ataque chacotero a todos los valores sociales y políticos tradicionales, la total irrespetuosidad para todas las categorías

---

(1) Según el dicho de Helvetius, a esos grandes hombres si no los inventaba. Pero la originalidad de Marx es un mito. Como una rata de biblioteca, su habilidad consistía en pescar las ideas en todas partes; comenzaba por deteriorarlas y, en seguida, las transformaba hasta convertirlas en peligrosas inmundicias.

con la voz de orden. El tono, pues, de la diatriba de Marx contra los grandes hombres, es el modelo para la propaganda del socialismo. Es, además, el complemento natural de la concepción **materialista**, de la **interpretación económica de la historia**. Imploro perdón para mi osadía al hablar así de una personalidad que, a pesar de sus errores y perniciosa influencia, pasa, (o es tenido), sin embargo por una destacada personalidad en el campo de las ideas. Sírvame de atenuación la osadía e impetuosidad con que el mismo Marx trata a los hombres que, en todo sentido, valen más que él; ¡donde las dan las toman! Del mismo modo, esto es, con la misma apasionada intención con que Marx empequeñece y denigra a los grandes hombres, subordina las ideas, y los sentimientos y los intereses subconscientes de las masas a las condiciones económicas del momento dado. Su interpretación de los hechos, por lo tanto, es también errónea y forzada por la manía doctrinaria. De acuerdo con las conveniencias de su tesis, proclama que la pequeña propiedad de la campiña francesa languidecía en la miseria, aplastada por las hipotecas y los impuestos, lo que debía, necesariamente, acarrear la caída del imperio de Luis Napoleón.

Profeta fracasado, falsificador de la historia, sus errores intencionados, (tan serena y minuciosamente analizados por Turgeon), lo colocan en la más lamentable situación de falsario a que se haya visto condenado escritor conocido.

En resumen, las actitudes de Marx, por su vehemencia para falsear los acontecimientos, desfigurarlos, empequeñecerlos con el fin de poder, así, encajarlos dentro de su tesis, se nos figuran los ademanes del viajero que, apurado por la partida, se afana por meter, a empujones, en la maleta, todos sus **chilpes** aunque no quepan en ella, y trata, en seguida, de cerrarla sentándose encima, a la vez que tira y sacude las correas hasta hacer saltar las visagras y hebillas.

No es menos, (si no lo es más), falsa y mal intencionada la descripción que Marx nos ofrece de la sociedad

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

capitalista (1). Esta descripción es una verdadera parodia a la que sólo falta la música para ser igual a las operetas de su compatriota Offenbach, (la Gran Duquesa de Gerolstein, la Bella Helena, Orfeo en los infiernos), que levantaban tempestades de hilaridad en los públicos europeos de la mitad del siglo XIX. Eso no es historia sino chismografía al uso de los traficantes políticos y para engaño de los populachos explotados por aquéllos. A los ridículos procedimientos de investigación e interpretación sistemáticos empleados por Marx, corresponde la cómica gravedad de muchos comentadores y tratadistas que, con una seriedad olímpica, se ocupan de todas esas imbecilidades, disertan doctoralmente sobre ellas y esperan **abobaliconados** el advenimiento de la gran farsa anunciada por el eminente pseudo-profeta. Los únicos que le veneran hoy y creen comprenderle son los Lenin, Stalin, Bela Kun, Trotsky y demás sujetos que integran la pandilla de criminales políticos que han pesado sobre los destinos del mundo.

II.— A PROPOSITO DE K. MARX

1) Algunas ideas y consideraciones relacionadas con la teoría del VALOR y de la SUPERVALIA

A). Marx, en su afán de formar casilleros y de llenarlos, más o menos bien, con los acontecimientos reales de la historia económica, (la cual, para los efectos perseguidos, inventa y desfigura a su antojo), nos refiere que desde los comienzos de la éra capitalista, el intercambio

---

(1) Engels, por su lado, sigue los pasos de Marx. Son innumerables los errores y disparates en que incurre a cada paso el heredero intelectual de Marx, en sus piruetas para probar la verdad de la tesis fundamental del marxismo: **la interpretación económica de la historia**. Baste, a modo de ejemplo, su grotesca explicación de las causas de la Reforma y consultar las atinadas críticas de G. Lea en su libro: **The eve of reformation**, dedicadas a [illegible] de sus errores; la ridícula explicación económica de la predestinación que nos da en **Socialismo utópico y socialismo científico**

reviste dos formas diversas: la forma **inmediata** cuya expresión es el siguiente ciclo: **mercadería — dinero — mercadería**, y la otra, (que llamaremos **mediata**), cuya expresión consiste en el ciclo: **dinero — mercadería — dinero.**

La primera tiende a reemplazar una mercadería (considerada en atención a su valor de uso), por otra mercadería, esto es, consiste en una operación cuyo interés es la substitución de un objeto destinado a cierto uso por otro que sirve para otro uso. En esta operación se cambian dos objetos que tienen un valor igual y la cosa no pasa de allí.

La segunda forma encara, no la circunstancia de vender algo que no se necesita, para comprar otra cosa que se necesita sino la de **comprar para revender**, teniendo en vista una ganancia repetida indefinidamente. Así, pues, el dinero es echado a la circulación, en esta segunda forma, por su poseedor, con el propósito de ser recogido, con un aumento, al término del proceso económico. Todo el dinero empleado en este proceso es lo que Marx llama **Capital**. Esta segunda forma, o movimiento, comienza, pues, y termina, por y con el **dinero**. El interés de la operación no se concibe sino en el caso de que la cantidad de dinero obtenida o **recogida** sea **más grande** que la **dada** o **adelantada**. Cambiar cierta cantidad de pan por otra cierta cantidad de vino **del mismo valor**, es una operación útil para ambos **cambistas**, pues, uno necesita pan y el otro vino y se acuerdan en consecuencia; pero cambiar 100 pesos por otros 100 pesos sería una vana operación: Quien arroja 100 pesos en la circulación de los cambios no lo hace sino para recoger 105 ó 110 pesos; y ese exceso de 5 ó 10 pesos es lo que constituye una **supervalía.**

El anterior esquema es sólo una treta urdida por Marx. Para uno de los traficantes la cosa se presenta así; mas para el otro se presenta a la inversa. Para uno, el ciclo comienza por **mercadería** y concluye por **mercadería** teniendo el **dinero** al centro, y para el otro el ciclo co-

mienza por **dinero** y concluye por **dinero** teniendo la **mercadería** al centro. Pero, como estas operaciones trifásicas tanto en la antigüedad, (época del valor de uso), como en la actualidad, (época del valor de cambio), los cambios, no se ejecutaban ni se ejecutan entre dos personas sino entre varias, el proceso de los cambios no puede ni debe, honradamente, detenerse en el tráfico realizado entre dos personas. Tanto en la antigüedad como en la actualidad, con menor extensión antes y con mayor hoy, unos venden y otros compran, unos entregan mercaderías y otros dinero y cada cual compra lo que necesita y vende lo que le sobra. El proceso, en la antigüedad, (cuando imperaba el valor de uso, esto es, cuando según Marx, se producía no para comerciar sino para consumir y cada cual cambiaba la mercadería que fabricaba por otra que necesitaba para consumirla), se realizaba, según lo dice Marx en esta forma: Mercadería — Dinero — Mercadería. Muy bien; pero el comerciante-productor que recibía dinero ¿qué hacía con él? ¡Lo empozaba? Tal vez y, entonces, el proceso no era trifásico. ¡Compraba o lo cambiaba por otra mercadería! Entonces el proceso adquiría la forma que Marx atribuye a la época actual, (época del valor de cambio, en la que se produce para comerciar y no para consumir), esto es: dinero — mercadería — dinero. Toda la intencionada treta de Marx consiste en fijar el momento en que le conviene iniciar y terminar dicho proceso, es decir, convertirlo de dinámico en estático. Lo repito: en toda época, ya sea en el **trueque** o en el **cambio**, esto es, ya predomine el deseo de consumir o el de comerciar, han siempre actuado el valor de uso, factor personal, psicológico, basado, principalmente, en la utilidad y el valor de cambio, factor real, basado, principalmente, en la rareza. Lo único que ha variado es la importancia de este último factor debido al crecimiento de la producción y a la extensión de los consumos. En la antigüedad, por la dificultad de las comunicaciones el comercio era restringido y, además, el numerario era escaso y variado, esto es, poco uniforme; no existía una moneda general

mente aceptada y establecida y bien permanentemente relacionada entre las diversas regiones productoras. Todas estas circunstancias hacían que se practicara de preferencia, el **trueque** y, por lo tanto, que, aparentemente, el ciclo tuviera la forma trifásica expuesta por Marx: mercadería — dinero — mercadería. Pero, en realidad, lo que pasaba era una operación bifásica: mercadería — mercadería ya que en el **trueque** no tenía para qué intervenir el dinero y, puesto que, si intervenía, como ya lo he dicho, el proceso continuaba sin terminar en mercadería, no siendo el dinero un producto de consumo sino de tráfico que seguiría cambiándose por mercaderías hasta empozarse, esto es, atesorarse, en cuyo caso no servía para nada.

El razonamiento de Marx, es, pues, como lo he dicho, una treta que solamente ha podido ocurrírsele a un larático intencionado y que, con propósitos no económicos, sino políticos, fabrica teorías sentado frente a su escritorio.

B. — Hemos visto en las primeras líneas del párrafo anterior A), que Marx no aceptaba que una persona avanzara $ 100, con el objeto de recoger $ 105 o $ 110. Esa diferencia de 5 ó 10 pesos, es, según el criterio marxista, un robo; es lo que se llama **supervalía**. Esta afirmación, (porque es sólo una simple afirmación), merece algunas consideraciones. En esas imaginadas épocas del **valor de uso**, cuando el comercio era incipiente o no existía, cuando por la escasez de circulante o por lo que sea, se supone que sólo se practicaba el **trueque** y, por lo tanto, los individuos cambiaban los objetos por su valor real, o sea, por su justo precio, y los consumían sin que pasara por sus mentes la idea de obtener ganancias o beneficios en sus comunes y frecuentes intercambios, nadie, me parece, a pesar de todas esas bíblicas fantasías marxistas, cambiaría un pan por otro pan, un litro de vino por otro litro de vino. Eso, antes como ahora, no sería sino una tontería. Lo que pasaba entonces, como pasa hoy, es que alguien que tuviera panes de más o un litro de vino seco que no le cayera **bien** al estómago, y deseaba cambiar esos panes

o ese litro de vino por otro litro de vino dulce, por ejemplo, que le **probaba** mejor, buscara con quien hacer su negocio o cambio. No sé si Marx o los marxistas tengan datos estadísticos incontrovertibles de esas épocas lejanas que les permitan asegurar, con su acostumbrada contundencia, el hecho de que en el caso expuesto los panes y el vino no se trocaban por su justo precio o valor. ¿Cuál era, en ese momento, **el justo precio** de esos objetos? ¿Ninguno de los dos tratantes podía tener en la cabeza la idea de una ganancia, esto es, de obtener más panes o más de un litro de vino seco por el litro de vino dulce que necesitaba el que venía a proponerle el trueque? Sin datos exactos, sin estadísticas que los marxistas no presentan, lo lógico es pensar que las cosas pasarían entonces, en el caso que estudiamos, poco más o menos como pasan hoy. Esa ganancia de que abomina el semita puritano Marx, debió, a ciencia cierta, figurar, en una u otra forma, en el trueque por verificarse. Nada nos indica que los hombres primitivos pensaran de otra manera que como piensan hoy los hombres del abominable capitalismo. En una y otra época la ganancia la constituye el placer que proporciona la satisfacción de los deseos que, por la diferencia de los objetos intercambiados, van a obtener uno y otro de los intercambistas. A valor igual, el **justo precio** no está en las cosas como lo supone o pretende Marx, sino en la psicología de los individuos. Y ese valor, ese exceso de valor que les da a las cosas la vehemencia de los deseos es el que, entonces, (como en todas las épocas históricas) debió despertar el interés por los trueques o intercambios y es el que hoy se expresa en el aumento de moneda que recibe uno de los tratantes.

Abordemos el problema desde otro punto de vista. Un comerciante invierte $ 1,000, en la compra de papas recién cosechadas, las acarrea, las guarda en bodegas que no se han hecho solas, las revisa periódicamente para que no se pudran ni agusanen, corre el riesgo de que se las roben o se desvaloricen, etc., etc. Todo esto, en sana lógica, lo autoriza para venderlas cuando se presente la oportunidad en $ 1,050 o $ 1,100. Según el proceso capi-

talista del régimen del **valor de cambio**, expuesto por Marx y que se enuncia en la fórmula: **dinero — Mercadería. — Dinero** ¿el comerciante no tiene derecho a recuperar sino sus $ 1,000, pues, de lo contrario, la operación constituye un **misterio de iniquidad?** ¿Acaso ese comerciante, que avanza esos $ 1,000 que con toda probabilidad son ahorros de un trabajo anterior, no tiene derecho a recuperarlos con la adición de los gastos de bodega, cuidado y vigilancia y, además, (¡fijarse bien!), con la de pagarse a sí mismo, cómo obrero de sí mismo, el tiempo gastado en la espera, los sufrimientos por los riesgos corridos, la justa participación que debe, con toda justicia, corresponderle por las facilidades que van a tener los que se comerán las papas sin haberse arriesgado ni mortificado en nada? Según la mentalidad marxista ese hombre es un especulador, un capitalista explotador.

C. — La **supervalía** es una tesis creada por uno de los más curiosos artificios conocidos en el campo de las divagaciones intelectuales.

1.o) En primer lugar se toma como punto de partida la teoría del valor marxista que es constituída por el siguiente razonamiento:

a) Las cosas, (mercaderías), que son materia de cambios, (que tienen, como se dice, un valor de cambio), deben poseer entre ellas una calidad común, que pueda ser objeto de comparación y, por lo tanto, sobre la cual sea posible establecer la relación de importancia que existe entre ellas.

b) Ese carácter común no puede ser otro, dice Marx, que el resultado de una inversión, por decirlo así, de trabajo humano. En una palabra, su **substancia** está constituída por el trabajo que se gastó en producir la mercadería.

c) Por lo tanto, la medida del valor de cualquiera mercadería no es ni puede ser otra cosa que la cantidad de trabajo empleado en la fabricación.

d) Pero ese trabajo empleado en la creación de un objeto útil no debe ser considerado, únicamente, en forma

aislada, esto es, tomando individualmente cada mercadería y la cantidad de trabajo gastada en ella, sino que es indispensable fijar una cifra término medio, esto es, el trabajo **socialmente necesario** lo que, según Marx, significa el trabajo que se necesitaría para producir tal o cual mercadería, en las condiciones corrientes, que podríamos llamar **medianas**.

Este tejido de enredos y de postulados fantásticos, fabricado sobre una frase aislada de Ricardo y que es explotada con cierta perversa habilidad, ha sido analizado y enteramente destruído por la crítica.

2.o) Sentada la absurda teoría, Marx se aplica a descubrir cuál es el valor de esa curiosa riqueza que se llama la **fuerza del trabajo** y dice: "El valor de la **fuerza - trabajo** es determinado, como el de cualquiera otra riqueza, por el tiempo necesario para su producción. La **fuerza de trabajo** no es sino la capacidad, o sea, el **poder de vida** del individuo... Para mantener este **poder de vida**, el individuo necesita cierta cantidad de medios de subsistencia. Por consiguiente, el tiempo de trabajo necesario para producir **la fuerza de trabajo**, queda reducido a lo que se necesita para producir dichos medios de subsistencia, o sea, dicho en otros términos: el valor de la **fuerza — trabajo** manual es el valor de los medios de subsistencia necesarios a la conservación del obrero" (1).

3.o) Ahora bien, los valores que crea la **fuerza de trabajo** son superiores a los valores de los productos necesarios para mantener esa **fuerza de trabajo** en las condiciones indispensables para que pueda ejercitarse.

4.o) Por lo tanto, esa **fuerza de trabajo** vale más que el precio que los compradores pagan por ella.

5.o) En resumen: Como la mercadería no puede valer más que el trabajo en ella incorporado por el obrero al fabricarla, y, como es vendida por el industrial a un precio mayor que el monto del salario pagado, esa diferencia constituye una expropiación de un dinero que en justicia pertenece al obrero.

---

(1) Marx, El Capital, t. I, pág. 149.

Marx trata de completar la prueba de este artificio de ideas, (nada más que de ideas), enfrentándolo con la realidad; y lo hace del modo más inocente y divertido del mundo: se lanza en una divagación en la cual emplea los verbos en su forma hipotética, abusando de los copretéritos; en una palabra: recurre al fácil y engañoso expediente de las suposiciones. Así dice: "El trabajador manual **podrá** por ejemplo, trabajar y producir durante doce horas **diarias**, en tanto que sólo seis horas **bastarían** para producir lo que **necesitaría** para mantenerse". De lo cual Marx pretende deducir que el patrón que le paga al obrero apenas lo que le alcanza a éste para vivir, para no morirse de hambre, esto es, sólo 6 horas de trabajo, se apropia de la utilidad creada por aquél durante las otras 6 horas. ¡La prueba de todo esto! Hay que pedírsela a Muñoz.

D.— Todos los razonamientos de Marx para probar la realidad de la **Supervalía** se encuentran basados exclusivamente sobre asociaciones de ideas. Todos los términos empleados por él en el desarrollo de su tesis: **Supervalía, sobre trabajo,** explotación del trabajador etc., no son sino expresiones lanzadas sin base alguna en los hechos ni en el razonamiento, y con el único propósito de crear por asociaciones de ideas, una atmósfera de condenación del régimen capitalista y de odio sobre las clases que se indican como las explotadoras del trabajo de los obreros.

Marx dice: (1) "La producción de **Supervalía** no es sino la producción de valor, prolongada más allá de cierto punto. Si el proceso de trabajo no dura más que hasta el momento en que la fuerza de trabajo pagada por el capital es reemplazada por un nuevo equivalente, entonces hay simple producción de valor; cuando sobrepasa ese límite, hay producción de **Supervalía**"... "el **sobre trabajo** es el trabajo necesario para producir la Supervalía". Y nada más; eso es todo: **Marx** dijo: "Hágase la **Supervalía**" y la **Supervalía fué.**

En seguida Marx, a fuerza de ejemplos imaginados **ad hoc**, pretende probar, por asociaciones de ideas, que

---

(1) El Capital.—I.—pág. 83.

"más de la mitad de la jornada de trabajo de un obrero es destinada a la producción de una (cosa: [illegible]) diversas personas se repartan entre ellas con diversos productos" (1).

---

2) { **A.—El trabajo socialmente necesario.**
B.—El trabajo exclusivo creador de la riqueza.

A.—¡**El trabajo socialmente necesario**! ¡La fuerza media social!! Es preciso leer al mismo Marx para apreciar la vacuidad de estos **slogans**, tomándolos, por decirlo así, en su misma fuente. Dice Marx: (2) "Se podría imaginar que, si el valor de una mercadería es determinado por el **quantum** de trabajo gastado durante su producción, la mercadería fabricada por un hombre perezoso tendría más valor que otra, por el hecho de haberse empleado más tiempo en su fabricación. Pero el trabajo que forma la substancia del valor de las mercaderías es trabajo **igual o indistinto**, es un gasto de la misma fuerza. La fuerza de trabajo de la sociedad toda entera, y que se manifiesta en el conjunto de los valores, no cuenta, por consiguiente, sino como fuerza única, aun cuando se encuentre compuesta por innumerables fuerzas individuales. Cada fuerza de trabajo individual es igual a cualquiera otra fuerza de trabajo, en cuánto posee el carácter de una **fuerza social, término medio social** y porque funciona como tal, es decir, que no emplea o gasta, en la producción de una mercadería, sino el **tiempo necesario término medio**, o sea, **el tiempo de trabajo socialmente necesario**" (3).

Pareto comenta la frase anterior en la siguiente forma:

"Conviene tomar nota de toda esa fraseología, de ese chaparrón de términos vacíos de todo sentido y que hacen perder de vista el punto esencial de la cuestión: ¿En qué consiste ese **trabajo igual e indistinto**? ¿Cómo debe

---

(1) **El Capital**.—I.—pág. 94.
(2) **El Capital**.—I.—pág. 15.
(3) Yo subrayo.

mos manejarnos nosotros para juntar, para poner codo con codo el trabajo de Miguel Angel con el de un escultor incapaz y obtener **un trabajo igual e indistinto? El** trabajo de Molière y el del abate Cotin ¿eran iguales e **indistintos?** En todo caso sus productos, (o resultados), fueron bien **distintos.** ¿Sería, siempre, indispensable buscar el término medio entre estos dos productos? ¿Cuál sería ese monstruo? ¿En qué consiste la fuerza de trabajo de la sociedad entera? La cosa podría comprenderse si únicamente se tratara de un solo y mismo trabajo que no exigiera sino una fuerza material. Todos los hombres de una sociedad ocupados en bombear el agua, levantar tanta agua a una altura determinada, esto es, producir cierta cantidad de kilográmetros: hé ahí la fuerza de trabajo de la sociedad. Pero cuando se trata de trabajos heterogéneos, ¿cómo podríamos clasificarlos conjuntamente? ¿Cuál es la **fuerza de trabajo** de una colectividad compuesta de un Alejandro Dumas y de un copista, de un Pasteur y de un cazador de topos, de un Edison y de un idiota''? (1) Hablar, pues, de una **fuerza media social** es perder el tiempo en charlatanerías.

B.—Si el trabajo es el único creador de las riquezas, si el esfuerzo de los obreros es la causa exclusiva de los productos, bien pudo un orador, dirigiéndose a un auditorio compuesto de obreros proferir, en medio de estruendosos aplausos, las siguientes máximas (2).

''Hace un momento, en mi camino hacia este lugar de
“ reunión en el cual os dirijo la palabra, mis miradas, en
“ la calle, fueron atraídas por un brillante coche que pa-
“ saba a mi lado; dentro de él habían dos damas deslum-
“ bradoramente ataviadas. ¿Quién fabricó ese coche?
“ Vosotros. Y esas suntuosas vestimentas ¿quién las hi-
“ zo? También vosotros. Y, sin embargo ¿acaso vuestras
“ mujeres tienen coches así a su disposición, llevan aca-
“ so, vestimentas perecidas? Seguí detrás del coche y lo
“ ví detenerse delante de una grandiosa residencia con un
“ pórtico imponente. ¿Quién construyó esa mansión? Vo-

---

(1) Pareto. **Les Syst. Soc.** T. II, pág. [illegible]

(2) Citado por W. H. Mallock.

“sotros. ¿Acaso tenéis, vosotros y vuestras mujeres iguales habitaciones?”

¡La arenga anterior fué **espichada** por Marx, por algún marxista, por cualquier otro demagogo? ¡Qué esperanza! Óiganlo bien todos... y váyanse de espaldas cuantos lo lean, inclusive el Santísimo Padre que promulgó la Encíclica Q. A. en cuyo N.o 54 se dice que “según el principio de la escuela liberal vulgarmente **llamada manchesteriana**... toda la acumulación del capital cedía en provecho de los afortunados y que por la misma ley (principio) los obreros estaban condenados a la pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasísimo”. Pues bien, el orador en cuestión es nada menos que John Bright, uno de los más insignes manchesterianos! ¡Qué tal? **La escuela liberal vulgarmente llamada manchesteriana** ¿no profesaba entonces el principio que le atribuye la Encíclica? Que Roma revise la ficha de sus informaciones. ¡Allá ella! Lo que por el momento a mí me interesa es mostrar la insensatez demagógica que revela la peroración que he citado; la inconsistencia de las intenciones que inspiraron las preguntas de Bright no resisten al más elemental análisis. Veámoslo.

1.o) Los obreros fueron los que fabricaron el brillante coche y las suntuosas vestimentas y quienes construyeron la grandiosa residencia. ¡Muy bien! ¿Suministraron ellos, también, los materiales? Es de suponer que J. Bright al decirles a los obreros que le escuchaban que ellos fabricaron el coche y las vestimentas y construyeron la mansión, haya querido, también, referirse al trabajo de aquellos otros obreros que prepararon la seda, los telares, la madera, el mármol, las piedras, las maquinarias, etc., etc. Pero, en último término J. Bright era demasiado inteligente, (a pesar de su **espiche** demagógico político), para que podamos suponer que él podía creer que los gusanos de seda, el cuero, la madera, el mármol, las piedras eran producidos por el trabajo. En todo caso, esos materiales han sido comprados, pagados o robados, pero no aportados por los obreros que fabricaron el coche y las vestimentas y construyeron la residencia.

2.o) Al decir, pues, que el trabajo es la única causa

de la riqueza, debe entenderse que es sólo en el sentido de ser la única causa **del lado del hombre**. Las otras causas son: el suelo, el clima, la situación geográfica, la distribución de los materiales, etc.

3.o) Descartado este error o confusión, se puede observar que, aun en lo referente a la participación que puede corresponderles a los obreros por el empleo de sus actividades, (o sea, su trabajo), en la fabricación o construcción aludidos, han sido remunerados de común acuerdo, lo que, lógicamente, destruye el carácter de exclusividad que se pretende darle a su trabajo.

4.o) Por otra parte, se califica de **brillante** al coche, de **suntuosas** las vestimentas, de **grandiosa** la residencia. Se trata, en consecuencia, de muebles caros, de ricos atavíos, de artística mansión. Los obreros, por sí solos, reducidos a sus propios recursos, inteligencia, educación, ¿pueden realizar esas maravillas? La experiencia no nos lo enseña.

5.o) Por el contrario, vemos que con los mismos materiales, con iguales elementos se fabrican carricoches o carretones ordinarios, se confeccionan trajes ridículos, se levantan casuchones apenas habitables y sin ninguna atracción.

6.o) Para que esos obreros puedan, por lo tanto, fabricar y construir esos tipos de riqueza y de lujo, es necesario que su trabajo sea conducido de cierta manera y por designados especialistas, ingenieros y artistas. Es una cosa que se ve todos los días.

7.o) Estos especialistas son magníficamente remunerados. Sin ellos, lo repito, los obreros manuales a quienes habló J. Bright habrían fabricado o construído objetos de poco valor, por no decir **mamarrachos**.

8.o) Por fin, para todos esos gastos se necesita que haya ricos, amantes del fausto y de la elegancia.

¿Vale la pena alargar este análisis? Los que quieran leer más extensos y completos comentarios sobre esta cuestión primordial del socialismo sedicente científico, sobre la que bien podría ser llamada la **tesis crucial** del Colectivismo, encontrarán amplias disertaciones en las

obras de W. H. Mallock, sobre todo en **A critical examination of socialism** y en la que trata sobre la Igualdad social y que ha sido traducida al francés por J. R. Salmon (Firmin Didot 1883).

---

3) Una explicación de la influencia y extensión del marxismo

Si Marx, pues, no es sino un agitador político apasionado que razona sobre prejuicios por medio de erróneas asociaciones de ideas, continuamente expresadas con fraseologías vacías de todo sentido ¿por qué, entonces, se le estudia, analiza y critica con tanto denuedo? ¿Por qué se le combate con tanto encarnizamiento? ¿Cómo se explica su enorme e incontrastable influencia en el movimiento social contemporáneo? Pues, por eso mismo. Su influencia, innegable, su enorme peligro proceden, precisamente de su vaguedad, de su vacuidad, de sus prejuicios, de su apasionado sectarismo. Un ejemplo bastará para explicarlo. Se trata de la **Supervalía**, de ese monumento de palabras, de suposiciones, de sofismas que se ha levantado sin base alguna en la realidad de los hechos y que, a pesar de ello, ha dado lugar a toda una escuela de filosofía social y de acción política. (1)

Expliquémoslo:

La tesis de la **Supervalía**, extraída de las vaguedades venenosas del libraco de Marx, se ha derramado en los campos de la política popular, donde ha hecho brotar las más extrañas interpretaciones y las más peligrosas pretensiones.

---

(1) El caso es muy curioso, además, desde otro punto de vista. Como se ha dicho, Marx sostuvo que todos los cambios sociales y todo el imperio de las ideas estaban subordinados a las transformaciones de la vida económica. Las ideas, las costumbres, las modificaciones de la vida social dependían absolutamente de las fuerzas de orden económico. Pues bien, el caso de la **Supervalía** nos muestra lo contrario. En su origen, es un disparate que se le ocurrió a Marx; es, (si queremos, por un momento hacerle este honor) una idea, y, a pesar de Marx y de su doctrina, está en camino de modificar las relaciones económicas de la sociedad y, esto, en contra de la lógica y de los hechos.

Así, en una hoja inglesa de propaganda obrera (1) puede leerse lo siguiente:

"El obrero recibe un jornal de £ 2 semanales por 48 horas de trabajo y, supongamos que los objetos por él fabricados se realizan en el mercado por £ 8.

"Tenemos, por consiguiente que hay una diferencia de £ 6 entre el valor del poder del trabajo del obrero y el valor de los objetos por él fabricados. Estas £ 6 el bondadoso capitalista se las **embolsica** como si tuviera algún derecho sobre ellas. ¿De dónde provienen esas £ 6 de exceso?

"La totalidad del valor representado por las £ 8 fué creado por el obrero; pero, sometido a las condiciones de esclavo — asalariado, el obrero es obligado a dar las horas de ese exceso de valor al capitalista. Ese exceso de valor, del cual el capitalista se apropia, comprende la renta, los intereses y los beneficios".

Tal es la doctrina o, según dice Cox, la locura de Marx, tal como es comprendida y se pretende realizarla.

Todas esas aseveraciones son, sin embargo, falsedades.

1.o) Se supone que al obrero se le dan £ 2 como participación en el valor de venta de una cosa que se enajena por £ 8, con el manifiesto propósito de hacer creer, (o aceptar), que al obrero, solamente le toca el 25 % del valor de cambio de lo fabricado. Ahora bien, en la misma época (1913) en que esas suposiciones malamente intencionadas se echaban a correr, la participación del trabajo, en Inglaterra, era del 75 % de los precios de venta y, en Julio de 1919, subía hasta el 86% (2).

2.o) El mal intencionado error en que incurre la propaganda marxista al decir que al obrero solamente le toca la cuarta parte del precio en que es vendida la mercadería a cuya fabricación él concurre con su fuerza de trabajo, es poca cosa si se compara con la falsedad fundamental económica que contiene la proposición de que todo

---

(1) Ver el panfleto publicado en Mayo de 1918 por la **Plebs League**, (rama de Glasgow), con motivo del centenario de la muerte de Marx.

(2) Ver la exposición de Sir Auckland Geddes en la Cámara de los Comunes. — Julio 14 de 1919.

el valor es creado por el obrero. Es cosa evidente, observa H. Cox, (y debe serlo aún para aquellas mentalidades que posean siquiera un adarme de razón o de buen sentido), que, cuando un labrador ara un terreno, una parte de los valores que se obtiene corresponde al que proporciona el arado y los caballos o la fuerza que lo pone en movimiento. Cuando un mecánico fabrica un riel manejando las palancas que actúan sobre un martillo a vapor, es indudable que una parte del precio en que el riel se vende corresponde al propietario del martillo que no ha sido ni inventado, ni comprado por el obrero mecánico que lo maneja; y, esto, sin tomar, por el momento, en cuenta el valor del fierro, el del terreno sobre el cual está instalado el martillo y el de los edificios que lo resguardan. Esta parte que, después de las rectificaciones del N.o 1, alcanza, (ella sí), apenas, al 12% de los precios de venta, esto es, a menos de la cuarta parte que se atribuía al obrero, es lo de que, según los marxistas, se apodera el capitalista con el nombre de renta, intereses, beneficios.

Las ideas de Marx, son pues, sencillamente, engendradoras de estupideces catastróficas.

III.—LAS CRISIS

No podríamos decorar más elegantemente la portada, esto es, la primera página de esta breve disertación sobre **Las crisis**, que con la traducción completa de las hermosas frases de Rougier, en las páginas 1101 de su libro: **Les mystiques économiques**:

"En el lenguaje corriente se llama **crisis** el período de depresión que inevitablemente sigue a la faz de alza especulativa y de inflación del crédito. Como con tanta exactitud lo ha escrito Simiand, todos los momentos de este doble proceso, unos y otros, son regulares y normales. Querer impedir la depresión que sigue a una inflación del crédito que conduce a una plétora de inversiones, es querer impedir que el reflujo siga al flujo de una marea equinoccial. No solamente la faz de depresión de

be seguir al período de exuberancia con el carácter de un saneamiento necesario, sino que las crisis son la consecuencia inevitable de los cambios demográficos, sociales, políticos, jurídicos, intelectuales y morales de una época. En su libro **El salario, la evolución social y la moneda,** Francisco Simiand nos ha mostrado que la alternación de los períodos de alza y de baja es tan necesaria al organismo económico como lo es el retorno de las estaciones a la salud corporal. Son las *rupturas de equilibrio* las que constituyen el resorte del progreso humano; casi siempre la **invención** es hija de la **necesidad**. Además, esas **rupturas de equilibrio** son las que arrancaron a la humanidad de una estagnación estúpida; así como la fuerza de gravedad ha modelado la superficie de la tierra, los contrastes, las crisis, en el curso de la historia han formado el rostro de la humanidad. Los peregrinos y los gastadores que civilizaron el **Far West** no hubieran abandonado su país natal si la persecución religiosa y la miseria no los hubiera obligado a ello. Ahora bien, sin peregrinos y gastadores, los Estados Unidos ¿habrían sido otra cosa de lo que son: un inmenso depósito de trigo y de capitales en donde Europa encuentra los recursos para cubrir el deficit de sus cosechas y los préstamos indispensables a sus inversiones? No son cosas deseables ni la igualdad de las condiciones ni su estabilidad. La flauta de Pan no cantaría si todos sus tubos fueran iguales. Es la desigualdad de las condiciones lo que crea la emulación, a la cual se debe el esfuerzo de cada uno para sobrepasarse. La imagen del progreso no es la flecha de Zenón que, al volar, permanece inmóvil; es la flecha de Evandro que sube y sube, que se aleja siempre más hasta convertirse en estrella".

Ahora... pasemos a la aridez de mi breve exposición... Perdón y... paciencia.

---

1) Definición de las crisis

"Las crisis consisten en una descompaginación momentánea del engranaje económico, a causa de que la salida (de las mercaderías, de los productos, esto es, su colocación en el mercado, o sea, el consumo), se restringe considerablemente respecto a categorías importantes de los productos, lo que, por repercusión entorpece la salida de todos los demás". (Leroy-Beaulieu). En una palabra "las crisis **comerciales o económicas generales**, resultan de una descompaginación del aparato de la circulación y de una falta de equilibrio entre el *consumo* y la producción".

"Una crisis no es un problema, es un orden de hechos, una concurrencia de circunstancias deducidas de errores, más o menos lejanos. No se trata de resolver una cuestión sino de remontar una corriente. La vuelta à la vida normal, al equilibrio, es el resultado de una vida laboriosa, de la aglomeración de numerosos esfuerzos individuales dé adaptación. Las fórmulas curativas, radicales y grandiosas pertenecen a las regiones de la astrología". (1)

2) Su clasificación

Las crisis han sido comúnmente clasificadas en dos categorías:

A.) Las crisis **comerciales o financieras** cuya característica consiste en períodos de depresión y de dificultades que suceden a otros períodos de exaltación provocados por un espíritu exagerado de aventura y por el abuso del crédito.

B.) Las crisis **económicas generales** ocasionadas por los grandes cambios o progresos industriales, sin que intervenga, necesariamente, algún abuso del crédito o pérdida de la confianza pública.

"Las crisis generales, dice Colson, tienen tanto un carácter financiero como industrial. Consisten, esencialmen

(1) Caron.— **La crise oeuvre des hommes.**

te, en el atascamiento de la circulación ocasionado por los abusos del crédito y de la especulación, lógica consecuencia de dos o tres años de prosperidad industrial o agrícola, lo que engendra un optimismo general y excesivo".

Con respecto al espacio las crisis pueden ser clasificadas:

a) En locales—b) en generales—c) en universales.

Las crisis locales (provinciales o regionales) son crisis de escasez no de abundancia.

Las crisis generales, (que se extienden sobre un país entero), son, por el contrario, crisis de abundancia producidas por la imposibilidad que las mercaderías encuentran para su salida, o sea, para su colocación en el mercado, a pesar de su utilidad y de que son deseadas por el público que carece de los medios para adquirirlas, es decir, por la falta del **poder de compra**.

Las crisis universales son de dudosa realización ya que, en los pueblos civilizados no se comprende que pueda ocurrir una sobreproducción universal.

3) Causas de las crisis

Las crisis tienen, por lo general, su origen en alguna de las siguientes causas (1):

(a) En una producción exageradamente especializada, esto es en una extremada división del trabajo.

(b) En una producción que, anticipándose a las exigencias habituales del consumo, se efectúa no sobre la base de las garantías de una colocación segura, (ya que se pretende servir a futuras supuestas necesidades, más bien adivinadas que calculadas), sino sobre una confianza infundada en la regularidad ininterrumpida de su completa colocación en el mercado (2).

---

(1) Enumeración dada por Leroy-Beaulieu: **Traité théor. et prat. d'Ec Pol. — T. IV, págs. 407|408.**

(2) Id, T. II. Cap. II. Sec. II. — Ver especialmente las importantes observaciones hechas por Levasseur y Tugan-Baranowsky a la ley tendencial a la baja de los beneficios, (imaginada por Marx), y a su teoría de las *crisis* (págs. 503|4).

(c) En el papel activo de la especulación y del crédito, recursos económicos que adquieren una impresionabilidad y una fragilidad excesivas mientras más y con mayor intensidad se usa de ellos, exigiéndoseles el máximo de resultados (1).

(d) En las variaciones fundamentales de la moneda metálica o representativa de curso forzoso (2).

(e) En las muy profundas e inesperadas modificaciones que experimentan las principales ramas de la producción, (debidas a los grandes progresos técnicos efectuados sobre uno u otro punto); en el aumento brusco, permanente y en considerables proporciones, de ciertas categorías de productos, de manera que las habituales proporciones entre la oferta y el pedido sufren súbitas modificaciones (3).

Las causas a), b), c) y d), son aplicables, especialmente, a las crisis **comerciales**; la causa e) lo es a las crisis **económicas generales**.

Desde otro punto de vista, las crisis comerciales, es decir las de la primera categoría, (A), pueden provenir:

(a) De la escasez o insuficiencia de las cosechas;
(b) Del abuso del crédito o de especulaciones de Bolsa, debido en cierto modo, "a un estado contagioso y general de optimismo ilimitado"...

"Las crisis puramente **comerciales y financieras** son el efecto natural de la imaginación y de la exaltación desarrolladas por un período de prosperidad y de los abusos del crédito a los cuales esta exaltación recurre para satisfacer y desarrollar sus proyectos".

---

(1) Id. Págs. 461 a 469.

(2) Ver Lescure **Des crises générales et périodiques de surproduction. — T. II, págs. 454 a 461.**

(3) "Ni la sobreproducción ni el abuso del crédito, son explicaciones aceptables de la gravedad de las crisis. Aunque estuvieron muy de moda para explicar las razones de las diversas crisis que se produjeron después de la guerra de 1914, no alcanzaron a obtener una aceptación suficiente en los centros científicos". (Conferencia de E. Mireaux: **L'expérience Roosevelt**, dada en Junio de 1935 en la **Société d'Economie Politique**, París).

"Las crisis económicas generales (B), difieren mucho de las crisis **comerciales o financieras habituales**" Son más raras, no son periódicas o cíclicas; duran más. "No tienen su origen en los abusos del crédito"... Comúnmente, (como se ha dicho en el párrafo c), las crisis **económicas generales** provienen de los cambios profundos experimentados en las condiciones generales de la producción y de la competencia, a los cuales es indispensable adaptarse. Esta adaptación "se produce espontánea y gradualmente con el tiempo; la renta de la tierra baja, el interés de las inversiones disminuye, los beneficios de las empresas se restringen", a todo lo cual, productores y consumidores "se resignan" sin sorpresas ni abatimientos; "los cuadros y los métodos de la producción se transforman; los hábitos del consumo se extienden y, al fin de cierto tiempo, la humanidad se encuentra mejor abastecida y el mal ha pasado".

Hoy, después de la gran crisis que sobrevino a la terminación de la guerra de 1914, ha surgido una tendencia a considerar el caso de las crisis, especial, si no únicamente, como un fenómeno de carácter psicológico. Se trata, pues, de buscar, de encontrar, una causa más profunda a las crisis. Se dice: "Es inexacto atribuir las causas de las crisis al progreso, a la racionalización, al maquinismo a los cuales, a tontas y a locas, se pretende responsabilizar por la ocurrencia del fenómeno; las causas de las crisis son más profundas. El abuso del crédito, la sobreproducción, la ridícula, la tonta teoría de la insuficiencia del poder de compra, vienen, pues, a quedar reducidas a la categoría de causas secundarias, consecuenciales. En realidad, según la nueva explicación, las causas de las crisis no son de carácter técnico sino psicológico. Bernard Lavergne ha expuesto con claridad esta teoría en un precioso librito titulado **La crise et ses rémèdes**.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

4) Las crisis son enfermedades

"Las crisis **comerciales o financieras** y las crisis **económicas generales** son enfermedades de los pueblos más industriosos, emprendedores y progresistas".

Las crisis **comerciales o financieras** se producen con frecuente periodicidad, aproximadamente cada diez años y duran poco; las crisis **económicas generales** se presentan a más largos e irregulares intervalos y duran más.

"En los países y en las épocas en donde y cuando la división del trabajo se encontraba en estado embrionario, esto es, en las épocas en que imperaban el régimen patriarcal y la industria doméstica, había pocas crisis **comerciales o económicas**; a decir verdad, por lo menos no aparecían. En las sociedades primitivas, cada pequeño grupo, por lo común cada **familia**, consumía todo lo que producía; lo único que era destinado a la venta o al trueque era lo superfluo, (esto es, la menor parte de lo que se producía), y que se cambiaba por lo superfluo de los otros. En los pueblos de alta civilización, por el contrario, cada uno cambia la mayor parte, si no la totalidad, de su producción para procurarse lo necesario".

Las crisis son, pues, una enfermedad del progreso, del crecimiento de los negocios, del desarrollo del comercio y de la producción. Deplorarlo es necio y ocioso. Si se quisiera suprimir las crisis, lo más sencillo sería volver atrás, lo que, en realidad, estaría de acuerdo con la doctrina del socialismo que, en el fondo, no es otra cosa que la resurrección de los regímenes paternalistas y tutelares de las pasadas épocas históricas.

Pero, a este propósito, es muy conveniente observar que, si en las épocas patriarcales no se padecía de crisis o, por lo menos, no revestían éstas la gravedad con que hoy se presentan, no por eso dejaba de sufrirse malestares (digamos: enfermedades) de peor carácter; me refiero a las escaseces o hambrunas que ocasionan más desolaciones que las que hoy engendran las crisis. Las estadísticas muestran que una simple epidemia de **grippe** tiene, habitualmente, más influencia en las cifras de los matrimonios, nacimientos y defunciones que las mayores crisis sufridas en el régimen del capitalismo industrial (1).

(1) Ver Leroy Beaulieu, **Traité théo. et. prat. d'Ec. Pol.** t. IV, págs. 410 y sigtes. y 430.

Con sobrada razón, se puede por consiguiente, decir: las crisis **comerciales** o **económicas**, (flagelos tan temidos y ponderados), figuran con cifras apenas visibles en las estadísticas del estado civil de los pueblos de vieja civilización y que poseen grandes reservas de riqueza. Todo bien considerado, la enfermedad de las crisis **económicas y comerciales**, a pesar de su relativa frecuencia, es mucho menos peligrosa que las enfermedades que sufren los pueblos patriarcales o primitivos, o aquéllos cuyo desarrollo industrial es pequeño. Entre esas enfermedades, figuran las escaseces y las hambrunas que, en el régimen económico actual son, apenas, un recuerdo.

Pero, hay más aún; los desastres sociales que se atribuyen a las crisis son abultados y exageradamente publicados con el manifiesto, o encubierto, propósito, de protestar del régimen económico imperante. En todo caso, si las crisis son, en la actualidad, más frecuentes y de mayor importancia, es necesario reconocer que no han sido originadas por el régimen moderno de la producción industrial, o sea, el capitalista, y es, a todas luces, un error que las crisis son un mal reciente aunque, como ya se ha dicho, su propagación y extensión se hayan acrecentado desde el establecimiento de la grande industria y del comercio universal.

En la antigüedad ¿acaso no fué una crisis la que azotó al Egipto en tiempos de José, hijo de Jacob? Hasta su periodicidad se produjo entonces. En sueños, el Faraón vió siete vacas gordas, siete gruesas espigas cargadas de granos y, en seguida, siete vacas flacas y siete espigas delgadas. Llamó a José y José le dijo: "Siete años de grande abundancia van a venir en todo el país de Egipto y siete años de hambre vendrán después. Y José, revestido, entonces, de poderes supremos por el Faraón, tomó sus precauciones, comerció hábilmente, almacenó cereales y evitó el desastre (1).

En la antigüedad, en la Edad Media, en los comien-

(1) Episodio recordado por Carsow: **La Crise œuvre des hommes**.

sos de los tiempos modernos, se produjeron crisis de mayor o menor importancia.

Tito Livio nos habla de lo que ocurrió en el sitio de Cartago con motivo de la afluencia de mercaderías atraídas por el prestigio del general romano Escipión (1).

En tiempo de Felipe V, con motivo de la apertura de las colonias españolas al comercio francés, los artículos de Francia se vendían en esas colonias a un precio más bajo que en la misma tierra de Francia lo que, naturalmente, originó una crisis de producción.

En las activas ciudades de la Edad Media, las crisis comerciales eran continuas; anotemos la de Florencia en 1345. Recordemos, también, las terribles y prolongadas crisis del siglo XVI a consecuencia de descubrimiento de los ricos yacimientos de metales preciosos en América, crisis que fueron estudiadas por W. Jacob en su famosa obra: **An historical inquiry into the production and consumption of the precious metals** (2).

La historia económica conserva, entre otros recuerdos, los de la gran crisis inglesa de 1720, que repercutió en Francia y cuya intensidad no ha sido sobrepasada, ni siquiera igualada, por las crisis de la época moderna. Agreguemos la crisis continental de 1784, la crisis comercial británica de 1826, las del siglo XVIII en Holanda, las de 1752, 1756, 1784, 1788 en Francia.

La importancia fundamental del reciente libro de Labro de Labrousse: "**Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII.e siécle**" (3) consiste en haber demostrado que, antes de la grande industria y del siglo XIX, (que debía señalar el apogeo del capitalismo liberal), el mundo conoció crisis, no sólo parecidas a las actuales, sino, como lo dice Lavergne, más graves y más frecuentes.

---

(1) Ver Roscher.
(2) 1831, — T. II, págs. 89 a 98.
(3) Dalloz, 1933.

5) Los remedios de las crisis

Hemos visto que las crisis no han sido originadas por la libertad económica, que no son una consecuencia del industrialismo capitalista y que solamente puede aceptarse, en general, que, en la actualidad, debido al desarrollo y complicaciones de las actividades productoras, son más frecuentes y numerosas y revisten más gravedad, a pesar de que, en la antigüedad, se produjeron con relativa frecuencia y, a veces, con intensidad no superada después. Además, hemos visto que, aun cuando se pretenda responsabilizar exageradamente al régimen de la libertad económica por el crecimiento y frecuencia de las crisis, en estricta justicia debiera, igualmente, reconocerse la gran influencia que el establecimiento de ese régimen ha tenido en el desaparecimiento de los enormes males y padecimientos que sufría antes la humanidad, al lado de los cuales los que ocasionan las crisis son una insignificancia.

Por otra parte, el correctivo, o sea, el remedio indicado para las crisis es producido, natural y espontáneamente, por su propio desarrollo. Las liquidaciones inevitables (1), las restricciones lógicas del crédito y, por lo tanto, la prudencia en las inversiones y el consumo, restablecen

---

(1) Estas liquidaciones necesarias son entorpecidas, (lo que prolonga el estado de *crisis*), no solamente por la acción torpe y ciega del Estado, sino, aún, por los mismos industriales. Claude Janet (*) escribe a este respecto: "Así, cuando, en seguida de un período de prosperidad, los medios de producción se han multiplicado en una industria más allá de las necesidades normales del consumo, las usinas menos bien situadas, aquéllas que producen más caro, **deben** desaparecer, pero es muy natural que las industrias amenazadas traten de sostenerse, en espera de una reanudación de los negocios. Los mismos colegas **(confrères)** tienen interés cuando hay posibilidad de esa reanudación, en impedir que esas empresas liquiden; y en evitar, también, que sean adquiridas a precios inferiores que el de su costo de instalación, por nuevos propietarios, quienes, teniendo en tales casos, un interés menor que servir, podrían hacerles, por esta causa, una competencia peligrosa".

(*) Le socialisme d'Etat et la réforme sociale. Págs. 372-3.

prontamente el equilibrio, siempre que la arbitraria y torpe intervención del Gobierno no entorpezca el curso natural del fenómeno.

Los sufrimientos y los trastornos producidos por las crisis desempeñan el mismo papel que los dolores y las fiebres en las enfermedades: advierten, a la vez que preparan la curación (1).

Pero, también, así como en las dolencias de la vida los diagnósticos equivocados, los remedios artificiales, causan más mal que bien y, si no agravan las enfermedades o producen otras, por lo menos retardan la curación, del mismo modo en lo que se refiere a las crisis, la diagnosis errada conduce a adoptar remedios inadecuados y aconsejar regímenes deplorables en busca de la mejoría deseada. Y, en este caso, la diagnosis errada consiste en atribuir las crisis a la **insuficiencia del poder de compra** de las masas y, sobre este hecho falso, se organiza una doctrina cuyo objeto es devolver al público ese poder desconocido. Los partidos de izquierda, como si hubieran descubierto una idea maravillosa, se han apoderado de esa doctrina y la emplean de mil maneras en todas sus manipulaciones políticas. Conviene, por lo tanto, ocuparse, por un momento, en exponerla y criticarla.

---

(1) Carsow nos describe con una imagen pintoresca, la favorable reacción que nos traen las crisis. Dice así: "Independientemente de las ventajas materiales, de efectos retardatarios, las crisis presentan un determinado interés inmediato: arrancan las máscaras, nos muestran a las personas tales como son. La euforia cubre con un débil barniz todas las insuficiencias. Cualquier hombre de negocios improvisado trafica, manipula con los fondos, realiza utilidades; vende productos cuyo uso ignora y títulos cuyo nombre no conoce; despacha negocios de los cuales no entiende una jota con tono arrogante y el sombrero sobre la oreja.

Pero sobreviene la crisis y, entonces, se da cuenta, estupefacto, de que no sabe un ápice de en qué consiste el trabajo; y, como no ejerce ningún oficio ni posee algún conocimiento preciso sobre nada, el coraje lo abandona, la fachada se desploma porque, solamente, servía para disimular una perfecta nulidad. Las verdaderas facciones del rostro se descubren; el individuo vuelve a ocupar el lugar que corresponde a su auténtica personalidad".

Se dice que las facultades del consumo no siguen, en la precrisis, los progresos de la producción. Se agrega que los hombres se encuentran, así, muy lejos de poder satisfacer todos sus deseos y, esto, es la verdad; durante toda la depresión aumenta el número de personas que sufren. Para suprimir, pues, ese desequilibrio entre las mercaderías producidas que se acumulan en depósitos cada vez mayores y el consumo que no sigue los progresos de la fabricación, no habría, según la doctrina que estudiamos, sino un medio: "devolver al público el **poder de compra** que le falta. A este propósito obedecieron todos los procedimientos que, en época reciente, los Estados Unidos, (con los diversos métodos del New Deal), y, desgraciadamente, Francia, (con la **experiencia Blum**), pusieron en práctica para acrecentar el **poder de compra** del público: elevación de los salarios, multiplicación del número de funcionarios, iniciación de grandes trabajos públicos; en una palabra: aumento de los gastos públicos"... Los nuevos recursos, (con la consiguiente **chuña**), servirían de incentivo a la industria: con las facilidades de los consumos y el consiguiente aumento de los pedidos, los precios subirían y la depresión sería reemplazada por una saludable reacción en las actividades productivas y del comercio. Tal es, en sus grandes líneas, la teoría llamada del **Poder de compra** (1).

Ahora bien, aunque dicha teoría parezca clara y evidente, no es toda ella sino un tejido de engaños; los hechos en que pretende o debiera fundarse, han sido cada vez contradichos por la experiencia. Sin ir muy lejos, en Estados Unidos, por ejemplo, el subconsumo se produjo después de la crisis y, por lo tanto, no fué un antecedente sino una consecuencia de ella.

Por otra parte, la creación de un **nuevo poder de compra** se reduce, (y se ha reducido siempre), a una serie de maniguncias político-fiscales para transferir la riqueza de unas manos a otras. En realidad, ¿de qué medios va a valerse el Estado para procurarse los recursos

(1) Leroy-Beaulieu. — Ob. cit.

que le son necesarios para aumentar el **poder de compra** de tales o cuáles clases que, de este modo pasan a ser clases favorecidas? Esos medios no pueden ser sino los de los impuestos, los empréstitos, la inflación monetaria. Ahora bien, si recurre al impuesto, el Estado no hace otra cosa que dar a los beneficiados un **poder de compra** que les quita a los que pagan el impuesto; si echa mano de los empréstitos voluntarios o forzosos, el **poder de compra** que toma y distribuye el Estado, faltará a los que han suscrito los préstamos; si acude, por fin, a las medidas inflacionistas de la moneda o de los billetes, el **poder de compra** de que dispondrá el tesoro público faltará a las clases que no participaran en las prodigalidades del Estado; el consumo de éstas se verá restringido en la exacta proporción en que se acreciente el consumo de las clases favorecidas por la autoridad.

En todo esto no hay, pues, otra cosa que una simple **transferencia** y no una **creación** de **poder de compra**.

Por otra parte, es sabido que, si se lanza en la circulación una gran cantidad de moneda, no podrá evitarse que se produzca una alza general de los precios, lo que evidentemente anula el **nuevo poder** de compra.

Con toda razón, pues, dijo Lavergne que los turiferarios de la doctrina de la **insuficiencia del poder de compra** (1), en el caso de las crisis, son unos "noticios que

---

(1) Acabamos de ver que, en Estados Unidos, el **subconsumo** *fué* un fenómeno posterior al estado de crisis, y que, por lo tanto, no se puede honradamente atribuirle la importancia que le dan los turiferarios, (como los llama Lavergne), de la doctrina de la **insuficiencia del poder de compra**, de que sufrirían especialmente, las masas obreras. Esta explicación con su **aplicación atributiva**, (como podría decirlo si quisiera hacer lujo de pedantería), ha sido, por lo común, imaginada por los maleantes políticos que no pierden oportunidad para adular a los populachos. Su propósito es buscar una razón para elevar el monto de los salarios, aunque ésa sea una artimaña para engañar a los obreros ya que todos los valores se equivalen en el mercado y el alza de uno de ellos provoca el alza de todos los demás; los obreros reciben mayor cantidad de monedas, pero tienen que pagar más caro por los artículos

ignoran, aún, el fenómeno general de la interdependencia de todos los factores económicos"; y pudo agregar que: "entretenerse en multiplicar en un país los signos monetarios, sin prestar atención a la infinita serie de lamentables consecuencias, constituye no sólo un error de técnica, sino una **chiquillada (enfantillage)** que un hombre cultivado sería incapaz de cometer".

Es, pues, deseable que el **Slogan** de la **insuficiencia del poder de compra** vaya, pronto, a tomar su puesto en la lista de las estupideces monumentales proferidas a propósito de la ciencia económica y que yacen enterradas en el gran cementerio en que reposan todas las ideas muertas. En realidad, si la teoría de la **insuficiencia del poder de compra** fuese verdadera, el remedio para todas las crisis consistiría, únicamente, como lo observa Baudin (1), en "aumentar indefinidamente el número de funcionarios y en elevar, también indefinidamente (¡por supuesto!), los sueldos"; a lo cual puede agregarse, la fabricación, (siempre indefinida), de billetes.

Cierto número de escritores socialistas han insistido especialmente en que la causa fundamental de las crisis consiste en que le falta al régimen productivo una "dirección unitaria" y que, por lo tanto, el remedio consistiría en echar mano de los procedimientos aconsejados por lo que se ha dado en llamar **Economía Dirigida**.

Pero este concepto, como lo observa Leroy-Beaulieu,

---

que consumen. Con mucho acierto, pues, Louis Baudin ha observado que cualquiera variación en el alza de los salarios no importa, absolutamente, ni creación ni supresión del **poder de compra**.
Lo que únicamente ocurre, (como se ha dicho más atrás), es un
desplazamiento de la parte de los beneficios que corresponden a
las utilidades de los interesados en las empresas; el poder de compra que se les otorga a los obreros por el hecho de aumentarles
sus salarios se le quita a los patrones, quienes a su vez se desquitan con los consumidores alzando el precio de las mercaderías.
Todo esto, en resumidas cuentas, no son sino piruetas políticas que
no tienen nada que ver con el fenómeno de las crisis ni con la
ciencia económica.

(1) **La monnaie et la formation des prix**. — Pág. 368.

proviene de una atolondrada confianza (1) en la potencialidad cerebral de uno o de varios hombres a los cuales se les atribuye la **omnisciencia** y la **omniprevisión**, lo que revela un extremado candor o una supina ignorancia.

Puede uno imaginarse cuál sería la naturaleza del debate que se originaría alrededor de esta idea (inspirada por consideraciones de orden político más que por las de orden científico), leyendo los últimos capítulos del Cuaderno N.o 3: **El socialismo de Estado y la cuestión social.**

---

(1) Y esta atolondrada confianza de los cerebros inéditos y simplistas es un mal incurable de la pícara política. Tienen toda oportunidad a este respecto las siguientes palabras del economista Gustavo Cassel (x): "La idea de un progreso rápido sólo es posible en un período limitado y tiene que ser seguido de un período de restricción. Se basa en la creencia supersticiosa de que la capacidad de producción se desarrolla más rápidamente que la de consumo. Esto se funda en una idea muy errada del mecanismo del progreso uniforme; ya hemos visto que, en un estado normal de desarrollo, el **consumo crece al mismo tiempo que la producción**, el ahorro y la creación de nuevos capitales. Es de lamentar que gran parte de la prensa financiera del mundo ignore una verdad tan fundamental y, tanto más, cuanto que las interpretaciones de esa errónea sirven de apoyo al **viejo dogma socialista según el cual la sociedad capitalista es, desde su base, una construcción expuesta a producir crisis tras crisis de violencia siempre creciente.** La notable uniformidad del desarrollo económico bajo las condiciones económicas modernas sirve de prueba irrefutable contra esa teoría. **Durante la crisis actual, la empresa privada ha demostrado una energía sorprendente a pesar de todas las perturbaciones extraordinarias a que ha estado expuesta por la intervención arbitraria del Estado.** La Economía capitalista, necesariamente, presupone, sin embargo, una estabilidad razonable del sistema monetario sobre el cual está edificada. Dar garantías de esa estabilidad **es la única función esencial del Estado en la esfera de la administración económica.** Para esta tarea el Estado no ha mostrado ninguna capacidad y, sólo cuando el sistema monetario fracasó, el progreso sostenido por la empresa privada ha sido interrumpido y el mundo se ha encontrado sumido en la presente crisis. **Parece, pues, bien extraño que la humanidad, después de esta experiencia, busque su salvación en un aumento del control gubernamental de la vida económica**".

(x) Leer, también, el artículo: **La crisis del sistema monetario**. **El Mercurio** del 30 de Marzo de 1933.

En las páginas que siguen me ocuparé de exponer y de criticar la forma cómo el criterio socialista comprende y plantea el problema de las crisis. Para ello tendré que incurrir en algunas repeticiones necesarias por cuanto son indispensables para la claridad de la discusión.

---

6) El criterio socialista (1)

1) Los socialistas afirman que el régimen capitalista está condenado, por su misma constitución, a engendrar la sobreproducción general y, por lo tanto, a desaparecer fatalmente en una crisis de sobreproducción más intensa que las otras, crisis que paralizaría los órganos del régimen hasta el punto de hacerle imposible la existencia.

Los economistas clásicos sostuvieron, con notable uniformidad, que no existía (que no era posible que existiera), el fenómeno de una **crisis general**. Lo que había, en realidad, eran **crisis parciples**, pérdidas de equilibrio, excesos de producción en unas ramas y, lógicamente, insuficiencias en otras. Para los economistas clásicos, el caso imaginado por los socialistas era, aún teóricamente, imposible. El hecho de que una producción simultáneamente acrecentada en todas las ramas, pudiera, en cualquier momento, sobrepasar en una forma absoluta la suma de las necesidades y de las capacidades de adquisición, esto es, de los poderes de compra de los individuos, en la sociedad, es algo que, según los clásicos, era absolutamente imposible que aconteciera ya que, por el intermedio de la moneda, los productos se cambian, siempre, por otros productos. El exceso de unos productos, se cambia, de consiguiente, por el exceso de los otros y, así, la capacidad de compra de los consumidores adquiere mayor extensión y

---

(1) En el desarrollo de este número 6) sigo el excelente estudio de Bourgin sobre los sistemas socialistas. En algunas partes copio casi a la letra sus propias expresiones. Esta declaración me evitará citarlo a cada rato o encerrar, entre comillas, las referidas frases.

potencia por el hecho de que ambos poseen una mayor cantidad de productos que ofrecer. Esta es la teoría de J. B. Say, conocida con el nombre de los **débouchés**, cuya traducción literal sería: **de las salidas**, pero que, ateniéndose a la realidad de su función, podría ser mejor enunciada en español: **teoría de los intercambios** o **de las transacciones**. Esta teoría, pues, trata de explicarnos por qué las crisis no pueden ser generales.

2) Engels en **Anti-Dühring**, en **Socialismo utópico y socialismo científico** y otros escritos, trata de mostrar la falsedad de la teoría de J. B. Say (1). Desarrollando su tesis de los antagonismos sociales y de las contradicciones económicas según la dialéctica hegeliana, Engels expone cómo la perfectibilidad del maquinismo moderno llevado hasta su grado extremo, se transforma, por influencia de la anarquía social de la producción, en una ley implacable que obliga al capitalista industrial a perfeccionar constantemente sus maquinarias y a aumentar su fuerza productiva, en tanto que la capacidad de extensión del mercado se encuentra controlada por otras leyes cuyo carácter es diferente y cuyos efectos son menos enérgicos. Esta es la causa de las **crisis**, en las cuales la colisión económica alcanza su apogeo; el **modo de producción** se rebela contra el **modo de cambio**; la producción capitalista se encuentra incapaz para seguir dirigiendo a las fuerzas productivas que ha creado y, estas fuerzas nos arrastran, por sí solas y cada vez más impetuosamente, hacia la solución del antagonismo, o sea, la abolición del capital y el reconocimiento práctico de su real carácter, esto es, de **fuerza productiva social**. El punto en el cual la apropiación de los medios de producción y de los productos por una clase determinada, ha llegado a constituir un obstáculo para el desarrollo económico, político e intelectual de la so-

(1) Que los escritores socialistas combatan la teoría de Say no tiene nada de extraordinario; pero sí lo tiene que, también, la hagan algunos tratadistas de la escuela liberal, como Leroy-Beaulieu, en su **Tratado teórico y práctico de Economía Política**. T. IV, págs. 419-26.

ciedad, ha sido hoy alcanzado. **La fuerza expansiva de los medios de producción capitalista los había alado.**

4) Toda la afirmación, (entiéndase bien: nada más que **afirmación**), contenida en el número 2) anterior, carece en absoluto de fundamento. En el régimen del capitalismo industrial, afirma la escuela de Marx, es cosa inevitable que se produzcan las **crisis** de sobreproducción a causa de que la capacidad de absorción del mercado se encuentra limitada: a) "en la masa de los consumidores, por la **debilidad de su poder de compra**, y b) en los capitalistas por la extensión natural de sus necesidades, circunstancia que agrava más aún la situación de **crisis** por la inversión de los ahorros capitalistas en nuevas plantas productivas que vienen a aumentar, de esta suerte, la cifra de la sobreproducción".

Sin embargo, el mismo Marx, en la página 458 del Libro II del **Capital** (1), reconoce que "la explicación de las crisis por la insuficiencia del número de consumidores capaces de pagar es una tautología" contradicha, además, por el hecho de que "las crisis sobrevienen, precisamente, después de un período de prosperidad durante el cual los salarios son más altos" y está, por lo tanto, en toda su fuerza la capacidad de compra de las masas populares.

La tesis del **consumo insuficiente** es, en realidad, una tesis insostenible. Cualesquiera que sean los progresos de las fuerzas productivas, el consumo no permanece jamás en una situación inferior a la producción; y si, a veces, sucede que los productores para dar salida a sus mercaderías, se ven obligados a venderlas más barato que su precio de costo, esta situación no se presenta sino de un modo accidental y transitorio, y no es, absolutamente, la consecuencia necesaria de algún vicio constitucional del régimen económico, cuyo origen está en las desigualdades de la repartición capitalista'... Es cosa que importa poco el crecimiento de la producción ocasionado por el **ahorro reproductivo** que se realiza en el período anterior, (a la

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) Ed. Borchardt.

crisis): poco significa, también, el estado estacionario de la población; las condiciones de equilibrio entre la producción y el consumo son, siempre, las mismas; el producto social entero que comprende, a la vez, la mayor cantidad de objetos destinados al consumo personal y una mayor masa de medios de producción para el **ahorro reproductivo**, puede, siempre, encontrar su colocación por medio de los intercambios recíprocos. "La **sobreproducción** general no es, pues, un defecto orgánico inherente al régimen de la repartición".

4) Toda esta cuestión de las crisis ha sido tratada por Marx de una manera *fragmentaria* y obscura; en ninguna parte podemos encontrar la razón de un antagonismo básico condenado *fatalmente* a terminar, por un exceso de tensión, en la **ruptura de la forma capitalista**.

Hemos declarado que los estados de crisis revisten sólo un carácter eventual y que no constituyen sino rupturas parciales de equilibrio, desacuerdos accidentales entre la producción de ciertas ramas y las necesidades actuales de la sociedad, ya sea de objetos de consumo personal, ya sea de medios de producción necesarios al empleo de la plus-valía capitalizada. Marx nos muestra que hay mil probabilidades de que esas rupturas se produzcan, sobre todo en el actual mecanismo del crédito; pero no resulta, absolutamente, de su exposición, que sean una consecuencia inevitable de la misma esencia de la organización capitalista. A mayor abundamiento, el mismo Marx lo reconoce así al declarar (1) que los intercambios pueden efectuarse normal e indefinidamente "sin que la creciente capitalización de una parte de la renta capitalista llegue a ser, en algún momento, un obstáculo a la colocación (**écoulement**) normal de toda la producción, siempre que ésta sea convenientemente dirigida". Las crisis, pues, según el mismo Marx, no serían sino un fenómeno de **sobreproducciones parciales y accidentales** resultantes de algunos errores que los mismos productores estarían en situación de evitar. Ni Marx ni Engels han conseguido

(1) Ver **El Capital**, trad. Borchardt, Liv. II, Cap. XXI.

probar su tesis de que **el derrumbe total del régimen capitalista** (1) será la consecuencia inherente de la organización social **a la cual atribuyen** la serie de crisis de **sobreproducción general**.

5) Se puede, en consecuencia, afirmar:

a) Las crisis no tienen su origen en una **sobreproducción general** (2). Sería verdaderamente cosa difícil citar períodos de verdadera **sobreproducción** general... Lo que, en realidad, ha podido ser observado es, solamente, que en diversas oportunidades se han producido crisis graves y **generalizadas** durante las cuales no ha sido posible para una parte de los productos encontrar salida a precios remuneradores (3).

b) La causa primera de toda crisis no es una **sobreproducción general**, sino las sobreproducciones parciales o los **excesos de la especulación financiera**; la causa inmediata de la sobreproducción **generalizada** es el dislocamiento general del sistema de la circulación y la **restric-**

---

(1) Con ironía dice Symkhovitch (**Marxismo contra Socialismo**): ''Asistimos a la ruina, no de nuestra propia sociedad sino, más bien, a la de las teorías marxistas''.

(2) Dos citaciones de Colson: ''La idea de una **sobreproducción general permanente** es contradictoria, pues, por una parte las necesidades de los hombres son, prácticamente, ilimitadas y, por otra, los recursos destinados a las compras son siempre suficientes para pagar las mercaderías ofrecidas, puesto que esos recursos están, precisamente, constituídos por el valor del conjunto de los servicios y de los productos llevados al mercado general donde la moneda no representa sino el papel de un intermediario entre los cambios''.

''En realidad, no pueden existir sino **sobreproducciones parciales**, ocasionadas porque la producción de una determinada mercadería ha alcanzado una importancia relativamente superior a la fracción de las rentas que el público destina habitualmente a la adquisición de esa mercadería, de tal suerte, que la cantidad producida no puede encontrar colocación sino a un precio **inferior al** precio de costo.''

(3) Lescure en su libro: **Des crises générales et périodiques de surproduction** (p. 50-1, 5.a Ed. de 1938), diserta extensamente y en forma contundente sobre esta teoría de una **sobreproducción generalizada**, en oposición a una **sobreproducción general**.

ción del crédito, esto es, la misma crisis. Los factores han sufrido un desplazamiento.

Así, las crisis, aun las más violentas, son originadas exclusivamente por los errores parciales de la producción y de la especulación.

c) Las crisis, pues, no sólo no son **generales**, sino que ni aun tienden a serlo; cada vez más van adquiriendo el carácter de fenómenos nacionales, y, día a día, van siendo menos agudas y contagiosas. Es cosa evidente, para cualquier atento observador, que numerosos factores intervienen en el mundo moderno para apartar o atenuar las causas de perturbación. Gracias a los ahorros anteriores, a los subsidios suministrados por poderosas asociaciones, a los créditos acordados al consumo, las crisis atacan hoy menos gravemente la **capacidad de compra** de aquellos a quienes afectan.

d) Por fin, y en conclusión, las crisis no pueden ser consideradas como enfermedades constitucionales, inherentes al actual régimen capitalista conforme al cual los bienes y las riquezas son producidos y distribuídos.

La observación y el razonamiento muestran, por consiguiente, el completo error de la tesis de la necesidad orgánica de las crisis en el régimen capitalista y de su agravación fatal que forzosamente debe terminar en forma catastrófica. De esta suerte, la afirmación de que las crisis son originadas por el capitalismo, mantenidas por el régimen y que todo el Liberalismo económico se derrumbará por obra de ellas mismas, carece absolutamente de base.

6) Ahora bien, a pesar de todo lo anterior, los socialistas persisten en sostener las tesis primitivas y se sirven de ellas principalmente para sus fines de propaganda.

El mundo intelectual está acostumbrado a estas ridículas y desprestigiantes contradicciones del sedicente socialismo científico, que ha llegado hoy, a fuerza de repetirlas, a constituir lo que podría llamarse su esencia, su modo de ser natural y lógico. Con sus corifeos es inútil discutir. La desorientación y la vaguedad en las ideas, y la contundencia en los debates, son sus características. Y todo esto obedece a una lógica implacable de la vida misma

del socialismo. Ch. Andler, destacado propagandista de la doctrina, declaró que el socialismo era un ideal que no podía demostrarse, y que más bien es un sentimiento que una convicción; lo que explica de sobra su carácter de continua contradicción con el razonamiento, la observación y la experiencia. En su concepto y en sus métodos, pertenece a la categoría de las ciencias astrológicas; se asemeja a las brujerías y emplea los mismos procedimientos de los curanderos, adivinos y médicos yerbateros.

En resumen, el socialismo sigue sosteniendo:

a) La realidad de una sobreproducción general;

b) Que esta sobreproducción pasa a ser un estado crónico en el régimen industrial capitalista;

c) Que esta sobreproducción viene aparejada de un sub-consumo de las masas, de la disminución progresiva de su **poder de compra** (1);

d) La perspectiva de una sobreproducción crónica fundada en la idea de que el mercado, tanto el interior como el exterior, tiene sus límites que van, tal vez ensanchándose, pero hasta un cierto punto de absoluta saturación; y que esto proviene de que el mercado exterior como el mercado interior tienen sus límites, mientras la potencia de la producción es prácticamente ilimitada;

e) La sobreproducción crónica, con su corolario de la estagnación general, constituye el porvenir del régimen capitalista, y esto pasará cuando los países nuevos sepan abastecerse a sí mismos y cesen de recibir el sobrante de las naciones industriales;

f) Continuúa, pues, la fe de la escuela marxista en el advenimiento de las crisis generales, de una serie de crisis cada vez más llena y estrecha, hasta constituirse en

---

(1) Las doctrinas sobre la insuficiencia del poder de compra y el subconsumo obrero tienen más de un siglo de existencia, pues provienen de Sismondi; pero su ancianidad no ha acrecentado su exactitud. Es una idea simplista cuya inexactitud ha sido probada una y otra vez y que, a pesar de ello, no ha perdido nada de su virulencia. A ella se debe la adopción del **New Deal** por Roosevelt, y a ella es imputable toda la desastrosa política del Ministerio Blum en 1936-1937.

una crisis permanente. Engels, Kautsky, Bernstein, Grossman, Otto Bauer, Hilferding, Jaurès y aun Tugan-Baranowsky creyeron, (y sus legatarios en la doctrina siguen creyendo), en la realización de la tradicional profecía de la catástrofe fatal y definitiva a la que, por su propio desarrollo, está condenado el régimen capitalista.

De todas estas infundadas afirmaciones, lo único que, por el momento, interesaba era rebatir lo que decían que las crisis económicas son un mal inherente al régimen capitalista y originadas por él (1).

Ahora bien, como se ha podido ver en páginas anteriores, la humanidad desde los comienzos de la historia ha sufrido males. Esa es una condición inherente a su naturaleza misma. Unos se repiten, otros disminuyen, otros crecen y otros nuevos aparecen. Aun así, las crisis de superproducción, que tanta paralogización causa entre los pensadores tendenciosos, fueron, en su debida y posible proporción, un mal que se produjo en la antigüedad. Por consiguiente, no son las crisis económicas un mal originado por el régimen de producción capitalista. Más aún, es no solamente probable sino evidente que mayores y más graves se producirían, (si no se han producido ya...) en el mismo régimen socialista.

---

(1) Creo que en este momento revisten un gran interés y son muy oportunas las siguientes frases de Block: "Las crisis son malas, sin duda alguna, pero se encontrarán en el régimen socialista como en el régimen liberal y, de seguro, en aquél con más frecuencia y gravedad que en éste" (x).

"Cada error de un funcionario repercutiría en todo el grupo de hombres cuya producción fuera dirigida por aquél y, en tal caso, si los administrados sufren, no sería por su propia culpa, pues carecerían de iniciativa y de libertad. En el régimen individualista las consecuencias de los errores que cometen los fabricantes son sufridas por ellos mismos".

(x) Mucho se discute sobre la duración y la extensión de las crisis que los socialistas, por su estrechez mental y su habilidad rabúlica de ignorantes apasionados, atribuyen al régimen de libertad económica. Realmente, en el régimen socialista, como en Rusia por ejemplo, la duración de las crisis se convierte en cronicidad y su extensión en generalidad.

Antes de terminar, y a modo de idea general ó que resuma lo qué se desprende de toda la anterior disertación sobre las *crisis*, transcribiré algunas frases del libro de Lavergne **La crise et ses remédes**:

"Las crisis económicas no son efecto de maquinaciones tenebrosas; menos aun son la prueba de que el régimen capitalista es incapaz de asegurar un razonable equilibrio entre la producción y el consumo. Por su mismo origen las crisis son un resultado, sencillamente, de la naturaleza psicológica del hombre; sus gérmenes se encuentran en nosotros mismos, nosotros los llevamos y somos, involuntariamente, la causa de ellas. En una palabra, las crisis son, en cierto sentido, fenómenos naturales como la lluvia o el buen tiempo; pero una sabia política podrá, mañana como ayer, hacerlas más cortas, menos duras, menos perniciosas. La agudeza se explica por las circunstancias particulares y por las faltas de primera magnitud cometidas, menos por los industriales y los banqueros, que por los Gobiernos y los Parlamentos.

La *crisis*... es imputable, sólo en muy pequeña parte, al mecanismo capitalista, al apetito de la ganancia cuyo resorte es...

"Las crisis no podrán ser evitadas bajo ningún régimen. Pueden producirse, en efecto, por la mala cosecha, por una guerra que ha estallado en otro país; por ejemplo la guerra de secesión en los EE. UU. impidió allí el cultivo del algodón, lo que obligó a los países europeos a prestar socorro a los obreros que hilaban y tejían ese textil en las fábricas que allí funcionaban, (y que, por la escasez de la materia prima quedaron cesantes). ¿Se podría detener el flagelo de la filoxera, en un régimen socialista, con más éxito que en un régimen liberal, o se podrían impedir las granizadas?

"Cualquiera que sea la organización de la sociedad, siempre habrán momentos difíciles que pasar: hemos nombrado, entre otras las malas cosechas, las guerras, los flagelos; también conviene tener en cuenta los males individuales, las enfermedades, etc. ¿Acaso cada niño que nace no causa un malestar a su madre? ¿Qué tiene, pues, que ver la forma capitalista en todo esto?".—(Block, **Histoire des doctrines économiques**).

En el sentido en que la crisis no es un fenómeno natural, las responsabilidades se encuentran muy repartidas, pero con toda justicia, corresponde una mayor parte a los Poderes públicos que a los capitalistas".

IV.—OPINION DE HEINE SOBRE EL ATEISMO DE LAS MASAS

"¡Ah! Lo que poco ha, parecía tan extraño, se predica ahora por todos los tejados más allá del Rhin, y el ardor fanático de todos esos predicadores es espantoso. Tenemos ahora frailes de la impiedad, Torquemadas del ateísmo que harían arder en la hoguera a Arouet de Voltaire porque en el fondo de su corazón el señor de Ferney no era más que un deísta obstinado. Mientras esas doctrinas habían sido el privilegio secreto de una aristocracia de personas cultas o de hombres de talento; mientras se discutían en un lenguaje de corrillo erudito; mientras no oían esto los criados que nos servían; mientras blasfemábamos en nuestras cenas filosóficas; mientras así ocurría, pertenecía yo, también, a esos frívolos espíritus fuertes, la mayoría de los cuales se asemejaban a los grandes señores liberales que, antes de la Revolución, trataban de disipar el tedio de su monótona vida de corte con el encanto de las nuevas ideas subversivas. Pero cuando noté que el vulgo se dedicaba igualmente a discutir los mismos temas en sus festines crapulosos, donde la lamparilla o el quinqué reemplazaban a las bujías o a las arañas; cuando ví que negaban la existencia de Dios sucios zapateros remendones y aprendices de sastre desarrapados; cuando el ateísmo comenzó a oler a sebo, a aguardiente y a tabaco, entonces mis ojos se abrieron; comprendí por las náuseas del asco lo que no había podido comprender por la razón y dí mi adiós al ateísmo.

A decir verdad, no sólo era el asco lo que me hizo retroceder y me impulsó a abandonar las opiniones antirreligiosas. El miedo entraba por algo, porque yo había visto al ateísmo formar una alianza más o menos

con el socialismo avanzado, o, para dejar a un lado toda hipocresía de denominación, con el comunismo. Este miedo no era el de un ricacho que tiembla por su capital, sino el terror secreto del artista y del sabio que ve amenazada toda nuestra civilización humanista, fruto de una labor de tres siglos y verdadero elemento de nuestra vida moderna.

Ahora bien; esta civilización será destruída un día por los comunistas, y, aunque en teoría, un generoso impulso puede inclinarme a sacrificar los intereses del artista y del sabio a las necesidades de las masas que sufren desheredadas y explotadas, sin embargo, en el dominio de los hechos siento horror hacia todo lo que hace la multitud y no puedo soportar el menor contacto con ella".

(HEINE — **Confesiones**, traducción de Pedro González Blanco).

SECCION CONTROL